This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 466487

PROPERTY OF
University of Michigan Library
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

SPOLIARIVM.

DEL MISMO AUTOR.

EL SUICIDIO DE WERTHER

Drama en cuatro actos y en verso estrenado con gran éxito en el teatro de la Princesa, en Madrid, el 23 de Febrero de 1888..... 2 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

LEYENDAS

ENCARNACIÓN (novela)

Vicente y Benedicto, Joaquín

JOAQUÍN PICENTA

SPOLIARIVM

CUADROS SOCIALES

PRÓLOGO DE

LUIS BONAFOUX

Dibujos de **CUCHY.** — *Fotograbados de* **LAPORTA**

MADRID
ADMINISTRACIÓN
Ruiz, 8, 1.º izquierda

1883

868
D55sp

Es propiedad.

MADRID.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra».

G.L.
Spanish
Ortega
1.12.55
90233

2-10-55-MFP

PRÓLOGO.

I.

.....El auto de fe era enorme. Encendida por la cólera y alimentada por el odio, aquella pira amenazaba no concluir nunca. Se

quemaban á fuego manso mis amistades todas y una á una; cuáles por egoístas, cuáles por envidiosas, la mayoría por necias é ingratas. Durante algún tiempo fuí dormido espectador de aquel incendio que me consumía las entrañas al consumir los recuerdos de mi vida. Quizá lloré por dentro lágrimas de fuego. Pero sin quizá decreté irrevocablemente la muerte de aquellas gentes. — No, no más amigos.....

Una tarde (me parece que lo estoy viendo), una tarde seguía yo tranquilamente las ondulaciones de la llama, que reflejaba en el muro las angustiosas caras de mis amigos tostados á la parrilla, cuando salieron de la humareda unos ojos francos y valientes, que me miraron con lealtad cariñosa desde el fondo de unas pupilas verdes; una frente byroniana; unos surcos que se reían á hurtadillas en una cara de joven; una cabeza de artista, inteligente y pensadora..... Después salió todo el cuerpo, y con el cuerpo unos brazos que se extendieron afectuosamente buscando los míos.....

Ignoro si fué espejismo de la distancia, ó si tendría mala la vista; lo que sí sé es que desde

aquella tarde tengo la honra de ser el compañero de Joaquín Dicenta.

*
* *

Dije honra, y voy á explicarme. Tengo el deber de declarar solemnemente que no he contraído deudas de gratitud con Joaquín Dicenta. Cuando tomamos juntos una jarra de cerveza, la pagamos á escote. El artículo *Nota bohemia*, que precede á mi último libro, no es, en verdad, un aplauso excepcional. Decir que no soy un bandido, y en decir que no lo soy está la tesis del artículo, paréceme que no es mayor bombo dedicado á mi persona.

Para las cabezas verdaderamente pensadoras, tan difíciles de encontrar aunque se las busque con un farol menos opaco que el de Diógenes, Joaquín Dicenta, con sus pedreas de chico y sus reyertas de hombre, será siempre un carácter íntegro y un corazón sano. Más altivo que D. Rodrigo en la horca; más independiente que un

salvaje de las Pampas; adorando en los talentos y sentimientos de su madre — y la madre es el Dios de los creyentes de ahora — y muriéndose de pena por unos ojos «claros, serenos.....»; con muchos ensueños de poeta y con muchas realidades de pensador, Dicenta es, sin embargo, reo de gravísimo delito ante el tribunal del «común» de las gentes: el delito de haber sacrificado más de una vez su reputación al éxito de una *brouca* ó al de una frase fuerte que con seguridad le repugnaba allá en lo recóndito de su espíritu.

Pero lo mismo en la vida pública que en la vida privada, Dicenta forma en las filas de esa vanguardia de revolucionarios que son primero niños sublimes que no miran el ayer ni se preocupan del mañana; después, jóvenes generosos que derrochan el talento como derrochan la vida, y en fin, combatientes aguerridos que, polvorientos y sangrando, marchan á buen paso hacia la montaña del ideal, dejando atrás el pasado y diciendo: «¡Muera!»

II.

Hace mucho tiempo que Dicenta vive en el mundo de las letras. Sólo que ha vivido tumbado á la bartola en las faldas de la musa. Pero así como cualquiera chula, por muy encaprichada que esté, suele cansarse de recibir desdenes y malos tratos, así la musa de Dicenta se sacudió al fin las arrugadas faldas, y con timbre de voz un tantico agrio, á la par de enamorado, dijo al dormilón poeta: «Vaya, chico, basta de *coba*..... ¡á trabajar!»

Y Dicenta despertó entonces á la vida pública. Pero ¿cómo despertó? Bajo el doble aspecto de pájaro y fiera. Con arrullos de tórtola y rugidos de león. Con *El suicidio de Werther* y el *Spoliarivm*.

De *El suicidio de Werther* no he de apuntar cosa en este artículo, como no sea la noticia anticipada de que, al igual de Sellés, será Dicenta en el teatro una personalidad de mucho cuidado. Lo demás lo diré á su tiempo.

En cuanto al *Spoliarivm*, vale decir que es un

manojo de fibras, sobre las cuales predomina vigorosa la fibra del poeta. Porque, ante todo y sobre todo, Dicenta es poeta: lo mismo si escribe en verso que si escribe en prosa; igual cuando ama que cuando odia; en todas partes, á todas horas. Tiene la poesía diluída en la masa de la sangre. A esa poesía se la ve fluir espontánea y vistosa, clara y abundante, bajo la urdimbre de los trabajos encerrados en el marco del *Spoliarivm;* trabajos correctos, elocuentes, brillantes, que tienen, por otra parte, y á mayor abundamiento de bellezas, salpicaduras de lágrimas y borbotones de indignación.

El *Spoliarivm* de Dicenta tiene los tonos tristes y las negruras de fondo del genialísimo cuadro de Luna. Como en esta creación del artista, hay en aquella creación del escritor una atmósfera tormentosa y sombría, caldeada por emanaciones de sangre caliente é invadida por el rastrear de sombras de muerte. Cada uno de los artículos del libro es un gladiador muerto. Riñó batallas, luchó en la arena del combate, y mordido en el corazón por esa fiera que se llama SOCIEDAD, viene cho-

rreando sangre á servir de despojo, luego de haber recogido en el circo, como recompensa única acaso, la mirada amorosa de unos ojos «claros, serenos.....» Aquel cadáver, arrastrado brutalmente por los suelos, con los puños crispados y la boca entreabierta en señal de cólera, pudiera ser *Juan José*, el reo culpable del crimen de haber nacido entre nosotros..... Ese energúmeno, que se abre paso forcejeando con el atlético brazo, como si temiese que le quitaran la codiciada presa, tiene todas las trazas del juez que condujo á *La Infanticida*, entre considerandos jurídicos, camino del patíbulo..... A manera de buitres que se disponen á desgarrar entrañas de muertos sobre el campo de batalla, así invaden el local del despojo, en el *Spoliarivm* de Luna, turbas asesinas que son, en el *Spoliarivm* de Dicenta, los buenos vecinos del mundo, tan propicios á dar la acera á *Juanito Fernández* como á sepultar en un pudridero de la calle el alma de *Encarnación*, cuyo cuerpo les sirviera para golpearlo contra las piedras, á guisa de pelota de carne cruda, despedida á capricho de jugadores..

Sombra de sombras el *Spoliarivm* del pintor y el *Spoliarivm* del poeta.... Sombra de sombras, entre las que se destaca luminosa, y contrastando con tanta figura de fiero continente, una mancha de suavísimos contornos, una mujer en actitud de resignada melancolía, destrenzada la copiosa cabellera y humillada la artística cabeza, como si la abatiesen penas insolubles, ó como si sus ojos buscaran todavía, flotando en aquel lago de sangre, los pedazos del vaso roto y las hojas desprendidas de *El Tiesto de rosas*.....

L. BONAFOUX.

Madrid, Agosto de 1887.

LA PRIMERA LECCIÓN

ESTÁBAMOS sentados sobre la hierba, recostados en la tapia del jardín, bajo la ancha sombra de una higuera, entre cuyas hojas danzaba un enjambre bullicioso de pájaros hambrientos que á la higuera acudían, avaros de nutrirse con su pródigo y sazonado fruto; cruzaban por delante de nosotros zumbadores insectos; mezclábase en el aire, al monótono é insoportable canto de las chicharras y de los grillos, el alegre cantar de una mo-

zuela que, mal encubierto el pecho por vistoso pañuelo de percal, remangada la chambra, descalza de pie y pierna, é inclinado el cuerpo sobre una artesa, enjabonaba enaguas y camisas, golpeándolas nerviosamente, y mostrando al golpearlas la espléndida curva de sus caderas, movidas á compás, durante las fatigas de su trabajo, con suave y lasciva ondulación; un lagarto, asomando curioso por entre dos piedras mal unidas, nos miraba con ojuelos retozones y brillantes; dos chiquillos desarrapados y sucios trababan furioso combate, defendiendo, uñas en ristre, sus derechos á una granada caída del árbol, y arriba, encima de nuestras cabezas, el sol, alegrando con sus rayos los tonos limpios de un cielo sin nubes, inundaba los campos de trigo, dorando á fuego las repletas espigas, mientras un viento caliente llegaba hasta nosotros, trayéndonos con él todos los rumores de aquella siesta calurosa y tranquila.

Yo era entonces muy joven, lo cual no indica, como supondrán algunos, que haga mucho tiempo del suceso que voy á referir; sólo han transcurrido cinco años. Sin embargo, lo repito. Yo era entonces muy joven. Dichoso del que no me entienda.

Aún no se había grabado en mi frente el surco

de una idea triste; aún no bordeaban mis ojos esas ojeras violáceas, marca imborrable de crueles é intensos dolores; mis ambiciones eran francas, mis deseos puros, mis proyectos nobles, mi fe ciega; por mi cerebro no había cruzado la sombra de un mal pensamiento; el desengaño tenía abiertas de par en par las puertas de mi alma, y yo era bueno, porque era feliz. Mi compañero, más viejo, más experimentado que yo, escuchaba con burlona sonrisa mis confidencias, mis sueños, mis afanes de gloria y de renombre; yo no podía comprender, en la época á que hago referencia, todas las enseñanzas ofrecidas por aquel perfil escéptico y mordaz; todos los argumentos traídos en contra de mis ilusiones por aquella frente sombría, por aquellos cabellos escasos y blanqueados prematuramente, por aquellos ojos tenaces y por aquellos labios que se plegaban hacia los extremos de la boca con desdeñosa y violenta contracción.

Gozaba mi compañero fama de sabio; su nombre, repetido sin cesar en periódicos y academias, se pronunciaba con admiración y respeto. Combatiente, nacido como yo en el humilde radio de una aldea, había triunfado, y no obstante, ni un solo rasgo de su fisonomía daba indicios de su victoria; más que un vencedor, parecía un

vencido. Y es que hay victorias tristes, muy tristes. Cuando el vencedor consigue el triunfo á costa de mucha sangre derramada, de terribles angustias, de amigos fieles que desaparecieron para siempre, de entusiasmos que se aniquilan y sucumben, el triunfo se convierte en derrota y la corona de laurel en corona de espinas, que desgarra la frente de quien la ciñe.

Algo muy semejante le había ocurrido al hombre que fué depositario de mis quimeras en aquella tarde calorosa del mes de Agosto: en cada lucha, en cada victoria parcial, vió desaparecer un pedazo de su alma, una esperanza ó una ilusión; y al tocar la cima de sus aspiraciones, al volver los ojos atrás, al sentir en sus oídos la adulación rencorosa del éxito, se encontró solo y gozó con amargura de un triunfo que le costaba tanto, y maldijo su gloria, que brillaba como *Inri* sangriento sobre un montón de cadáveres.

Por alimentar una sola de mis quimeras, hubiera él dado cuantas alabanzas le prodigaba el mundo; y al oirme, comprendiendo que pronto, muy pronto desaparecerían mis sueños á los continuos y brutales golpes de la realidad, me escuchaba silencioso é inmóvil, mostrando en su gesto incrédulo algo amargo y dulce á la vez, mezcla

extraña de lástima burlona y de crueldad compasiva.

Yo, sin reparar en su actitud, animado por el entusiasmo de la inexperiencia, atravesaba ufano el ancho campo de mis futuros proyectos, y no eran suficientes á detenerme en mi entusiasta peregrinación ni las escasas advertencias esparcidas en el limitado círculo de mi trato social, ni las experiencias que en mis varias lecturas pude recoger.

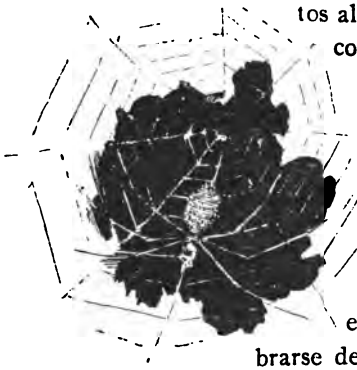
Para mí todo mal tenía remedio, toda servidumbre redención, toda miseria amparo, todo error disculpa y todo crimen castigo. Mi esfuerzo, juntándose al esfuerzo de otros que como yo pensaran, sería bastante á disipar las incorrecciones sociales, y santas ideas de bien, de virtud, de amor, de justicia, surgirían de aquella lucha para iluminar el mundo.

Este porvenir risueño veíalo yo próximo y seguro. La juventud es como el sol: dora los abismos sin pararse á contemplar las monstruosidades que su luz descubre.

De pronto, en lo más animado de mi peroración, sentí que me agarraban por un brazo, y ví á mi compañero señalar fríamente hacia un ángulo de la tapia, mientras murmuraba con sarcástica voz: *Mira.*

*
* *

Encaminé los ojos al punto señalado, y allí, adherido á la tapia, ví un jirón gris, polvoriento, flotante..... Era una red de araña que, apoyando sus costados en la pared, se destacaba de ella en forma poligonal, para morir luego en el fondo obscuro de un agujero informe. De aquel agujero salía la muerte. En la parte libre de la red, sujetos al extremo de hilos finísimos, como suelen estarlo al cáñamo de la horca las víctimas de la justicia humana, pendían cuatro ó cinco cadáveres de insectos, y en el punto medio del polígono una mosca, víctima de su imprevisión ó de su ignorancia, se esforzaba inútilmente para librarse de las mallas que la oprimían. Aquella sujeción era horrible para la infeliz prisionera; así debía comprenderlo ella, cuando agitando sus alas con zumbido angustioso y sacudiendo sus temblorosas patas con trémulo compás,



procuraba huir, volver al espacio, á la luz á su antigua existencia, truncada por un golpe brutal de la suerte.

¡Inútil deseo! La red defendía su presa con implacable testarudez, y la mosca luchaba en vano, retorciendo angustiosamente su débil y amenazado cuerpecillo.

De pronto, á la entrada del agujero, apareció la araña. Sus garras vellosas, terribles en aquel instante, avanzaron sobre la red; su cuerpo, destacándose entre las sombras de su guarida como otra sombra más, oscilaba pausadamente. La víctima, en presencia de su enemigo, cesó de moverse, agarrotada por el espanto.

—¡Desdichada!—grité yo á mi amigo.—¡Salvémosla!

Y con brusco movimiento extendí la mano para romper la tela; la araña, al verme, retrocedió furiosa; el insecto cautivo abrió las alas y quiso huir; yo, decidido á protegerle, avanzaba un paso, cuando mi compañero me detuvo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo.

—Salvarla—repuse yo.

—¡Salvarla! ¿Para qué?.....

—Para que viva, para que goce de su libertad, para que sea feliz, como lo soy yo, como lo eres

tú, para evitar un mal, para hacer un bien, para ser justo..... para eso. Mira — añadí — nada tan hermoso como una buena acción, siquiera recaiga en el más ínfimo de los seres. Sí, salvémosla; seamos justos.

—¿Y tú crees que salvándola seremos justos?— replicó mi compañero.—No—siguió diciendo con su voz cortante como el filo de un hacha;—no, y cien veces no. Salva á esa mosca, si así lo quieres, pero medita bien lo que haces. La araña, por ley de naturaleza, vive sujeta á las mallas de esa red, que son su elemento de vida; cuanto cae dentro de su radio le pertenece, es suyo; ella no tiene culpa de la crueldad que informa sus acciones; no la tiene ni de su voracidad, ni de su furia. Su instinto la obligó á refugiarse en ese agujero lóbrego; su instinto la obligó también á tejer esa tela destructora. Así fué hecha, así existe. El acto de nacer implica el derecho de vivir, lo mismo en la araña que en el hombre. Si esa mosca que tiembla con espanto fué lo bastante irreflexiva para dejarse aprisionar, la araña, devorándola, no se venga; obedece simplemente á necesidades de su organismo. La mosca volaba hace un instante, libre, feliz..... tropezó en esa red y cayó en ella, porque debía tropezar y caer. Ese era su destino: caer.

La araña estaba en acecho de una presa; la presa llega á su alcance y se dispone á devorarla. Ese es su destino: devorar..... ¿Tú quieres oponerte? ¡Locura!..... No lo hagas. Deja que se cumpla el destino.

—No—repuse yo sin apartar la mano de sobre la cenicienta red,—no; te engañas. Mi deber consiste en salvar á ese insecto; él representa la debilidad, la desgracia, la impotencia, el ruego; su enemigo, el poder, la fuerza, la crueldad, el triunfo: son el verdugo y la víctima, horrible el uno, suplicante la otra; librar á ésta de las garras de aquél, es hacer un bien; el bien no razona, no quiere razonar, no puede razonar..... No te opongas á mi decisión, porque sería inútil.

Y dispuesto á cumplir mi promesa, procuré desasirme de mi compañero; pero éste, sin soltar mi brazo, exclamó con acento convencido y despótico:

—¡Déjala, insensato, déjala! ¿Quién eres tú para oponerte á leyes inmutables? ¿En qué razón te fundas para obrar así? ¿En la razón del bien? Te engañas. El acto que pretendes realizar no es justo, pero tampoco es bueno. ¿Es tu ánimo salvar á ese insecto, sólo á ese? Pues tu bien resulta estéril, completamente estéril; no impe-

dirás con ello que otros insectos se enreden en las mallas de esa tela, ni que la araña los devore. Salvar uno entre mil es injusta y ridícula pretensión que nada resuelve. ¿Tratas, por ventura, de pasar la vida en este sitio librando á todas las víctimas que se aproximen á él? ¿Sí? Pues entonces cometerás un crimen tan horrible como el que intentas dirimir. Esa araña negra, vellosa, deforme, tiene derecho á la vida. ¿Vas tú á privarla de su alimento? Sea en buen hora; salvarás á las moscas y matarás de hambre á la araña. Este es el dilema. Además, matando á esa araña, ¿consigues algo? ¿Es la única? Y si no es la única, ¿qué pretendes? Loco, y más que loco, necio, deja que el destino se cumpla en esto como en todo. La mosca es el derecho de la araña. Respétalo.

Yo, herido por aquella lógica brutal y convincente, retrocedí un paso, dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y permanecí inmóvil. La araña, aprovechando mi descuido, dió un salto formidable, salto de tigre, y cayó de golpe sobre la mosca, que aleteaba angustiosamente. De un zarpazo la partió en dos, y rápida, satisfecha, orgullosa de su triunfo, penetró en su caverna, arrastrando el ensangrentado cuerpo de la víctima.

Cuando alcé los ojos, un cadáver más oscilaba en los bordes de la red; lo miré tristemente, y mi compañero, señalándome con imperioso gesto los pájaros que picoteaban el sazonado fruto de la higuera, los insectos que robaban su jugo á las flores, el sol agostando la mies, los chiquillos golpeándose furiosos por la granada caída del árbol, el lagarto en acecho de una presa y la muchacha restregando sobre enaguas y camisas un trozo de jabón que se deshacía como el placer en burbujas irisadas y pasajeras, me dijo con voz grave, no exenta de amargura:

—Esa es la ley. Cúmplela, déjala cumplir. Ya llegará un día en que sus mallas te sujeten como esas mallas sujetaban al insecto que pretendiste salvar, y caerás, como él, sin que nadie pueda torcer las inflexibles determinaciones de tu destino.

JUAN JOSÉ.

Nació por una de esas leyes ineludibles de la naturaleza. Así como el choque de dos electricidades contrarias produce el rayo, la aproximación de un sexo á otro le produjo á él.

Su madre era una mujer que comerciaba impúdicamente con su cuerpo; amante del lujo, an-

siosa de obtenerlo, no perdonaba medio alguno para lograrlo; se entregó á un hombre, como lo había hecho ya con muchos, por codicia, buscando un interés nuevo á su hermoso y repugnante capital. El hombre satisfizo un capricho de su organismo y se alejó; acaso no haga ni memoria de tal acontecimiento.

Efecto sublime de una causa miserable, aquella mujer sintió algo que, al agitarse en sus entrañas con destellos de vida, deformaba su cuerpo, borrando la belleza de sus contornos, aminorando su valor intrínseco. Comenzó por despreciarle y acabó por aborrecerle. Ella decía: «Este ser que me hace madre, ¿para qué me sirve? ¿he pedido yo á Dios que me le conceda? No. Entonces, ¿á qué viene? ¿por qué se agita y cobra elementos de existencia dentro de mí? Y una vez en el mundo, ¿qué obligaciones debo yo á esta criatura que comienza su carrera por desfigurar mi rostro, cortándome los vuelos un espacio de tiempo determinado?»

A impulsos de lógica tan cruel, su odio crecía, y este odio depuraba las ideas de aquella mujer en el crisol del crimen. La fiera afilaba sus garras para vencer el obstáculo que la detenía.

Engendrado sin amor, por sorpresa, aborrecido

antes de nacer, el niño cuya historia pretendo describir vino al mundo en el revuelto lecho de una mancebía. Le costaba trabajo vivir; como presintiendo muchos temores y muchas angustias en su futuro estado, resistíase á ocuparlo; vencido al fin, rodó sobre la cama; la madre lanzó un suspiro de placer al verse libre de tamaño peso, y sus compañeras, pasando al hijo de una en otra, le denostaron con palabras estúpidas, á las que él respondía con amargo llanto.

Vuelta en sí la madre, le presentaron al recién nacido. «¿Qué haré yo de esto?» He aquí la única expresión que brotaban los labios de aquella tigre. Ni un beso, ni una frase cariñosa; ninguna prueba de afecto dieron su voz ó sus brazos. Le acostó junto á ella, la dejaron sola y se durmió, como si tal ser no existiera.

Esta fué la primera noche de un ángel.

La segunda revistió formas aun más sangrientas; guardó con la pasada relaciones iguales á las que existen entre una idea y un hecho. La madre desnaturalizada, obedeciendo á un plan de largo tiempo concebido, esperando á que reposaran todos en la vivienda infame, alzóse del lecho, envolvió al niño, que dormía profundamente, en un trozo de lienzo, le atrajo hacia sí, no para prote-

gerle, sino para ahogar su voz si despertaba, y cautelosa como una hiena, atenta al más leve rumor, deslizóse sombría, fatal, á través de los obscuros corredores.

Ya en la calle, después de avanzar algunos pasos, dobló la esquina y miró á todas partes. Estaba sola, sin testigos que la delataran. Ni Dios ni su conciencia podían serlo; desconocía al uno y á la otra. Arrojó el estorbo sobre el empedrado, como si fuera un objeto insensible, y se alejó rápidamente.

Pobre flor de inocencia, al entreabrir sus pétalos perfumados, el infeliz expósito vióse ante dos abismos, á cual más espantosos, prontos á devorarle.—Una muerte próxima y una sociedad indiferente.

*
* *

Aquel fruto de infamia fué recogido en su abandono por una mendiga, la cual, obedeciendo no tanto á sentimientos de caridad como á cálculo especulativo, le llevó á su casa. Allí, después de envolverle en unos sucios y amarillentos andrajos, le dió de mamar; le tendió en el humilde le-

cho donde reposaba un hijo suyo de pocos meses, y se entregó al descanso.

A la mañana siguiente, mañana lluviosay fría del mes de Febrero, la mendiga, cuidando de no despertar á su hijo, cogió al expósito bruscamente y le condujo á través de las fangosas calles en demanda de una limosna suficiente á cubrir sus atenciones. Con el pobre recién nacido en brazos inspiraba lástima; y cuando su voz quejumbrosa pujaba lamentos reclamando un pedazo de pan para el hijo de sus entrañas, muchos se apresuraban á satisfacer los deseos de la industrial desconocida.

El fruto de tales quejas fué cuantioso, relativamente, y la mujer volvió á su hogar satisfecha de aquella inesperada adquisición; cuando entró en su cuarto, el hijo suyo, no el apócrifo, el verdadero, le tendió los brazos, y ella dijo al besarle:

—¡Pobrecito, á no ser por éste, te hubieras muerto de frío!

Desde entonces el huérfano, que para diferenciarse de los otros seres necesitaba un nombre cualquiera, le tuvo. Su madre adoptiva, por ca-

pricho acaso, acaso por recuerdo, le llamó Juan José.

Esto fué todo.

*
* *

Pasó el tiempo. Ya emitía el niño, con frase torpe é insegura, infantiles pensamientos, que nadie se ocupó de dirigir. La mendiga, cariñosa en extremo para con el otro, que aunque nada hiciera había salido de su vientre, guardaba para este desgraciado sus horas de mal humor, sus dicterios y vejámenes.

Cuando Juan José (obediente y sumiso como un perro) tuvo cuatro años, agarraba con su manecita el vestido ó pantalón de los transeuntes, pidiendo con faz compungida una limosna, entregada luego á su madre, que, recostada en el quicio de una puerta, guardaba en su bolsillo, caja de tan repugnante tráfico, el interés que la producía el pequeñuelo.

Los transeuntes miraban á Juan José, unos con desprecio, otros con lástima, los más con indiferencia; y el pobre muchacho, sin encontrar amor

en nadie, fué creciendo, y al crecer pensó, y al pensar halló en su vida algo extraño: diferencias grandes entre él y el resto de la sociedad. Quiso buscar la causa de estas diferencias, y tomó como punto de partida las que le distanciaban de su hermano. Aquél en su casa, y él en la calle buscando alimento para los dos. ¿Qué era aquello? ¿por qué era aquello?

Esta idea, grabada en su joven imaginación, le obligó á reflexionar:

El hombre, al verse atacado, busca medios de defensa.

Una noche, ya tenía trece años, preguntó á la que consideraba por madre los motivos de tamaña injusticia, y ella, como argumento irrebatible de sus razones, le respondió:

—Tú no eres hijo mío. Yo te recogí en medio de la calle y te presté ayuda. De más hago.

Juan José no supo qué contestar; avergonzado, lleno de confusiones, se refugió en su lecho.

Pasaron las horas; el adolescente no dormía, meditaba, y término de sus meditaciones fueron las siguientes frases, que mentalmente pronunció:

—Puesto que no soy hijo suyo, no estoy obligado á pedir para ella ni para el otro. Que pida él.—Y al día siguiente salió solo como de costum-

bre, como de costumbre pordioseó; pero al volver á su casa, lo hizo sin dinero.

—¿Cuánto traes?—preguntó la mujer.

—Nada.

A tal respuesta siguióse un golpe que arrancó un grito, grito rabioso, réplica justa á una agresión inmotivada.

Cuando la mendiga, furiosa, quiso secundar la agresión, Juan José no estaba; al sentirse herido, dió un salto formidable y se alejó.

El instinto de libertad, innato en el hombre, le atraía.

***

Sabido es cuánto influyen en el individuo sus condiciones fisiológicas. Esa causa ignorada que regula y dirige las acciones humanas, dotó á Juan José de una organización ardiente, reflejada en los menores detalles de su vida, en las más leves manifestaciones de su espíritu. Aquel temperamento absolutamente meridional, repleto de deseos, ávido de goces, buscaba afanoso una ocasión para demostrarse, y la encontró. Hizo durante cuatro ó cinco años la vida propia del pilluelo de

todos los países, hasta que un accidente, previsto por la marcha progresiva de los acontecimientos, le arrancó del vacío donde se agitaba, grabando con trágicas líneas su paso por el mundo.

II.

Una mozuela, bella y graciosa hasta el descaro, de libres costumbres y equívoca conducta, gustó de él. Acostumbrada á manifestar sus impresiones tal cual las recibía, no tardó en indicarle sus deseos; y Juan José, que, hasta entonces, sólo había encontrado en el mundo desprecio é indiferencia, vió nuevos horizontes que, al mostrarse á sus ojos, le ofrecían un porvenir de ventura.

El cariño que Rosa (así se llamaba ella) parecía tenerle era la tabla salvadora á que procuraba asirse el náufrago, abandonado en los borrascosos mares de la sociedad; las pasiones, dormidas en su corazón, despertaron; al verse querido, sintió agitarse la sangre de sus venas con precipitado ritmo, y trémulo, delirante, se arrojó en los brazos de aquella mujer, únicos que se abrieron en la tierra para recibirle cariñosos.

Rosa lo fué todo para él, porque decía: «Yo,

que nada valgo en el mundo, represento para ella algo que estima como suyo propio. Rosa es, por esta razón, mi madre, mi hermana, mi querida todos los afectos en uno. ¿Qué podrá pedirme que yo no me apresure á concederle?»

Acordes por esta vez cerebro y corazón, el mozo llevó su apasionada idea al límite, y, adivinando los menores caprichos de aquella mujer, se apresuraba á complacerlos. Esa esclavitud dulce que no hiere, porque es voluntaria, le había amarrado á su cadena, y Juan José, inexperto, alucinado, no podía comprender que tal situación pudiera conducirle á un extremo horrible, abismo monstruoso, en cuyo borde el pie tropieza y el hombre cae.

Rosa, acostumbrada á respirar la viciada atmósfera donde viven esas hijas espúreas del impudor, sentía necesidades imposibles, difíciles de realizar. Juan José le sacrificaba el fruto miserable de su trabajo; pero esto era poco, apenas si bastaba para comer, y ella, señora absoluta de aquel corazón noble, de aquel carácter arrebatado, le precipitó.

Una noche en que el mozo volvió, como todas, á su casa, rendido por el cansancio, abrumado por la fatiga, encontró llorando á su querida.

—¿Qué tienes?—dijo.

—Nada—respondió ella.

—¿Cómo nada? Por nada no se llora. Tú sufres y yo tengo derecho para averiguar los motivos de tu pena. Dímelos.

Cuanto más insistía Juan José, era mayor la resistencia de Rosa. Al fin, como venciendo trabajosamente su repugnancia, exclamó:

—Lloro porque el frío comienza á sentirse y no tengo mantón que ponerme; me voy á helar este invierno.

Juan José, aterrado por aquella noticia, no supo qué responder. Con la cabeza hundida entre las manos retrocedió convulso, mientras Rosa le miraba fijamente.

La escena era angustiosa, la situación apurada; el hecho se impuso brutalmente, y en presencia de aquel hecho veíanse á la mujer esperando y al hombre inmóvil. Miseria á un lado, necesidad á otro. Suprimir la primera y satisfacer la segunda con la impotencia por instrumento y la pasión por acicate, he aquí el problema, problema gigante que aquel hombre, ni instruído ni moralizado, debía resolver. Ese aparato cuyo mecanismo incógnito nos hace pensar, trabajaba dentro de su imaginación impetuosa; nubes de tempestad agrupándose sobre su cerebro, le obscurecían; Juan José

meditaba. De pronto levantó la cabeza, las nubes se abrieron y brotó el rayo.

—¿Te hace falta mantón?—gritó con voz ronca.—Lo tendrás.

Y abandonó el cuarto con actitud resuelta.

¿Dónde fué? ¿Quién lo sabe? Pero es lo cierto que al rato volvió, y arrojando un puñado de monedas sobre la mesa, dijo:

—Compra el mantón, Rosa.

—¿De dónde has sacado ese dinero?—le preguntó ella.

—¿Qué te importa? ¿No lo necesitabas? Ahí lo tienes.

El problema estaba resuelto, y como último término de la solución se leía esta palabra: «Crimen.»

*
* *

Juan José, preso al día siguiente, entró en la cárcel. Confundido con aquella gente viciosa y corrompida, para quien la fuerza es derecho y el golpe persuasión; obligado á vivir entre hombres de crueles instintos y salvajes procedimientos,

procuró hacerse lugar y le tuvo; su brazo le abrió camino, era fuerte, y en la cárcel, donde la ley no entra más que para acogotar vivos ó levantar cadáveres, la fuerza es un derecho, derecho tan justo como necesario. En ese derecho se inspiró Juan José. No tenía otro.

Rosa le visitaba, y este consuelo era suficiente á dulcificar las amarguras del preso; contando con el cariño de ella, ¿qué le importaba todo lo demás? La esperanza, asida con fuerza de su corazón, resistíase á abandonarle, y el mozo, gozando tal impresión, esperaba el momento de su libertad.

Bien pronto, sin embargo, cambióse el aspecto de las cosas. Sentenciado á tres años de presidio, partió sin verla; y desde entonces ni una carta, ni una frase en contestación á las suyas recibió el acongojado presidiario.

¿Qué era aquello? ¿Cómo Rosa, causante de su desgracia, le abandonaba? ¿Cabía esto en lo posi-

ble? El no podía creerlo, y, no obstante, la realidad se impuso.

Al verse solo, Juan José no luchó, se dejó guiar. Abandonado por su querida, escarnecido por el mundo, solicitó de los seres que iban á ser sus compañeros protección y amparo. En aquellos patios sombríos aprendió cuanto aprender puede una imaginación ardiente y contrariada; el ejemplo, que tan poderosamete influye en nosotros, le ofrecía el espectáculo de escenas repugnantes y horribles, á las que su vista se acostumbró. La semilla dió fruto, y el criminal inconsciente fué criminal por oficio.

Cuando, cumplida su condena, le anunciaron que estaba libre, alzó la frente, una blasfemia horrible brotó de sus labios, y rápido como el tigre á quien abren la jaula, abandonó el presidio.

*
* *

Indagando aquí, preguntando allí, supo al fin que Rosa, enamorada de otro, había encontrado en la ausencia lenitivo bastante para su mal, y en el olvido ancha sepultura donde ocultar el recuerdo de un ladrón.

Tal nueva le aterró, y durante una noche de

insomnio, su mente, impulsada por la venganza, trazóse un plan cuyos funestos resultados me es imposible traer á la memoria sin que mi corazón se estremezca.

Quien hubiese visto á Juan José con los ojos inyectados, la faz lívida y el cuerpo trémulo, recorrer, ya precipitadamente, ya con lento paso, la humilde habitación que le albergaba, hubiese temblado. El alma, en sus inquebrantables leyes, siente, como los seres físicos, impulsos y atracciones ineludibles. Cuando su inmovilidad se perturba, el efecto guarda perfecta y armónica relación con la causa; y el presidiario pervertido, el hombre ultrajado, al verse solo, sin el afecto de la mujer origen de sus desgracias, sintió vehementes impulsos de odio, sed inextinguible de sangre. Una voz interna le decía: «Te han herido, hiere.» Y la generosidad y la esperanza huían de su corazón para ceder el paso á una imagen sangrienta.

III.

Al día siguiente se dirigió á la casa donde vivía Rosa, subió temblando y temblando llamó á la puerta.

Una voz de hombre que le rasgó las entrañas, dijo: «Abre.»

—Voy—respondió Rosa.

Juan José oprimió nerviosamente el mango de un cuchillo, y con el oído atento y el cuerpo firme esperó á que le abrieran.

Al girar la puerta sobre sus goznes, Rosa reconoció á su antiguo amante y quiso huir, pero él, sujetándola con fuerza, la hundió el puñal en la garganta y siguió avanzando.

El que estaba dentro acudió, y Juan José, mostrándole el cadáver, le dijo:

—«Ya que no has podido defenderla, defiéndete.»

Una lucha espantosa siguió á estas palabras. Aquellos hombres, ansiosos de matar, se amagaban, se herían, sin conseguir su objeto..... De pronto Juan José dió un salto formidable, el otro lanzó un rugido, quiso sostenerse y cayó.

Cuando la gente, avisada por las voces, subía, Juan José, adelantándose hasta el centro de la habitación con el ensangrentado cuchillo en la diestra, exclamó con acento breve, seco y nervioso:

—«Yo he sido.»

*
* *

Al tener noticia del espantoso crimen, la sociedad, herida en sus fundamentales principios, reclamó justicia. El asesino subió por el mandato de sus leyes las gradas del patíbulo, y la *vindicta* pública se satisfizo. Mas ¡ay! si en el último trance, cuando la fría argolla oprimía su cuello y un populacho estúpido le miraba, el hombre se hubiese alzado con la faz cárdena por la asfixia y la voz ronca por la angustia, ¡qué de razones no pudiera aducir en su favor aquella víctima de la sociedad, que un crimen trajo al mundo para que otro crimen la arrancara de él!

DE JUERGA.

ENRIQUETA..... ¿Quién se acuerda ya de Enriqueta? Y, sin embargo, en estos primeros días de Noviembre, destinados por el mundo á rendir culto á la materia en descomposición,

nadie con más derecho, ninguno más á propósito para recibir ese culto que aquella mujer, aquella hermosa estatua de carne blanca y dura, que encerraba dentro de su cuerpo—si encerraba algo—la menor cantidad de alma posible, la suficiente para animarla, para despertar en su cerebro vibraciones que parecían ideas y en su corazón latidos que se disfrazaban de sentimientos; un organismo espiritual rudimentario; nada, ó tan poco, que ni aun vale la pena de ocuparse en ello.

Enriqueta no fué buena ni mala, inocente ni culpable, sensible ni insensible, fué hermosa; he aquí su única y exclusiva condición.

Verdad es que tampoco necesitaba de otra. Nadie se ocupó de pedirle sentimientos; todos se consideraban bien pagados conque les ofreciera sensaciones, sensaciones rápidas, alegres, fugitivas, momentáneas, algo así como el efecto producido por la música francesa, por esa música chispeante y sensual, cuyas notas deleitan el oído con voluptuoso cosquilleo y se alejan después sin que el alma se dé por advertida de su presencia.

Enriqueta se hallaba maravillosamente organizada para responder á todas las solicitaciones del deseo. De músculos potentes, de piel fina, exube-

rante de vida, espléndida de formas, repleta de goces, pródiga para darlos, insaciable para recibirlos, ajena al cansancio, habituada á la orgía, saliendo de ella como de un baño de juventud, sin quebrantos por lo que fué, dispuesta á comenzar de nuevo, sin amar á nadie, sin odiar á nadie tampoco, podía encontrársela siempre con la cara fresca, los ojos secos y los labios húmedos, procediendo, por manera inconsciente y fatal, con la regularidad uniforme de una máquina.

Y eso era, después de todo, una máquina de placer.

No una mujer, un sexo.

A mí hubo de parecerme, cuantas veces tuve ocasión de verla, un objeto curioso, un ejemplar digno de estudio; y ayer, contemplando la fosa común de uno de los cementerios de esta corte, campo neutral, montón de tierra movedizo y obscuro, catálogo anónimo de muchas miserias y de muchos infortunios, anónimos también, di en la cuenta de que en aquella fosa olvidada de todos, recogida por el amor disolvente de la tierra, disfrutando seguro y cómodo hospedaje, reposaba Enriqueta, la que no tuvo en vida ni hogar propio ni amante fijo. Y al pensar en ello, hubo de ocurrírseme escribir este artículo, que no es la

historia de un ser, sino la necrología de un estimulante.

***

Estimulante poderoso, enérgico, nacido allá en las últimas capas humanas, desde las cuales había subido á las primeras, bien así como por el tronco torcido y grosero de algunos árboles sube el germen envuelto con la savia para encaramarse á la punta de la rama más alta y brotar por ella en forma de botón sonrosado al principio, en la de fruto espléndido luego. Fruto que, apenas visto por el enjambre de pájaros que anidan en las ramas del árbol, despierta sus codicias y agita sus alas con estremecimiento voraz, hasta que todos juntos se lanzan sobre él, con el pico entreabierto y los ojos brillantes, esforzándose cada uno de por sí en llegar el primero, riñendo con furia, estorbándose el paso, avaros de la presa, que es mordida por uno, y después por otro, y al fin por todos, que la embisten en tropel desordenado y confuso.

A cada picotazo se abre una herida sobre la corteza del fruto, que brinda su jugo á los hambrientos solicitadores con igual y pasiva indiferencia, hasta que seco, rugoso, marchito, destrozado por fuera, roído por dentro, impotente para atraer

ninguna mirada, inútil para satisfacer ningún apetito, cae al suelo, se hunde con golpe sordo en el primer surco que la tierra le ofrece, y allí se descompone, prestando, con las últimas partículas de su sustancia, elementos de vida á otros gérmenes, manjares nuevos que condimenta para sus festines la naturaleza glotona.

Esa historia es, en síntesis, la historia de Enriqueta. Yo la he visto ostentando descaradamente su juventud en presencia de una turba impaciente y nerviosa que se arremolinaba en torno de su cuerpo con ansia febril, ofreciéndola, á cambio de él, la fortuna, la sangre, el honor á veces; seres decrépitos, no por la edad, por el vicio; muchedumbre de gusanos hambrientos agrupándose sobre aquella flor, pidiéndole, no su perfume, porque no lo tenía, sino algo de su vida exuberante y de su sangre fresca, como si en ella pudiesen

encontrar la fuerza y la robustez que les faltaba. He visto eso y he visto al propio tiempo cómo rodaba aquella mujer de orgía, en orgía, de placer en placer, de capricho en capricho, pasiva en medio de su actividad, indiferente en medio de sus goces, pasando de amante en amante más que por voluntad por destino, mostrándose orgullosa de algunos, más que por determinaciones de la inclinación por el influjo que ejerce sobre todo animal lo que es extraordinario y hermoso: orgullo semejante al que experimenta un caballo de pura raza cuando oprime sus lomos un buen jinete.

Así, desgastada por aquel esfuerzo continuo, por aquel vértigo incesante, fué marchitándose poco á poco, á pesar de su consistencia y de su poder, Enriqueta, la carne de juerga, de la que cada transeunte se había llevado una fibra; y estrujada, inservible, vaciló algunos meses entre las angustias de la miseria, y cayó más tarde en el lecho de un hospital para morir sola, sin dejar un recuerdo, sin despertar una pena, arrojada en el olvido, como lo que era, como un sobrante de la orgía humana.

Aún recuerdo el aspecto que ofrecía su cuerpo acostado sobre una losa del depósito de cadáveres. Allí estaba Enriqueta lívida, descarnada, horri-

ble. Había desaparecido hasta la última sombra de su belleza; la dió íntegra para satisfacer las codicias del mundo; hasta sus cabellos, su último encanto, el único que no pudo arrebatársele en vida, se le arrebataron después de muerta, trasquilándola brutalmente. Todo lo aprovechable se había aprovechado; ya podía caer en la fosa como el fruto podrido cae entre los surcos del terreno.

Y cayó, y en la fosa se disuelve y se transforma, prestando, con sus restos en descomposición, elementos de vida á la vida de otras sustancias y de otros seres.

No creáis que voy á pediros para ella una lamentación ni una lágrima; no las merece; tal era su destino; si vosotros tuvisteis alguna parte en él, yo no he de recordarlo, tampoco ella ha de protestar.

Pero ya que no os ocupéis de su memoria ni para sentirla ni para despreciarla, no la olvidéis por completo; sed consecuentes, y cuando os encontréis al lado de mujeres que son hermanas de

Enriqueta por organización y por hábitos, acordaos de ella como os acordáis en un banquete de otro banquete que satisfizo y deleitó vuestro paladar y vuestro estómago.

No le deis el agradecimiento del alma, pero dadle el agradecimiento de los sentidos.

DE MI ESTANTE.

En las altas horas de la noche, cuando rendido por el interminable batallar de la existencia, llego á mi cuarto, y ya en él, á solas conmigo mismo, siento agitarse dentro de mi cere-

bro ideas sin nombre que, ganosas de adquirirle, chocan entre sí rudamente; en ese instante de tregua (si tregua es esto) en que el hombre, apercibiéndose para nuevas luchas, interroga el porvenir, mis ojos cruzan distraídos los diversos objetos que constituyen el adorno de aquella habitación, y muchas veces se detienen y fijan sobre el humilde estante donde mis autores favoritos contemplan, á través de las amarillentas páginas, resumen escrito de sus pensamientos, los temores, las dudas, las esperanzas y los deseos, que por mi espírituse deslizan como se deslizan las olas por la movible superficie del mar.

A ellos únicamente comunico esas aspiraciones gigantes que todos cuantos vivimos la vida de la inteligencia hemos sentido alzarse poderosas en nuestra imaginación, donde acaso deben morir, de la que tal vez salgan un día para deslumbrar al mundo con su fuego; ellos han sido y son consuelo de mis amarguras, guías de mi inexperiencia, consejeros de mi razón. Verdaderos amigos, á quienes siempre se puede recurrir sin temor de mudanza ó engaño, yo los contemplo con igual respeto al que me produciría un cónclave de ancianos, cuyos labios, contraídos por el gesto doloroso de la experiencia, brotasen la verdad.

Pero entre todos estos autores descuella uno que me es predilecto, y al que me hallo unido por inquebrantables lazos, que más y más se estrechan cuanto más le estudio.

Y me es predilecto, porque su libro suda el dolor humano.

Ese autor es Cervantes.

*
* *

Existe manifiesto antagonismo entre la sociedad y los hombres que la iluminan; la sociedad resiste los esplendores del genio; mientras puede los rechaza, y los rechaza con inusitada dureza. Cervantes es prueba concluyente de lo dicho.

Dotado de una imaginación impetuosa, busca horizontes infinitos para espaciarla, y no los encuentra. En vano una vez y otra se revuelve afanoso tras el conseguimiento de su objeto; el mundo que habita le golpea rudamente, haciéndole sentir el peso formidable de su egoísmo. Ganoso de gloria, se acoge Cervantes á las armas, lucha por adquirirla en la más portentosa lid que refieren los mares, y herido por el plomo adversario,

halla como sola recompensa de su heroico proceder una mano de menos y unas cuantas cicatrices de más.

Cautivo en Argel, esclavo de un árabe sin corazón, procura librarse del yugo que le oprime; abandona la casa de su dueño; refúgiase con otros cautivos en una cueva próxima á las orillas del mar, y cuando más seguro del triunfo se juzga, el hombre á quien confiara su persona la vende y entrega á los mismos que, rencorosos, la perseguían.

Rescatado al fin, vuelve á su patria, y ésta, en lugar de recibir á su hijo cariñosamente, le hace sufrir los terribles efectos de un madrastrazgo infame. Lleno de amor, enlaza su destino al de una mujer, y sufre, entre espantosas privaciones, las contingencias de la miseria; se leen sus obras con indiferencia, insúltasele en críticas despiadadas, y como si esto no fuera bastante, los vecinos de Argamasilla le encarcelan y procesan por ladrón.

¡Horrible existencia la de este gladiador sublime, que rueda maltrecho por la arena ensangrentada del circo social! Cervantes, como todos los

grandes hombres, ha sido arrojado bruscamente entre las dentadas ruedas de la espantosa máquina social, y ha sufrido, como cada uno de ellos, esa trituración lenta, más dolorosa que la trituración de la carne : la trituración del alma.

Cuando la obra del mundo termina, esas inteligencias poderosas lanzan un grito, grito formidable, que en Dante es anatema, en Shakespeare rugido y en Cervantes sonrisa.

La sonrisa de Cervantes ocupa un lugar sin límites en los espacios de la idea, y se llama *El Quijote.*

*
* *

¡El Quijote! Yo nunca he podido leer esta obra sin haber sentido contraerse angustiado mi corazón; que el *Quijote* representa algo más de un libro destinado á rematar las disparatadas historias de los andantes caballeros.

Su personaje principal no es tan sólo el hidalgo manchego que, seca la mollera por el continuo saboreo de imposibles hazañas, limpia sus armas, tomadas de moho, y ya en la edad madura se cu-

bre con ellas, y ensillando el cuartago, lleno de las mataduras y alifafes propios á la vejez, abre la puerta del corral y sale al campo, ganoso de encontrar aventuras. Don Quijote es, á mi juicio, el hombre idealista que, caballero sobre su imaginación soñadora, busca en un mundo positivista y práctico la realización de sus ensueños.

Por eso, sólo por eso, viste Cervantes á su héroe de armas inútiles, á las que agrega aquella famosa celada, trocada más tarde por la bacía de un barbero, que diputa como «de oro finísimo»; por eso le hace embestir, ya contra molinos de viento que parten, al volver de sus aspas, el lanzón del andante caballero, ya con brutales yangüeses que le apalean, ya con infames presidiarios que le roban; por eso le obliga á enamorarse de una aldeana, que viene á su encuentro montada sobre prosaico burro, y sólo por eso halla el hidalgo en su camino ventas por fortalezas, y á cuenta de duque y doncellas, venteros ladrones y mozas desvergonzadas.

¿Qué otras cosas sino las que ocurren al hidalgo loco pasan en la vida del hombre soñador?

Vedle cómo se lanza al mundo, ansioso de renombre, y cómo da á los diversos personajes que por él discurren formas y colores que sólo existen

en su imaginación calenturienta. Miradle cómo transforma, de propia voluntad, á la mujer en ángel con vestiduras humanas, y hace del mundo (que sólo es una venta) castillo encantado, y de sus semejantes hombres sin tacha; y contemplad, en fin, cómo acordándose con el personaje de Cervantes, que culpa, no á su locura, sino á magos y encantadores de sus desdichas, culpa también el hombre soñador, de sus desgracias, á la mala fortuna, y no á la sociedad que le rodea.

Se hace notar que, así como cuando tropieza Don Quijote con verdaderos duques éstos se burlan de él, y obligándole á desencantar un escudero barbudo le montan sobre un caballo de madera, y extremando su engaño, le constipan con el viento de unos fuelles y le chamuscan con el fuego de unas estopas, hasta que los cohetes encerrados en el vientre de *Clavileño* dan con el andante y su aventura por tierra, así también cuando el ente soñador se ve delante de otros seres que podrían adivinar sus pensamientos, estos seres se mofan de él, y montándole sobre el *Clavileño* de la esperanza, le alientan con el aire de la lisonja y con el fuego del encomio para reir más tarde, haciendo que sus carcajadas hieran sarcásticamente los oídos del infeliz que se acogió bajo su amparo.

Nada falta á la figura de Don Quijote, que este mentecato vuelve á la razón, ya próximo á morir, y abjura de sus errores en tan supremo trance, único suficiente á extirpar de su cerebro las disparatadas ideas que alimentó.

Por si esto no bastara á corroborar la idea estereotipada en el hidalgo, echa mano Cervantes del contraste y coloca junto á la figura sublime de Don Quijote, que sólo es ridícula por la escasez de sus medios y lo grosero de sus relaciones, la grotesca imagen de Sancho, el escudero que, certificando la locura de su señor, le sigue en cuantas empresas imagina, con el exclusivo objeto de lucrarse de ellas y ver si logra adquirir el gobierno de la prometida ínsula. Es de admirar cómo se mofa de su dueño el zafio aldeano, y cómo le alienta, sin embargo, en la consumación de aquellos disparates que pueden traer beneficio para su bolso ó para su alforja.

Imagen real que existe en el mundo y acompaña siempre al hombre idealista, obteniendo provecho de aquello mismo en que éste sólo ha de encontrar decepciones.

*
* *

¡*El Quijote!* Libro sublime arrancado al dolor, que sólo en el dolor pudieron templarse aquellos pensamientos de acero, donde Cervantes abjura de sus delirios y maldice de su infortunio. Yo lo he leído cien veces y me hallo dispuesto á leerlo cien más, porque de él he sacado provechosa enseñanza.

En muchas ocasiones, cuando repleta la imaginación de fantasías, quise lanzarme á espacios desconocidos, mis ojos se fijaron en la amarilla cubierta que con letras negras guarda su nombre, y me detuve avergonzado en el camino de mis quiméricas lucubraciones. Cuántas otras, herido por decepción inesperada, llegué á mi cuarto maldiciendo mi fortuna, y él me mostró que es la decepción justo castigo de aspiraciones imposibles, de locuras inútiles, de esperanzas sin fundamento.

Yo reverencio *El Quijote*, porque siempre, á través de esas luchas gigantescas que traban entre sí el juicio y los ímpetus imaginativos, él me prestó su ayuda; y mil veces, cuando la razón, convertida en Sancho de la fantasía, se aprestaba á seguirla en sus disparatadas aventuras, las colosales figuras del libro de Cervantes me anunciaron, ya con sonrisa burlona, ya con desesperado gesto,

lo ilusorio de mis afanes. Ese libro me sujeta siempre que deseo subir más alto de donde puedo llegar; y si alguna vez, olvidando sus experimentadas sentencias, volé á otros lugares de los cuales me ví precisado á descender, rotas las alas y herido el corazón, él me dijo que tan necesario es el sufrimiento á la experiencia como necesario es el oxígeno á la vida.

*
* *

Cuando miro la obra de Cervantes sobre el estante humilde que la guarda, creo ver en el pergamino que la cubre esas arrugas que presta á los humanos seres el conocimiento de los hombres y de las cosas, y la reverencio cumplidamente como á la madre de mi razón; y cuando la abro, cuando la leo, al ver los dolorosos trances por que hubo de pasar su autor para poner la realidad de los hechos por valla á las quimeras del pensamiento, no puedo menos de unir una lágrima á las muchas que derramó aquel genio sublime, maltratado por las injusticias de su época. Lágrimas

que, diluídas en los capítulos de su portentoso libro, juntaron su acerbo aroma, formando esa sonrisa amarga del desengaño, que vive siempre constante en las regocijadas páginas de *El Quijote*.

DOS NATURALEZAS.

MIRA—dije al amigo que me acompañaba—algo allá lejos, interrumpiendo la monotonía del paisaje. Después del Madrid repleto de vida, es verdad, pero de vida enferma, así en lo moral como en lo físico, vida que tiene más fiebre que energía y más desaliento que reposo, estos campos áridos, secos, uniformes, sin un arroyo donde vibren los suspiros de la onda, ni un árbol donde resuene el gorjeo de un pájaro, entristecen;

son como la tránsición rápida de una saturnal á una fosa. Y no es esto precisamente lo que el alma fatigada desea, sino un lugar que participe de lo agradable y de lo tranquilo, propio para alejar del pensamiento esos jirones de vapor obscuro que la sociedad ofrece y rodearla con esos otros jirones de vapor blanco que la naturaleza presta. A nosotros, fatigados por el continuo afán de la lucha diaria, nos precisa, durante los breves instantes de inercia que forzosamente nos dominan, un paraje que reuna, á todos los encantos de la luz, todos los misterios de la sombra. Y, ó mucho me engaño, ó aquella agrupación de árboles que allí se descubre es el apetecido término de nuestra expedición campestre.

En efecto, nunca pude yo imaginar que estos alrededores de Madrid, miserables y poco armónicos, ocultaran entre las raquíticas ondulaciones de sus áridos montículos panorama tan delicioso como el ofrecido á nuestra vista en aquella investigación de las afueras, limitadas por el modesto barrio de Chamberí.

Próximo al cementerio de la Patriarcal, un poco á la izquierda de sus tapias, álzase el sitio que en estas escuetas é interminables llanuras viene á ser para el paseante lo que el *oasis* para

la caravana en las caliginosas arenas del desierto, y como este *oasis* diminuto ha de componer el fondo de mi cuadro, juzgo lo más natural describirlo tal y como lo vieron mis ojos la tarde de otoño en que un sol templado, un cielo azul y una atmósfera transparente se unieron para iluminar y embellecer aquel conjunto de originalidad y poesía.

***

Hileras múltiples de álamos blancos cuyas hojas tiemblan imperceptiblemente al contacto de los besos silenciosos con que el aire, ese eterno adorador del vegetal, las acaricia, ocupan el primer término del paisaje. Pálidas las hojas y dominadas por la nostalgia de la primavera, se inclinan al suelo, mientras el tronco, rec-

to y liso, dirígese á la altura implorando melancólica y dignamente compasión para las mismas, que nutre su savia. La tierra, salpicada de mil caprichosas hierbezuelas, parece una alfombra de plumas hecha ex profeso para los pies de la ondina que, á no dudarlo, mora en las profundidades de la estrecha laguna oculta por las ondulaciones del terreno, y que á esas horas en que la luna, como amante sin consuelo, recorre el espacio infinito, morada de los astros, sacude sus flotantes y abundosas trenzas y entreabriendo las ondas abandona su lecho de esmeraldas para dar al viento amorosos suspiros, que recoge, allá en el espacio de las quimeras y de los sueños, un ser alado que de léjos la persigue.

Hermoso panorama, digno de las vegas andaluzas ó de las ruinas helénicas, donde he gozado uno de los momentos más felices de mi existencia cuando, recostado en un peñasco, la mirada indecisa y vaga, saturado el espíritu de alegría y la imaginación de esperanzas, lo contemplé. ¡Qué mayor ventura para mí que la contemplación de aquel lienzo sublime cubierto por el pincel divino de enérgicos tonos y poéticos colores! Dos hombres que sienten y se comunican sus sentimientos con toda la efusión de una amistad cuyos lazos formó la desgracia; una naturaleza espléndida, y

allí, en el fondo, la casita modesta, más que modesta, pobre, donde el cuerpo hallaría reposo y el pensamiento soledad.

¿Qué faltaba, pues, para que el idilio fuese completo? ¿La mujer? También existía, y, sin embargo, era el único punto negro, la única tiniebla que no iluminaba aquel derroche majestuoso de luz.

***

Mujer fué aquella que me produjo una impresión extraña, igual en todo á la que produciría, de ser posible, un latigazo dado sobre el corazón cuando está dormido. Su conjunto tenía algo de monstruoso, no porque le faltase belleza de líneas y fuego de expresión, sino todo lo contrario, porque había exceso de una y de otro.

Morena, con ese moreno limpio de las razas meridionales europeas, de pelo negro rizoso y ojos negros también, en cuya brillante pupila relampagueaba la misteriosa desesperación del porvenir, labios sensuales y entreabiertos, dientes menudos y encajados como impidiendo el paso á la maldición horrible que lanza el organismo espiritual, casto, contra el organismo material impuro;

la garganta de curva irreprochable, y el cuerpo flexible, lascivo, cubierto de harapos que la repugnaban; la calentura del deseo arrojándose en una belleza infernal: he aquí lo que representaba aquella mujer.

Cuando nosotros la vimos estaba arrodillada al borde de la laguna golpeando con sus pequeñas y nerviosas manos un trozo de lienzo. Al escuchar nuestros pasos se detuvo, alzó la frente y nos miró; sus ojos se clavaron en los míos; yo los bajé avergonzado; no pude soportar su mirada.

Aquella joven, desconforme con su actual situación, buscaba evidentemente un medio cualquiera para abandonarla, estaba en acecho de una ocasión; no cabía duda, su mirada lo había dicho más claro que cualquier palabra por expresiva que fuese. Sentíase hermosa, capaz de brillar en otro mundo distinto del que la suerte le ofrecía; acaso alguna vez, en la ciudad, se codeó con *señoras* que, sin valer lo que ella, iban mejor vestidas, y tuvo aspiraciones de igualarlas; tal vez el lenguaje de los hombres de su clase no le agradaba y buscaba otro que llegase más á su corazón que aquél; ¿quién sabe si algún día le oyó ligeramente y como de pasada, y desde entonces le persigue afanosa? Lo cierto es que ella se re-

volvía en sus harapos como se revuelve el tigre en su jaula.

Y para comprender esto no era preciso esforzarse mucho. Aquella aspiración infinita era ingenua; se presentaba francamente, sin hipocresía. Su mirada quiso decirme: «Ofrece, que acepto.»

Yo me sentí atraído y avancé, pero me detuve en el camino.

¿Qué podía yo ofrecerle? Un porvenir de deshonra. Porque aquella mujer es uno de esos destinos sombríos que construye en la soledad una mano implacable. Arrojada al mundo, estoy seguro de que no habrá fuerza humana suficiente á detenerla; rodará de una manera confusa y rápida desde esa cima perfumada que se llama amor, hasta ese lodazal inmundo que se llama prostitución. Esos labios voluptuosos, esa pupila ardiente encierran un ansia infinita de goces que nadie podrá realizar. Si se arroja, rodará al fondo. Que otro la empuje. No quiero hacerme cómplice de ese crimen comenzado por la Naturaleza.

Mientras yo hacía estas reflexiones, ella me contemplaba con curiosidad.

—¿Les gusta á los señores este sitio?—nos dijo. Su voz era dulce, insinuante.....

No acerté á responderla; cogí por el brazo á mi

amigo y murmuré á su oído con acento nervioso:

—¡Oh, vamos, vámonos de aquí!

Mi amigo me miró sonriendo y echó á andar.

*
* *

Vosotros, los que leáis este artículo, si alguna vez os dirigís al lugar que os he citado y veis á esa muchacha, dejadla, os lo suplico; no la arrastréis con vosotros; dejad que se agoste en la soledad esa flor de infamia nacida entre las ondas de una laguna y los muros de un cementerio.

No seáis el instrumento caprichoso de que se aproveche el destino en sus frías é implacables combinaciones.....

JUANITO FERNÁNDEZ.

DECIDIDAMENTE era un buen muchacho Juanito.

Alegre, decidor, elegante, rico, bien educado, bailarín incansable, gracioso, bromista, vestido siempre á la última moda, no había reunión donde no fuera recibido con gusto, ni muchacha á quien no impresionaran sus atractivos, ni *mamá* de muchacha que no viese en Juan un partido más que aceptable para su hija.

Verdad es que el mozo se emborrachaba algunas veces — con *champagne* por supuesto — que jugaba las más, que tenía queridas, que había dado muerte en desafío á un hombre honrado, lego en materias de esgrima, y que, examinado cuidadosamente, resultaba falto de sensibilidad, poco instruído y un si es no es quebradizo de conciencia. Pero ¿qué era esto comparado con lo ameno de su conversación, lo irreprochable de su saludo, la viveza de su ingenio, lo simpático de su figura y cinco mil duros de renta? Nada; ligerísimos defectos que desaparecen con la edad y se modifican con los años.

Un aliciente más, como decía cierta viuda alegre ocupándose del asunto.

Es lo cierto que á Juanito se le dispensaban sus faltas en atención á sus méritos; que las señoras le juzgaban *algo aturdido*, *pero con buen fondo*, y que los hombres serios, esos graves y sesudos señores encanecidos en la experiencia y muy dispuestos con sus teorías filosóficas y políticas á moralizar y reconstituir las sociedades, si encontraban al héroe de estos apuntes después de uno de aquellos escándalos decentes que él solía dar una vez por semana, se contentaban con decirle, dándole palmaditas en el hombro:

—Calaverilla, ¿cuándo sienta V. esa cabeza?

Y añadían luego:

—No olvide V. que mañana nos quedamos en casa, y excusado es manifestarle hasta qué punto le agradeceremos que nos honre con su presencia.

Conocí yo á este sujeto hará próximamente dos años Habitaba el cuarto segundo de la vivienda que nos era común, y se establecieron entre nosotros esas relaciones, si bien superficiales, indispensables á las gentes bien educadas, circunstancia que, unida al trato de un amigo de ambos, me hizo espectador de un hecho, el cual hecho define á maravilla el carácter de mi vecino.

Una noche, entre ocho y nueve de la misma, salíamos juntos de casa, y llegábamos á su puerta, cuando nos detuvimos para ceder el paso á una mozuela que, seguramente, por lo rápido de su andar y la caja de sombreros que llevaba en la mano, era una modista retrasada por caprichos de la parroquia en el camino de su obrador. Joven, casi una niña, de negros ojos, cintura flexible, tez pálida y formas correctas, cruzaba la calle menudeando el paso de sus pies chiquitines y mostrando en su rostro de virgen la pura tranquilidad de la inocencia.

—¡Hermosa mujer!— dijo mi vecino al verla.— Se puede hacer de ella una querida agradable. ¿Quiere V. que la sigamos?—añadió.

—No, amigo mío—repuse—perdóneme V., pero no tengo tiempo ni ganas.

—Entonces la seguiré yo solo—replicó él.— Conque..... adiós, y buena suerte. Lo diré yo mismo, ya que usted no lo dice.

—Adiós—le contesté; y perseguí con los ojos aquellas dos figuras, que ora se ocultaban entre las sombras de las altas fachadas, ora reaparecían bajo la amarillenta luz de un farol, caminando siempre la primera modesta, sencilla, humilde; la segunda, altiva, desafiadora, arrogante; una en pos de otra, siguiéndose de cerca, como sigue á la confianza el peligro.

*
* *

Desde entonces, todos, invariablemense todos los días, encontraba á Ju-nito aguardando á la muchacha, y más tarde le veía en cierto café, donde refería á los allí presentes el estado de su conquista.

—¡Caramba si resiste!—solía decir.—Ella me quiere; pero se defiende ¡vaya si se defiende!.....

Gracias á que mi constancia y mi habilidad conseguirán el triunfo.

Cierta noche, á los cuatro meses de comenzados sus amores, llegó mi héroe al café, y dejándose caer sobre un diván con aire satisfecho, exclamó, antes de que nadie le preguntara:

—Chicos, Luisa..... ¡por fin!.....—Y acompañó esta frase con un guiño de ojos tan expresivo y una sonrisa tan graciosa, que sus compañeros y admiradores soltaron una carcajada y le dieron la enhorabuena.

***

Por aquel tiempo el género de trabajos á que yo me dedico hubo de obligarme á abandonar mis antiguos centros de reunión. Tal motivo, junto con mi cambio de morada á otra muy distante de la que antes ocupé, me separó de Juanito. Sólo nos unían lazos de vecindad y con la vecindad concluyeron; también perdí la pista de sus amoríos, y es seguro que no volviera á acordarme de ellos sin un suceso inprevisto, que paso á referir:

El amigo de quien hice mérito al comienzo de estas líneas—aquel amigo que, siéndolo mío, lo

era de Juan Fernández—me encontró una tarde.

—Tenemos varios asuntos que ultimar—me dijo—y la ocasión es oportuna; he de ver á Juanito ahora mismo; de suerte que, si V. quiere, le veremos: cumpliré con él y arreglaremos lo otro. Es cuestión de un momento; concluyo en seguida.

Accedí á sus deseos, y subimos juntos al Circulo N..., una vez en el cual, previo paso por algunos salones lujosamente decorados y la invitación que nos hizo un criado con librea, penetramos en la sala de juego, cuyos concurrentes no se desdoran frecuentándola, porque en ella se pierde el dinero con dignidad, y si se arruinan las familias, se arruinan con decencia.

Allí, frente á una mesa de *bacarrat*, estaba Juanito *jugándose* unos cuantos miles de reales y apurando á pequeños sorbos una copa de *Vermouth*.

Nos saludamos, díjole mi amigo lo que tenía que decirle, y al separarse de él añadió:

—¡Se me olvidaba! ¿A que no sabes á quién he visto?

—¿A quién?—preguntó Juan.

—A Luisa.

—¿Qué Luisa?..... No adivino.

—Aquella chica que.....

—¡Ah! sí, sí; ya recuerdo.

—Pues la he visto en una casa..... en una casa horrible, donde me ha contado llorando que tú la abandonaste; que, sola, sin amparo, sin sostén alguno, fué cayendo, cayendo, hasta llegar á esa casa miserable, una vez en la cual la han vestido el cuerpo de seda y la han desnudado el alma de honradez.

Juanito parecía distraído; de pronto se puso lívido, y exclamó:

—¡Yo tengo la culpa, yo solo! ¡Nunca me lo perdonaré!

—El haber.....—dije yo.

—El haber perdido tres mil reales, cuando la jugada estaba clara como la luz..... Sólo yo soy capaz..... ¡Esto es vergonzoso!

—Es cierto, vergonzoso—repuse yo despidiéndome de Juanito con una inclinación de cabeza.

.....

Hace cuatro ó cinco noches, estando yo en los Jardines del Buen Retiro, me acerqué á saludar á una familia, compuesta de una hija muy linda, pero muy tonta; de un padre severo, incapaz de tolerar faltas á sus inferiores, que ha escrito un

tratado de moral, y de una madre muy devota de todos los santos, muy cofrade de todas las cofradías y que no sólo cumple con la Iglesia en Pascua Florida, sino que parece estar siempre en peligro de muerte, según lo que menudea sus confesiones.

—¿No sabe V. que se casa Clarita?—me dijo la mamá señalando á la muchacha, que se puso muy colorada.

—No, señora; no lo sabía—respondí yo.—¿Y quién es el mortal afortunado?

—Juanito Fernández.

—¡Juanito!

—Sí—repuso el padre;—ese calaverilla me ha prometido sentar la cabeza.

—Y sobre todo—añadió la mamá—él será algo aturdido, pero tiene buen fondo. ¿No es así?

—Ya lo creo, señora—replique yo;—no lo sabe usted bien.

Y cogiendo el sombrero, me despedí de la futura suegra de Juanito.

ENCARNACIÓN.

Era una de esas mujeres marcadas por el sello infamante de la deshonra; máquinas humanas donde los apetitos sensuales pueden satisfacerse mediante el pago de cierta cantidad; esclavas de la miseria, cuyas gracias y aptitudes se

cotizan en los mercados del vicio; fragmentos haraposos de humanidad arrojados por una mano implacable en medio del arroyo para que sufran riendo la caricia del libertino, el golpe del borracho, la baba del viejo disoluto y el rencoroso desprecio de las gentes honradas.

Encarnación pertenecía á este género de mujeres, y era, si no tan culpable como algunas de ellas, tan desgraciada como la que más.

Educada por un padre vicioso y por una madre automática, viendo siempre en los menores detalles de sù vida infantil ejemplos perniciosos de escándalo, tratada como un mueble y golpeada como una bestia, representando en aquella suma de sexos la menor cantidad posible, comiendo algunos días, llorando los más, semi-idiota é inmóvil, vivió mucho tiempo la pobre niña, si por vivir se entiende la circulación de una sangre anémica y el agazapamiento de un alma insegura, vivió sujeta á la cárcel de su hogar, contemplando en los utensilios varios aquí y allá esparcidos, compañeros mudos que la escuchaban, y en la azul atmósfera, apenas bosquejada por la estrecha abertura de su buhardilla, un porvenir flotante.

He aquí todo cuanto pudo formar aquel espí-

ritu en los primeros días de su mezquina existencia.

Pero llegó una hora en que la niña se sintió mujer, y, cosa extraña, mujer hermosa. Dentro de esos cubiles humanos repletos de miseria y podredumbre suelen crecer flores esbeltas que, huérfanas de luz, de aire, de espacio, de alegría, se alzan, no obstante, ricas en color y perfume.

¿A qué obedece esta contradicción brusca? ¡Quién lo sabe! Tal vez á las frías combinaciones de la suerte; acaso á los caprichosos encarnizamientos del destino. Porque el destino es un gran constructor, lo mismo en las construcciones de luz que en las construcciones de sombra. Bien es cierto que tiene un auxiliar poderoso: la sociedad *perfeccionada* que nos rige.

El destino, al ensañarse con Encarnación, la había dotado de una familia en cuyo seno la miseria, el embrutecimiento y la infamia disfrutaban partes iguales; pero Encarnación fea, Encarnación insensible, Encarnación estúpida, hubiera muerto incrustada en aquel zaquizamí ó perdida en el mundo sin voluntad y, por consiguiente, sin dolor. Nacer bestia y morir bestia con algunos golpes llenando el hueco de estas dos etapas, es, ya que no la felicidad, la insensibilidad, y la in-

sensibilidad forma parte de los favores que merecemos á la suerte. Como el destino, una vez comenzada su tarea, necesitaba exprimir sobre aquella mujer inocente todos los tormentos y todas las decepciones, la hizo hermosa, con esa hermosura meridional, fantaseadora, enérgica, precoz; removió en su alma todos los apetitos, todas las sensibilidades; corrió con mano segura el velo que cubrió hasta entonces la imaginación de la niña, y, ayudado por una educación falsa, por una belleza armónica, por un temperamento excitable y por un ansia febril de afectos múltiples, se cruzó de brazos, esperando el desenlace de aquella aurora que semejaba volcán.

Encarnación, al sentirse mujer, ¿qué hizo?

Fué el de entonces uno de esos momentos psicológicos que determinan el porvenir de una existencia: la niña, al transformarse como organismo, se transformó como alma; se vió hermosa y se reconoció sensible; la superficie pulimentada de un espejo fué el espacio brillante donde se verificó tan súbita mudanza.

Allí pudo observar que sus cabellos, desmadejados y sucios, tenían, no obstante, suavidad sedosa y ondulaciones bellas; que sus ojos brillaban con resplandores infinitos, y que sus labios mos-

traban, al plegarse, todas las armonías del placer. Allí admiró también la curvatura suave y gentil de su garganta, mal cubierta por un pañuelo hecho jirones, y la morbidez de sus hombros y la esbeltez de su talle. Cuantos dones le prodigó Naturaleza mostráronsele á un tiempo, y sus mejillas aterciopeladas se colorearon de rubor pensativo. La mozuela ignorante, la cosa viva, el harapo humano, se irguió, y, diputando por bella su imagen, reflejada en el fondo de un vidrio roto, dejó de ser instrumento para convertirse en fuerza.

Cuando la noche, obscura y fría, hizo tenderse á Encarnación sobre el áspero lecho de sus miserias, la joven, ocultando bajo el cabezal de crin el trozo de espejo, comenzó á registrar su espíritu. Al registrarle, pasado y presente se le ofrecieron en toda su horrible desnudez. Los años de su infancia mostráronsele con trágicos perfiles..... ¡Qué años tan amargos los de su infancia! Sin afectos, sin caricias, el tiempo cruel, sus padres indiferentes y ella sola; su cuerpo desnudo y su inteligencia embotada; ni un beso de cariño sobre sus labios, ni un recuerdo de ventura bajo su frente.

Esto en cuanto se refería al pasado; pero, ¿y el

presente? El presente era aún más triste. Antes estúpida é inmóvil, la niña pudo juzgar tales acontecimientos necesarios, y, en su consecuencia, sufrirlos; ahora no; ahora el sentimiento de la verdad ocupaba su alma con todo el ímpetu de un éter comprimido que se desborda; su angustioso estado se la ofrecía tal como era: crimen; no suceso natural, obra de la infamia, engendro monstruoso de un delito; y al comprender esto, Encarnación acusó al presente, apoyándose en los presentimientos del porvenir.

¡Cuántas ideas flotaron durante la noche sobre el cerebro de la joven! ¡cuántos odios salieron de la sombra! ¡cuántos planes forjó el delirio! Suspiros angustiosos se deslizaban por los labios de Encarnación; quejas mudas se formularon en su garganta, y reproches enormes, condensándose en su agitada razón, la obscurecieron. Lo desconocido, abriendo sus puertas á la virgen despreciada, resplandecía con tonos de placer, y auras de libertad, acariciando su frente ceñuda, jugaban con los rizos caprichosos de su abundante cabellera.

Al fin, la aurora vino á reflejar su blanquecina luz sobre el hermoso cuerpo donde tan fiera lucha riñeron los espectros del ayer y las promesas del

mañana. Encarnación dormía. Su cabeza descansaba suavemente en el gracioso almohadón de su brazo redondo; dos lágrimas temblaban en sus retorcidas pestañas; sus labios sonreían, plegándose con despreciativo gesto, y en sus fruncidas cejas brillaba una resolución implacable, mientras su mano breve, nerviosa, morena, oprimía el trozo de espejo donde se contempló por la mañana.

Dulcemente impresionada por el resplandor tibio del día, la mozuela abrió los ojos y pudo contemplar los matices varios de aquella aurora; aurora inmensa, amanecer doble: el amanecer del sol y el amanecer de su alma.

¡Qué diferencia tan grande existía entre ambos crepúsculos! El material, risueño, esplendoroso, cuajado de luz brillante y pura; el moral, raquítico, triste, iluminado también, pero iluminado por resplandores torcidos y sinuosos. Fuera de Encarnación, arriba, en el ancho cielo, un sol que nace y tiende los brazos para bordar las blancas nubecillas con festones de oro; auras que resbalan silenciosas por la bóveda gigante del espacio azul, rumores sin eco, himnos sin forma, vitalidad, energía, esperanza; dentro de ella, muy dentro, en el fondo de su espíritu, una hoguera de fiebre que, al arder, tiñe de rojo las negruzcas

humaredas del deseo; preguntas sin fin vibrando tristes en la atmósfera sombría de una duda implacable; trepidaciones caóticas, decisiones lúgubres, amargura, vergüenza, temor..... Y, sin embargo, á pesar de sus enormísimas diferencias, juntándose lo de arriba con lo de abajo, lo visible con lo invisible, la esperanza con el recelo, el crepúsculo dirigido por la Naturaleza y el crepúsculo dirigido por la sociedad, formaron acordes, si bien de una manera inconsciente, el áspero y definitivo sendero que había de seguir aquella existencia macerada.

Desde entonces Encarnación puso mayor cuidado en su atavío. Remendó hábilmente los rotos vestidos que arropaban su miseria, y haciendo con ellos numerosas combinaciones, pudo prestarles, ya que no elegancia, cierta salvaje y ruda armonía. Peinó con vanidoso esmero los obscuros rizos que adornaban su frente, y cortando una flor de tísico rosal que agonizaba en la claraboya de la buhardilla, la dejaba perderse en el revuelto mar de su azulada cabellera. Cuantos adornos pobres y humildes contenía aquel cuartucho miserable, eran aprovechados por Encarnación, que, en su anhelo infinito de embellecerse, no perdonaba medio alguno para lograrlo.

La madre veía impasible tan significativa transformación. Bien es verdad que no llegó á comprender su alcance. Era tan limitado el horizonte racional de su cerebro, que, dejando aparte los apetitos de la hembra y las necesidades del animal, apenas si distinguía confusamente un fárrago de acontecimientos indefinibles. Otra, en su puesto, siguiendo paso á paso las diversas manifestaciones de aquella alma recién despierta, hubiera llegado al fondo de sus deseos y hubiera, tal vez, conseguido atajarlos con la valla del cariño ó con el dique de la reflexión; pero ella no; ella, frente á la borrasca que se cernía sobre el corazón de la adolescente, siguió imperturbable, apenas si detuvo mientes en el ansia de libertad sin orden que dominaba á su hija, apenas si, viéndola vestir una mañana, dijo entre dientes: «¡Calla, pues no se pone flores en el pelo!»

No obstante, dominada por vaga inquietud, hubo de referir á su *hombre* la escena que había presenciado, y él, riendo groseramente y encogiendo los hombros, le respondió: «¡Bah! Tonterías, entretenimientos de esa idiota.»

¡Idiota! No era este nombre el más apropiado para Encarnación. Loca sí estaba; loca de amargura, de odio; loca por encontrar un medio cual-

quiera para librarse del yugo que la oprimía; loca buscando un resquicio por donde huir del cuarto miserable que habitaba.

Dominada por la fiebre de esa locura, todas, absolutamente todas las tardes, cuando con el cántaro sujeto á la saliente curva de su excitante cadera, la falda recogida, permitiendo admirar el menudo pie y el nacimiento hermoso de la pierna, desnudo el brazo y el pañuelo anudado á la garganta, descendía la joven á la fuente del barrio y allí guardaba turno para llenar su cantaruelo, podía vérsela, con las manos cruzadas y los ojos perdidos en el antro invisible de la quimera, dejar pasar una hora y otra como si esperase algo que tardaba en venir, pero que seguramente vendría.

¿Esperaba Encarnación alguna cosa? Sí. ¿Cuál? La ocasión necesaria, el momento oportuno de lograr sus fines. Lo esperaba segura de que no faltarían: y la ocasión vino y el momento llegó, que nunca dejan de acudir á las citas de triste

resultado esos lúgubres auxiliares de los torcimientos del alma.

Un mozalbete, no mal parecido, amamantado con la leche de todos los vicios y educado en el seno de todos los crímenes, tropezó á la muchacha cuando ésta volvía con el cántaro debajo del brazo desde la fuente á su habitación: la detuvo en el camino, elogiando su belleza con frase gráfica y persuasiva: la requirio de amores, y ella, halagada en su vanidad mujeril, viendo en el cariño de aquel hombre el cabo extremo que podía librarla de su infortunio, se asió de este cariño, oyó complacida las súplicas del mozo y aceptó gozosa su oferta.

Lo que vino luego es muy fácil de imaginar. Encarnación se entregó á su amante de una vez: le dió su cuerpo sin vacilaciones, sin hipocresías, francamente; porque las rendiciones lentas y graduales, esas rendiciones en que se entrega el honor á partículas microscópicas, para saborear su pérdida, sólo pueden verificarlos espíritus podridos y astutos, refinadores del placer sensual, espíritus que miden el provecho que ha de reportarles la cesión paulatina de su cubierta orgánica; las almas puras, aunque se extravíen, son nobles en sus procedimientos. El alma de Encarnación era

pura, y al rendir su cuerpo lo rindió por completo; y lo rindió, no tanto por necesidad de su temperamento como por el espanto que en ella producía su miserable estado. ¿Qué pretendo yo—se preguntaba.—¿Huir de mis padres? ¿abandonar mi casa? Sí. Y para lograr ese objeto, ¿qué debo hacer? Ser suya, huir con él—respondía á impulsos de su calenturienta lógica.

Y fué suya y huyó con él como huye el esclavo que en noche obscura rompe sus cadenas y abandona su cárcel, tomando á tientas el primer camino que se le ofrece. Huyó rápida, alegre, sin volver el rostro, sin temor, no precaviendo siquiera que al término ignorado de su ruta pudiera existir un abismo monstruoso, cuyas fauces entreabiertas se hallasen prontas á devorarla. ¡Qué sabía ella! Por de pronto se encontraba libre; esto era lo importante. Después..... ¡Cómo ha de pensar en después una imaginación de quince años que pisa los umbrales de lo desconocido, dejando atrás las horribles contingencias de una vida cruel y estúpida!

Es indudable que si el mozo á quien se rindió Encarnación hubiera poseído condiciones bastantes para educar un alma, la joven estaba á salvo; la fuga hubiera sido restitución, y el comienzo

del naufragio viaje tranquilo á seguro puerto. Pero el mundo descuida tanto á los seres que lo constituyen, tan escasamente regula las omisiones de la naturaleza y las perversiones del ejemplo, que cuantos, por capricho de la fortuna, no poseen las bondades de éste ni las complacencias de aquélla, se hunden, y se hunden más en el légamo sombrío que tapiza el fondo de los mares sociales. Seres nacidos en la infamia, en la infamia se educan, de la infamia se alimentan y por la infamia existen: el mundo los abandona, y allá van ellos con el ímpetu fatal de un mecanismo ciego que arrolla y destruye cuanto halla al paso.

Cuando uno de estos seres tropieza en su camino con alguna criatura nerviosa por temperamento y salvaje por educación, esa criatura está perdida sin remedio.

Así le ocurrió á la protagonista de mis apuntes. Su querido era un canalla de lo más perfecto que puede imaginarse. Vivió con ella un mes, dos, tres..... no importa el tiempo; hasta que un día, cansado de la muchacha, la vendió.

No se extrañen mis lectores de esta palabra; tomen el dicho en su acepción más estrecha. La vendió como se vende un caballo, como se vende

un mueble. Es forzoso decirlo. En las grandes capitales, centros de cultura é instrucción, en esas poblaciones que parecen animadas por ideas de libertad y progreso, existen bazares de carne blanca; bazares servidos por mujeres viejas y desdentadas y asquerosas, que trafican con la juventud igual que trafica el arriero con sus mulas, comprándola, vendiéndola, arrendándola: y esto á los ojos de la sociedad, que lo tolera, y delante de la ley, que se tapa hipócritamente la cara para no mirarlo. Sí, se venden las mujeres por sus padres, por sus hermanos, por sus queridos, y se abofetea el rostro de la moral humana, sin que la moral pública se dé por ofendida.

A uno de esos bazares, á uno de esos agujeros hediondos, donde se expende el ajenjo de la sensualidad, fué Encarnación, transformada en mercancía. La condujo su amante, quien, entregándola á una mujer que satisfizo el importe de la trata, se alejó contando las relucientes monedas.

La cosa estaba hecha. Nadie logró ó quiso evitarla. Es cierto que la niña pudo haber gritado, oponiéndose á la venta, pero existen dos clases de mordaza: una ruda, fuerte, que oprime los labios y ahoga la voz; otra suave, persuasiva, deslumbradora, propia para detener con su lujoso y em-

briagador aspecto los pudores de un espíritu cándido y los retorcimientos de un cuerpo sacudido por la miseria. La astuta acaparadora de placeres que se hizo cargo de Encarnación, poesía una ciencia especial para estos amordazamientos morales. Procuró convencer á la joven, haciéndola admirar la existencia alegre que tendría; la vistió de seda, ciñó sus pies con zapatos de riquísimo valor, adornó sus cabellos con primorosos lazos y la obligó por fin á contemplarse en el inmenso espejo de clara luna que adornaba la habitación.

¡Pobre mozuela!..... Ni el amor podía salvarla. A los quince años no se ama, cuando más se desea amar. Y la inocente víctima, sin apoyo, sin razón para juzgar de lo porvenir, colmada de galantes atenciones, herida por el fastuoso deslumbramiento de un lujo ignorado, cayó una tarde cualquiera, sin fuerzas para luchar y sin experiencia para comprender, en el impuro lecho de la elegante mancebía.....

Desde entonces aquella mujer fué, poco más ó menos, como todas las de su clase. Unicamente su alma de sensitiva se cerró por completo al contacto de la impureza, quedando en sus pliegues inocente y generoso perfume; y mientras su cuerpo rodaba entre los brindis del festín y las concupis-

cencias brutales de la orgía, el espíritu guardaba intactos y puros los deseos de algo infinito que había sobrevivido á la deshonra de la carne.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando con la frente erguida, los ojos provocadores y la sonrisa en los labios, cruzaba Encarnación las calles de Madrid golpeando el piso de las aceras con su pulido pie, todos la señalaban con el dedo.

¡Justicias sociales!

BC

(NOTA BO

MUCHO
darle, e
amigo suyo. Simp
de primer moment
aquel hombre del
nervioso, moreno, de
nomía inquieta, ani
generalmente por
sonrisa burlona que
rece un epigrama y
dos ojos negros,
driñadores, mortifica
como un cilicio y
tales como un flore

cencias brutales de la orgía, el espíritu guardaba intactos y puros los deseos de algo infinito que había sobrevivido á la deshonra de la carne.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando con la frente erguida, los ojos provocadores y la sonrisa en los labios, cruzaba Encarnación las calles de Madrid golpeando el piso de las aceras con su pulido pie, todos la señalaban con el dedo.

¡Justicias sociales!

BONAFOUX.

(NOTA BOHEMIA)

MUCHO antes de saludarle, era yo amigo suyo. Simpaticé de primer momento con aquel hombre delgado, nervioso, moreno, de fisonomía inquieta, animada generalmente por una sonrisa burlona que parece un epigrama y por dos ojos negros, escudriñadores, mortificantes como un cilicio y mortales como un floretazo.

cencias brutales de la orgía, el espíritu guardaba intactos y puros los deseos de algo infinito que había sobrevivido á la deshonra de la carne.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando con la frente erguida, los ojos provocadores y la sonrisa en los labios, cruzaba Encarnación las calles de Madrid golpeando el piso de las aceras con su pulido pie, todos la señalaban con el dedo.

¡Justicias sociales!

BONAFOUX.

(NOTA BOHEMIA)

MUCHO antes de saludarle, era yo amigo suyo. Simpaticé de primer momento con aquel hombre delgado, nervioso, moreno, de fisonomía inquieta, animada generalmente por una sonrisa burlona que parece un epigrama y por dos ojos negros, escudriñadores, mortificantes como un cilicio y mortales como un floretazo.

Siempre que le encontraba en la esquina del cafe de Fornos, recostado contra la pared, con las manos en los bolsillos, el cigarro entre los dientes y los lentes sobre la nariz, donde representan, mejor que un auxilio para la vista, el último y definitivo toque de su perfil irónico y audaz, siempre que tales encuentros se verificaban, sentíame ganoso de decirle: — Buenas tardes, amigo mío. — Me atraía la originalidad de su aspecto, originalidad que sólo admite comparación con la de sus trajes. Yo creo — perdóneme Bonafoux si me equivoco—que las telas de sus vestidos se tejen ex-profeso para él. Dígalo si no el famoso gabán de cuadros, que convierte á su dueño, cuando éste lo usa, en un tablero de ajedrez. En un tablero de ajedrez, no me vuelvo atrás; sólo que en ese tablero no se combina más que una jugada: el *jaque-mate.*

Me dió noticias suyas por vez primera uno de tantos, ó de tontos, como andan por ahí, creyéndose literatos porque suelen escribir algunas cartas (no todas) sin cometer faltas de ortografía, porque han hecho cuatro versos á los ojos de..... á la boca de..... y á otras varias cosas de..... y porque dedicaron cincuenta duros á imprimir un libro que nadie lee, afortunadamente para su

autor. «Ese es Luis Bonafoux—me dijo aquel literato *in partibus stultorum*,—un criollo que tiene muy mala lengua, muy mala fama, muy mala vida, mucho descaro y poco dinero. Ha publicado dos *folletos*, verdadera colección de insultos contra notabilísimos escritores de las Antillas, y es director de un *periódico* negrero. Aconsejo á V. que no cultive su amistad; resulta perniciosa. En uno de sus *libelos* se ocupa de mí.»

—¡Ah!—dije yo, y añadí para mis adentros: —Cuando tú le censuras, debe ser el criollo excelente persona.

Los dos simpatizábamos (lo que á mi simpatía se refiere ya lo dije antes; lo que á la suya toca, lo sé por él mismo), y sin embargo, retrasábamos el comienzo de nuestra amistad. ¿Por qué? La razón es obvia. Generalmente, amigo nuevo vale tanto como desengaño nuevo, y los desengaños abundan mucho en esta alegre vida humana para que uno los busque.

Por fin, cierta noche nos encontramos reunidos Bonafoux y yo en la mesa de un café; hablamos media hora, y creo que sobraron veinticinco minutos de conversación. Desde entonces nos vemos todos los días, nos comunicamos nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestras

decepciones; y como las últimas frecuentan mucho nuestro trato, las saludamos con íntima confianza, y sus visitas han llegado á sernos indiferentes. Apenas si volvemos la cabeza para mirarlas; cuando vienen, yo me encojo de hombros y Bonafoux se echa á reir.

A los ojos de esas personas que circulan por calles y plazas pregonando á voz en cuello su honradez como si anduvieran necesitados de cacarearla, es Bonafoux una mala persona, un temperamento agresivo, hiriente, rencoroso, tan pronto al odio como refractario al perdón, é inabordable al olvido; según ellos, hace de toda reputación blanco, ó, mejor dicho, negro de sus crueles y despiadados chistes, y burlándose de todo, no cree en nada, ni en el amor, ni en la amistad, ni en la honradez, ni en la justicia, ni en el talento.

A decir verdad, en presencia de aquella fisonomía angulosa, de aquellos labios finos por donde salen las palabras, no tan pronunciadas como mordidas, y los períodos relampagueantes, cortados, llenos de incisos incisivos y de reticencias sarcásticas que terminan siempre por una carcajada semejante á un latigazo, siéntese uno dispuesto á creer cuanto malo se dice de Bona-

foux; pero yo, su amigo, su verdadero amigo, puedo asegurar que se equivocan muy mucho los que le juzgan de ese modo. Bonafoux ha luchado, ha sufrido, ha visto el mundo de cerca; examinando á los hombres, ha podido juzgarles tal y como ellos son, y viendo que sus esperanzas, sus ilusiones, su corazón y su pensamiento, de puro buenos, no se ajustan al patrón general, no quiere llorar y ha tomado el partido de reir. Hace bien.

Sin embargo, si la discreción no me lo vedara, pudiera yo referir á cuantos de Bonafoux se ocupan para denostarle, algunos hechos de su vida que serían suficientes á probar lo exquisito de su alma y lo noble de su conducta, y á quienes le motejan de escéptico contárales yo todas las peripecias de un idilio que ellos no son capaces de sentir, un idilio repleto de luz, de poesía en otras épocas, cubierto hoy de sombras oscuras, entre las cuales aparece aún una cabecita rubia llena de palideces, y una historia de suspiros, de lágrimas y de amarguras sin cuento.....

Y ahora, confesémoslo: Bonafoux odia terriblemente dos cosas: los perros y la musa puertorriqueña; pero su odio es justo: un perro le mordió hace tres años una pantorrilla y le hizo andar

cojeando mes y medio. En Puerto Rico le ocurrió algo peor: toda una conspiración de malos poetas (furiosos porque Bonafoux dijo que no escribían bien), con ítem más una falange inmensa de tíos, sobrinos, criados y demás contingentes de aquella *ripiada*, se le vino encima. En tal hecatombe tuvo su germen el cuadro de Checa: quisieron matar á Bonafoux —que estaba solo— le arrojaron piedras, le dirigieron terribles amenazas..... ¿Han leído VV. el último viaje del capitán Cok? Pues algo por el estilo fué lo de Puerto Rico. Bonafoux, más afortunado que el famoso navegante inglés, consiguió salvarse. ¡Dios sobre todo! Hasta sobre los ímpetus puertorriqueños.

Hoy vive en Madrid, escribe libros, combina proyectos para lo porvenir, se pasa las horas muertas en la esquina de Fornos, luciendo sus americanas geométricas y sus sombreros algebráicos, me acompaña de vez en cuando á tomar una copa de cognac, se burla de los tontos que le saludan, lo cual quiere decir que pasa casi todo el día burlándose; sufre mis genialidades, mis confidencias, mis *splines*, yo sufro los suyos, y es más, le tolero algunos chistes que dedica á mis idealismos quijotescos—como él dice en son de

burla—sin acordarse de que ha sido tan Quijote como yo.

Una advertencia para concluir: Si alguno de ustedes, lector ó lectora, hace versos malos y los colecciona y los imprime y los tira, vamos al decir, los publica, tenga buen cuidado de que no lo sepa Bonafoux, y, sobre todo, no se le ocurra dedicarle un ejemplar, porque no le libra á V. de un estacazo á pluma ni la bula de Meco.

Ni siquiera le quedaba á V. el recurso de que yo interviniera en su favor, porque mi amistad, con alcanzar mucho, no alcanza tanto.

LA NIÑA DORMIDA.

ÉRAMOS varios los amigos que solíamos juntarnos todas las noches en el café Z..... alrededor de una mesa de mármol blanco cruzada á trechos por ásperas vetas de color negruzco, cu-

bierta de tazas, de copas, de platillos de azúcar, de botellas vacías y de cucharillas sin barniz. Allí, entre el humo de los cigarros, el rumor de las voces y los desacordados acordes de un piano, derrochábamos alegremente el ingenio y la vida, y diálogos picantes, discusiones vehementes, carcajadas burlonas, reproches amargos, cruzábanse á intervalos de un extremo á otro de la mesa, rápidos, batalladores, verdadero fuego de guerrillas, vivo, intermitente é irregular.

Cerca de nosotros tomaban asiento Paca y Rosa, una madre y una hija, sufriendo impasibles las investigaciones curiosas y lúbricas de los concurrentes al café; la madre, con el descaro cínico del vicio; la hija, con la tranquilidad perezosa de la inocencia; la primera, ufana, locuaz, usando de la sonrisa como de un recurso hábil para lucir su blanca dentadura y atraer sobre ella la atención principal; embaucando á sus licitadores, ocultándoles diestramente los pliegues de sus párpados fatigados en el transcurso de vigilias impuras y las palideces de su rostro bien hecho, pero un si es no es gastado por estrujamientos lascivos. La segunda (Rosa) dormía, por lo común, sobre el diván de terciopelo rojo, con la cabeza, su pobre cabecita de niña, enferma, linfática y débil, recos-

tada sobre sus hombros raquíticos, y las manos, pequeñas y mates, caídas perezosamente sobre el asiento.

Miraba yo, siempre con doloroso interés, aquellos ojos entornados, cubiertos por largas pestañas que ofrecían sombras oscuras á las azuladas ojeras, aquellos labios descoloridos, aquel indeciso crepúsculo de juventud y de miseria, aquel bosquejo de mujer mal delineado, confuso, por cuyo interior circulaba, con lentitud de agonizante y sacudimientos de histérica, una sangre podrida, única herencia que le brindaba el pasado, y un fluido nervioso y ardiente, única esperanza que le ofrecía el porvenir.

¿Qué edad tendría la muchacha? De primer intento, diez años; examinada con atención, catorce. Organismo enfermizo, vegetaba silenciosamente sin dar muestras visibles de su progreso. El cambio fisiológico que en ella se operara vendría por asalto, merced á uno de esos avances brutales de la Naturaleza, que matan ó que resucitan, sin paliativos, sin gradaciones, como una sacudida eléctrica. Y esta explosión indudable de aquella estructura material era lógica en la pobre niña, armonizaba con las modificaciones de su estructura moral que también surgirían de pronto,

semejantes á la ruptura violenta de un vaso sanguíneo.

Acostarse virgen y amanecer prostituta: tal debía ser la historia de Rosa.

Y para comprender esto bastaba examinar á la madre, á aquella mujer que ganaba su vida á cambio de su carne, que rodaba hacía quince años de lodazal en lodazal, cansada, inerte por dentro, lasciva por fuera, ofreciendo su cuerpo á las avaricias del amo de una hora, con la sonrisa falsa é irónica con que ofrece manjares al comprador hambriento el fondista harto. Mujer perdida, arrojada de un golpe al centro de los vicios, no sabía ser otra cosa que la hembra de todos, y al contemplar, durante sus horas de calma, las precoces arrugas, las rebeldes canas, el próximo derrumbamiento, hubiera muerto de espanto por lo futuro, de no contemplar á Rosa como una espléndida promesa, como una ligadura inquebrantable de su infamia, como una letra que en breve plazo podría girar su estómago hambriento contra un mundo insaciable.

Por eso llevaba á su hija al café, iniciándola en los misterios cínicos de la deshonra; por eso conversaba con unos y con otros delante de ella sin reparar en la frase ni en las crudezas del estilo;

por eso, cuando la niña despertaba, abriendo sus ojos de gacela cautiva, oía la irónicas pullas, los raros deseos de cien temperamentos gastados, sin comprenderlos aún, pero recogiéndolos con intención curiosa.

Paca no se ofendía, no trataba de rehuir el diálogo, y su única réplica á las ofertas y á los ruegos de sus parroquianos era estas palabras:

—Es pronto, es pronto; dejemos pasar un poco de tiempo.

Y mientras pasaba el tiempo, aquella madre por accidente, aquella mujer sin entrañas, salía del café, seguida de su hija, cada noche con un hombre distinto, y llegaba con el hombre á su casa y se encerraba con él, despidiendo á Rosa, que, estremecida vagamente por esta múltiple é igual mudanza, corría á refugiarse en su pobre camita de hierro, donde se revolvía inquieta, impulsada por vagos temores, por confusos deseos, esperando algo nuevo que viniera á interponerse en su camino de ignorancias y asombros; y ese *algo* lo esperaba tranquila, dispuesta á aceptarlo sin protestas, sin vacilaciones, no como un placer, pero sí como una esperanza ó como un recurso.

La hija y la madre eran, á no dudarlo, víc-

tima y verdugo; en el café Z..... se perpetraba todas las noches un crimen enorme, revestido de circunstancias agravantes, de premeditación, de ensañamiento, de alevosía: el asesinato de un alma. El espectáculo que allí se ofrecía era más espantoso, más horrible que el que pudieran ofrecer, aplicados á un tiempo sobre un cuerpo desnudo, todos los instrumentos de tortura á que dió forma la maldad humana: delante de aquella mesa de marmol, en los divanes de terciopelo rojo, al resplandor brillante de cien mecheros de gas, en presencia de un público numeroso y culto, se ejecutaba un suplicio más doloroso que el de la rueda, que el del potro, que el del borceguí, que el del hierro candente. ¡Ah! los inquisidores de nuestra santa religión resultan compasivos frente al suplicio bárbaro que yo he visto sufrir durante un año, en plena civilización, á una criatura inocente! ¡Sí, yo he visto y he oído algo más brutal que cuanto pudieran referir en épocas remotas las paredes negruzcas que limitaban la sala de tormentos; algo que no era la fractura de un hueso, ni la distensión de un músculo, ni el chirrido espantoso de la carne abrasada, ni el ¡ay! suplicante del moribundo; algo que no era eso, pero que era peor que todo eso; yo he visto á una

mujer apoderarse de un alma, constreñirla, retorcer sus fibras una á una, disecarlas fríamente para extirpar de ellas todo sentimiento puro, verter en su interior el virus maldito del ejemplo, y repetir esta operación un día y otro, sin temblar, sin conmoverse, sin titubeos de piedad ni asomos de remordimiento; yo he oído á esa misma mujer pedir tregua á los que se disputaban el fruto espléndido de sus infamias, pedirles tregua, porque no estaba segura de la consistencia de su obra. ¡Y la víctima era una niña de catorce años! ¡y el verdugo una madre! ¿Puede haber nada más horrible?

Sin embargo, nadie se preocupaba del hecho; la moral, representada en aquel sitio por señores de pelo cano, levita negra y cadena de oro, más que á otra cosa, parecía dispuesta á aprovecharse del crimen; la juventud reía locamente, sin dársele un ardite del atentado que á sus ojos se cometía; la justicia pasaba por delante de él ocultando los distintivos de su cargo en la manga derecha del gabán; éste reía con la madre, aquél bromeaba con la hija, cual otro seguía distraído el compás de la música..... ninguno protestaba; al contrario, todos parecían aguardar ansiosos el momento de arrojarse sobre la presa; en todos los

ojos se leía esta pregunta: «¿Cuándo?», y todos esperaban con impaciencia el instante en que Paca, satisfecha de su trabajo, segura de su triunfo, cogiera á Rosa por el brazo, y presentándola con alegre sonrisa al montón inquieto de viciosos insaciables y adinerados, les dijese: «Ahí la tenéis; es vuestra. Tomadla.»

Y entonces la pobre niña, que dormitaba silenciósamente sobre los rojos divanes del café, caería en los brazos del mejor postor, y pasaría de los de éste á otros sin darse cuenta de ello, sonámbula trágica impulsada de orgía en orgía, de lupanar en lupanar, con el alma contrahecha y el entendimiento embotado, montón de carne útil tan sólo para tráficos livianos, rodando siempre sin saber á dónde é ignorando por qué; y si algún día despertaba, ¡qué tremenda angustia, qué horrible tormento, qué triste despertar el de aquella deshonra irresponsable!

. . . . . .

. . . . . .

Mucho tiempo ha transcurrido desde entonces. Envueltos en el torbellino incesante de la humana borrasca, todos los jóvenes que solíamos frecuentar el café Z..... estamos separados; unos, arrastrados por la corriente, se debaten con bascas dolorosas en inmensas é inaccesibles profundidades; otros luchan cuerpo á cuerpo con el destino para ganar un puerto de refugio; otros, más venturosos ó menos infelices, cayeron en los surcos de la tumba como las hojas marchitas caen desde los árboles á los surcos abiertos en la tierra por el arado. Nada de lo que fué existe; cada uno lucha para sí. Los compañeros, los amigos de antes, los demás..... ¿Quién se acuerda de los demás?

Sin embargo, yo conservo de aquellos tiempos un recuerdo que me ha sido imposible arrancar de la memoria: la imagen de aquella niña que dormitaba en los divanes del café Z..... recostando su pálida cabecita sobre sus hombros raquíticos. Durante mis horas de soledad y de amargura acude á mi cerebro la imagen de Rosa, y al contemplarla me pregunto:

—¿Qué será de ella?

No lo sé; no quiero saberlo tampoco; pero

cuando, atravesando la calle, veo cruzar por delante de mí á esas desventuradas vendedoras de liviandades que me sonríen con gesto cínico, pienso si alguna de ellas no será Rosa, y me dan intenciones de gritarle en voz alta:

—No bajes la frente; no implores gracia cuando los hombres te insulten; no supliques á las amenazas de la justicia; no temas el desprecio de las gentes ni las execraciones del mundo; míralos cara á cara y diles: «Yo no tengo la culpa. Vosotros me hicisteis caer. Una vez caída, rodé sin tregua; hoy vendo mi cuerpo al primero que lo compra, é insulto con mi presencia la honradez ajena. Todo lo bueno que en mí existía he llegado á perderlo por vosotros. ¿De qué me hacéis responsable ahora?»

Mas ¡ay! que mi consejo fuera inútil, tanto como lo serían las reclamaciones de aquella mujer. El mundo, juez y parte siempre que de sus crímenes se trata, sabe disculparlos. Al que protesta le responde:

¡Væ victis!

Es cierto: ¡Ay del vencido!

¡Ay de la pobre Rosa, que tal vez se retuerce,

pesando las horribles consecuencias de esa máxima brutal, en el lecho revuelto de una mancebía!

LUISA.

TIENE el cerebro humano repercusiones extrañas que lo conmueven rudamente, obligándole á remover cenizas de acontecimientos pasados; ecos sombríos diversos en absoluto de los provocados por la voz, pues así como éstos sólo alcanzan á repetir la última sílaba de una frase, les es á aquéllos suficiente un nombre para recomponer toda una historia. Historias ¡ay! que no mueren, que no desaparecen en el revuelto fárrago de los años, historias que, en acecho de una ocasión,

permanecen ocultas, para surgir de pronto, revelándonos, con su espantosa realidad, que ellas han sido, en las dolorosas transformaciones porque nuestro espíritu, inconscientemente, ha pasado, causa fatal y determinante.

Luisa: Este nombre, que anoche pronuncié, cas distraído, trajo á mi memoria el recuerdo de un fantasma, no de aquellos fantasmas que los alemanes construyen con jirones de la niebla de su país, sino de un fantasma que ha tenido, que tiene formas reales y evocaba con su presencia los dichosos tiempos en que yo también era un fantasma porque estaba repleto de fantasías.

Mozalbete inexperto, larva nutrida con la savia de esos poetas inocentes y soñadores que hacen del hombre un Dios, de la mujer un ángel, de la sociedad un paraíso, juzgándome provisto de todos los esfuerzos, de todas las resistencias, de todas las energías necesarias para el combate, abandoné la obscura capital de provincia donde habitaba, y vine á Madrid avaro de tender en ella mis alas de mariposa. ¡Cuántas decepciones me aguardaban en Madrid! ¡cuántas me aguardan todavía! porque el dolor es el compañero más seguro y constante del hombre. No dudo de la inmortalidad del alma porque no dudo de la inmortalidad

del dolor.—Madrid—decía yo,—ese mar revuelto por oleadas de ideas, esa profusión de seres que lo habitan, constituyen algo á propósito para que el poeta logre extender allí sus facultades, dilatarlas hasta lo infinito y reconcentrarlas después en un hecho real y positivo Madrid es la gloria, el amor..... el amor sobre todo.....—Y Madrid, mirándome con esa sonrisa propia de los monstruos, sonrisa burlona que he tenido ocasión de contemplar muchas veces, me contestó, arrojando bruscamente una mujer ante mi paso.—¿Tú me juzgas de esa manera? Pues bien, ahí tienes una obra mía. Estúdiala.—Rubia, pálida con esa palidez pensadora de las vírgenes que sueñan amores desconocidos, de ojos azules y melancólicos, en los cuales había tanta sombra como luz, verdadero capricho de una ilusión que empieza; los labios finos y ligeramente contraídos; la garganta flexible y robusta á un tiempo mismo, hermosa curva donde el artífice divino había derrochado caudales de belleza; el cuerpo esbelto y bien torneado; los pies menudos, pies andaluces que se arqueaban bajo el zapato de seda, y la mano breve, nerviosa, cubierta de venas azuladas; añadid á esto una bata azul con lazos blancos, por cuya espalda ondeaban los cabellos de Luisa, haz de oro espigado sujeto por una cinta

color de rosa, y tendréis la imagen de aquella mujer que en aquel instante, cuando yo la vi, semejaba heroína de alemanas leyendas acariciada por un recuerdo de infinita dulzura.

¡Qué amor tan inmenso he sentido por ella! Llegaba á su lado como llega el creyente á los pies de la imagen que adora. Un gabinetito donde mil flores, agrupadas en vistosas macetas, daban al ambiente suavísimos perfumes, tapizado por obscuros cortinajes é iluminado por oscilante lámpara de cristal bohemio, cuyos tibios rayos amortiguaba una bomba teñida de azul, era el hermoso templo en cuyo fondo se erguía imponente, majestuosa y dulce á la par la pálida diosa de mis amores.

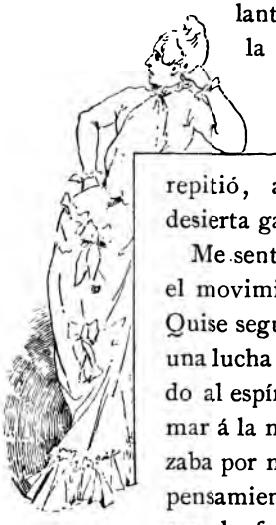
Luisa representaba á mis ojos algo tan puro, tan grande, que ni una sola vez me sentí capaz de profanarla. La soledad de nuestras entrevistas no era estorbo, sino ayuda de mi respeto: la inocente confianza con que llegaba á mí su invisible protector.

Aún recuerdo la última noche que pasamos juntos.

El libro donde yo no estudiaba hacía tiempo, abierto sobre la mesa, y Luisa á mi lado, suelta la rizosa cabellera, que yo arrollaba trémulo á

una de mis manos mientras con la otra oprimía ligeramente, casi sin tocarla, su cintura; la miraba con avidez inundándome en el divino fuego de sus ojos. Solos, completamente solos en aquel recinto donde vivíamos juntos, Luisa era mía y, sin embargo, apenas si besé rápidamente su mano ardorosa, que temblaba. Había en mi conducta para con ella algo más que respeto, fatalidad; yo necesitaba elevarla muy alto para sentir todo el efecto de su caída.

¡Cómo la pinté en aquel momento, con voz vibrante de emoción, el nido precioso donde nos cobijaríamos cuando yo, vencedor en la sangrienta lucha por la gloria, pudiese arrojar á sus pies las verdes coronas, premio de mis continuos afanes! Ella sería la musa, que inspirando mis cantos, me diera fuerzas para seguir animándome con un beso, con una palabra cariñosa..... Luego el aislamiento de dos que se aman, el capricho adivinado, lágrimas que se funden en la copa del dolor, sonrisas de placer que se juntan en el espacio..... Esas pequeñeces inmensas que forman la felicidad de los enamorados.—Luisa me escuchaba con atención, é inclinando hacia atrás su hermoso busto, me envió una mirada repleta de deseos. La contemplé con asombro y me levanté confuso, vaci-



lante, sintiendo palpitar rápidamente la sangre de mis venas.....

Cuando se alejó de mí, volviendo su cabecita rubia para despedirse, «¡adiós!» me dijo. «¡Adiós!» repitió, alejándose por el fondo de la desierta galería.

Me sentí dominado por la fiebre y tuve el movimiento salvaje de la bestia en celo. Quise seguirla, pero me detuve. Fué aquella una lucha horrible. La materia aguijoneando al espíritu y el espíritu procurando domar á la materia. Una idea fija, tenaz, danzaba por mi cerebro, demonio lúbrico de mi pensamiento. Permanecí más de dos horas con la frente hundida entre las manos Cuando levanté la cabeza estaba lívido, pero mi rostro resplandecía con expresión de triunfo. Asceta de su amor, había vencido las tentaciones de su carne.

*
* *

Al día siguiente, no sé cómo, pero lo supe con esa certeza que no da lugar á dudas, que no nos permite ni este último consuelo del desengaño,

aquella mujer, aquella virgen de mis primeros amores, era una mentira. Yo, poeta por temperamento, le había prestado atributos que no le pertenecían en manera alguna. Sus ojos no brillaban con el temor de la esperanza, sino con la incertidumbre del hastío; sus labios, que yo juzgué tan frescos, conocían las borracheras del placer, y sus cabellos, sus hermosos cabellos que yo acariciaba temblando, los echó más de una vez aparte con enojo la mano del libertino. Luisa era una cortesana impura que ni siquiera tenía la miseria en su abono.

Sensual, caprichosa, amiga de la vanidad, encontraba en mí un ser nuevo, un chiquillo soñador, un alma que romper, y el fenómeno era bastante extraño para que ella no lo estudiara. Adoptó posturas inocentes, conversaciones infantiles, rubores inexplicables, y tuvo y hubiera tenido calma suficiente para esperar mi desbordamiento apasionado y reunir un apunte más al libro de sus memorias.

Así me lo dijo un hombre de cuyo afecto no puedo dudar, y al mismo tiempo me enseñaba cartas, citándome nombres, ocasiones, lugares.....

Le escuché al principio con admiración; después, ante el testimonio de los hechos, retrocedí

convulso, sintiendo que una bocanada de negrura se me entraba por los oídos hasta el corazón, y me apoyé contra un velador, ebrio de amarguras.

—¿Qué tienes?— me preguntó mi amigo.

—¡Qué tengo!—exclamé con la última energía de la desesperación.—¡Tengo hambre de matar.—¡Ay!—proseguí cobardemente al ver derrocarse con estruendo el edificio de mis fantasías;—¡me espanta ese abismo que has abierto delante de mis ojos! Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿de qué?

—De esa realidad que me ofreces. Y sobre todo ella..... ¡ella!

—¡Bah! — repuso mi interlocutor — no seas tonto: el mundo hay que tomarle tal como es. Te he dicho eso por bien tuyo; y ahora voy á aconsejarte una cosa: puesto que la ocasión es propicia, aprovéchala y luego abandona á esa mujer demostrándola que la has conocido.

—Adiós—añadió.—Y dándome un fuerte apretón de manos, se alejó satisfecho.

Como operador podría estarlo. Había batido con pulso firme, y para siempre, las cataratas de mi alma.

Tomar el mundo tal como es..... ¡Qué espantosa palabra! Pero el mundo—decía yo—¿es así,

tan miserable? y ella..... No es posible; ¡mentira! —Y me aferraba como un náufrago á esta palabra: Mentira.- Mas ¡ay! verdad desgraciadamente; mentira ella, mentira mis ilusiones, pero mi amargura y su engaño eran verdad.

Hubo un instante, uno sólo, en que me sentí decidido á buscarla, gozar de sus favores y arrojarle en rostro su crimen. Imposible: en el primer combate, cuando la herida es muy honda, no se siente uno con fuerzas para devolver el golpe traidor que ha recibido. Mi corazón se oponía á aquella represalia vergonzosa. Caer con ella era aún más horrible que mirarla caer. Me faltaba mucho camino que recorrer aún para acomodarme á esas frías transacciones, para hacer del espíritu un esclavo.

Luisa ha muerto—dije.—Y borré su nombre de mis labios y lo inscribí como una reconvención sobre mi pecho.

. . . . . .

. . . . . .

Desde entonces, ¡cuánto tiempo ha pasado! Hoy, al recordar á Luisa, la he maldecido. Ella empujó mis pasos por la senda que atravieso; de ella viene el mal. El beso de la cortesana ha secado el alma del poeta.

Pero no, pobre Luisa; soy injusto contigo. Pues qué, ¿no habrás tú sentido, como yo, como todos, en los primeros días de tu juventud, agitarse en rededor tuyo esos delirios, esas imágenes puras de que yo estaba saturado cuando te conocí? Tú también habrás recibido duras lecciones de algún ser que escogiste para tu egida y que se transformó en tu verdugo. ¿Qué has hecho conmigo sino lo que yo hice más tarde con otros, devolver golpe por golpe y engaño por engaño? ¿Qué parte de culpas llevas en mis desdichas de hoy, instrumento irresponsable con que el destino me amarró á su carro de sombras?

¡Qué culpa tienes, desdichada mujer, si acaso es tu único delito haber sufrido antes que yo!

EL SEÑORITO CHULO.

Por la estafeta del Parnaso:
á *El Curioso Parlante.*

¡VÁLGAME Dios, Sr. Curioso, si V. viviera y con V. aquel espíritu sagaz, aquella profunda observación y aquella chispeante ironía que así brotan de sus artículos como brotan del sol los rayos y de la noche las sombras! ¡Si aún fueran los dichosos tiempos durante los cuales tronaba usted sarcásticamente contra las ridiculeces, y si pudieran añadirse nuevas horas á las ya pasadas, cuando su pluma discurría sobre el papel grabando con signos indelebles las costumbres de sus contemporáneos!

De ocurrir esto, fuera grande mi dicha y ahorrárame yo de mandar á V. esta carta, que acaso no llegue á su destino ó llegue tergiversada y con dos ó tres siglos de retraso, los cuales deben suponer para los administradores de correos de lo infinito lo que suponen dos ó tres días para los administradores del propio ramo en esta finita y perecedera patria, donde tuvieron la imprevisión de parirme y donde tendré la paciencia de vivir hasta que el cielo se sirva otorgarme la única merced que en vida le merece el hombre.

Pero V. ha muerto, y con V. los artículos de costumbres. Como yo no he de resucitarlos ni hallo, al presente, nadie capaz de tan sublime operación, no puedo por menos de sentirme apesadumbrado, porque hoy, más que nunca, hace falta un ingenio que fustigue con el látigo implacable de la sátira la sociedad que nos rodea. Este, solo este, es el motivo que me induce á escribirle; encuéntrome ganoso de comunicar mis impresiones, y á V. recurro, pues V. me inspira una confianza sin límites, engendrada por la continua y atenta lectura de sus obras, donde tan gráficamente quedó impresa su personalidad, que todas las mañanas les doy los buenos días, y siento extrañeza al ver que no obtiene respuesta mi saludo.

Cansado de esperar esa respuesta, á V. me dirijo personalmente (le ruego que perdone el atrevimiento) para darle á conocer un tipo nuevo, ser anfibio que gestaba en el claustro materno de lo absurdo cuando V. murió, y que actualmente ha visto la pública luz, reproduciéndose con tal rapidez, que llena ya, casi por completo, los ámbitos de esta famosa corte de las Españas, como aún la nombran algunos aficionados de los estudios arqueológicos.

Este nuevo ente, que ha tomado proporciones idénticas á las del cólera del 55, es *El señorito chulo.*

Usted encontrará inaudita la unión de esos dos nombres; igual me ocurre á mí, y, no obstante, ha sido, es y será, yo no sé hasta cuándo, pero dada la idiosincrasia de este país, donde se hace lo ilógico de un suceso motivo suficiente para su prolongación indefinida, juzgo que tenemos señoritos chulos hasta la consumación de los siglos.

Me es necesario, para demostrar á V., señor Curioso, la existencia de la supradicha heterogénea personalidad, ponérsela de manifiesto; y si no miente el refrán que dice: «Para muestra, basta un botón,» allá va mi amigo Pepito, que en el

asunto que nos ocupa, botón es y de buen tamaño.

Como este párrafo, así como los que le preceden y han de seguir, debe quedar (yo se lo ruego) entre nosotros, voy á hacer á V. la descripción de mi amigo con toda la ingenuidad de la confianza.

Pepito es un hombre como todos los demás; ni alto ni bajo, así en estatura como en pensamientos; pálido, con esa palidez que tan admirablemente destaca las verdes ojeras con que siempre se manifiesta el placer en los organismos degenerados por el abuso y la fuerte coloración de los labios, contraídos por el *rictus* grosero del borracho; el cabello negro, tan abundante en rizos como en desengaños el alma de un hombre sensible, peinado hacia delante, y la cara afeitada, circunstancia que transforma á mi héroe (con la de un actor no tiene su cara punto alguno de contacto) en mozo de café ó degollador del Matadero. He aqu la ornamentación física de este sujeto.

En lo que toca á prendas de vestuario, usa la imprescindible americana de terciopelo, los ajustados pantalones, verdadera funda donde, con ímprobos trabajos, introdúcense dos flaquísimas piernas, el vistoso chaleco y la abigarrada corbata

sujeta al cuello de la camisa por brillante ceñidor.

Un sombrero hongo, siempre inclinado á la izquierda de la fisonomía y unas botas de *caña* obscura, son, respectivamente, base y coronamiento de tan simpática figura.

No llegue V. á suponer, por cuanto llevo escrito, que el personaje de mi carta nació en alguna carnicería ó taberna bien acomodada de los barrios bajos: no señor. Pepito es hijo de una dignísima señora, á quien tengo el gusto de tratar, que posee un caudal más que mediano y guarda en el fondo de una arquilla vieja pergaminos nobiliarios, cosa, en verdad, de poca monta, pero de ella tan estimados como lo son de mí las *Escenas Matritenses*. Además, el muchacho ha estudiado cinco años de filosofía y hasta creo que comenzó una carrera.

Por tales razones comprenderá V. que es el tal un mozo medianamente ilustrado, que ha recibido excelente educación y frecuenta de vez en cuando sociedades, para asistir á las cuales le precisa vestir de *lipendi*. Así nos llama él á cuantos tenemos el mal gusto de usar á diario la levita.

Buscando estaba yo no hace muchos días asunto digno de molestar su atención, y juro de cierto

que nunca hallé tan estéril mi ingenio, con serlo mucho, como entonces. Cuantas veces mojé en tinta la pluma y quise comenzar mi trabajo, hube de tachar nerviosamente lo escrito. Aburrido, y, más que aburrido, desesperado por la inutilidad de mis esfuerzos, iba á tirar la pluma y á romper las cuartillas, cuando, abriéndose violentamente la puerta de mi habitación, aparece en ella Pepito, y arrojando sobre una silla su capa con embozos de terciopelo color vino, se acerca á saludarme.

—¡Cielos!—grité (el grito fué para mis adentros),—ya tengo lo que buscaba; nada como el retrato de mi amigo puede agradar á «El Curioso Parlante», quien podrá mostrarlo á sus compañeros de gloria no tal como yo lo remito, sino miniado por el artificio de su ingenio.

En efecto, decidido á seguir aquel carácter en todas sus manifestaciones, pregunté á Pepe:

—¿Qué traes por esta casa?

—Nada—me respondió,—el gusto de verte y el deseo de invitarte á escuchar á la Rosa.

Hubo de extrañarme el artículo *la* precediendo al nombre de una mujer, y volví á interrogar á mi interlocutor en la siguiente forma:

— ¿Quién es *la* Rosa? ¿Alguna eminente artista?

—¡Oh, y de las mejores!—repuso él.

—¿Trágica, por ventura? ¿Cómica? ¿Lírica?

—Algo más que todo eso. Es una *cantaora*.

—¿*Cantaora?*..... Ah, vamos, artista *flamenca*.

—Justo. Conque si quieres.....

—¡No he de querer, hombre!—respondí afirmándome en mi anterior idea,—¡pues no faltaba más.

Alcéme de la silla y achulándome lo mejor que supe, seguí al *diletanti in partibus flamencorum*.

Llegados que fuimos á la calle de los Estudios, hicimos alto frente á una taberna ó tienda de andaluces (cosas idénticas aunque no lo parecen). Entramos, y previa venia de un mozo mal encarado que estaba detrás del mostrador, pasamos á un cuartito, ocupado por los siguientes personajes:

Cuatro ó cinco jaques de ancho sombrero y voz aguardentosa y una mujer morena, no mal parecida, que tarareaba los gorgoritos de un *polo*.

—Buenas tardes, caballeros--dijo Pepe al entrar.

Miré yo á todas partes buscando los supradichos caballeros, y hube de suponer, porque no hallé ninguno, que á los antes citados se dirigía el saludo.

—Buenas tardes, don Pepito y la *compaña*—respondieron ellos.

Sentóse mi amigo al lado de la mujer y comenzó á dirigirle requiebros que tenían mucho que admirar, así en lo incorrecto como en lo desvergonzado de la frase. Terminados que fueron, llamó, vino el mozo, recibió órdenes y volvió á poco rato con dos botellas de manzanilla, doce *cañas* y una guitarra. Llenáronse los vasos, y á la par que templabla el instrumento, dijo Pepe á mi oído:

—Vas á oir á *La Divina Pastora*.

Saludé yo á la chula, que, si de pastora podía tener algo, de divina tenía muy poco, y aceptando una caña que ella me ofreció, me dispuse á escucharla. Los otros, que ni siquiera se levantaron á nuestra llegada, comenzaron á palmotear acompasadamente; tocó mi compañero unas malagueñas y la moza se *arrancó* (así se dice en términos técnicos) con la siguiente copla:

No sé lo que tienen, madre,
Las flores del campo santo,
Que, cuando las mueve el viento,
Parece que están llorando.

—¡*Olé!* ¡Viva la alegría!—exclamaron todos.

—Pues no tienen nada de alegres ni la copla ni la música—dije yo en voz baja á Pepito.

—Calla—replicó éste,—eres un *panoli*.

Tan enterado quedé del calificativo como de la alegría de la copla, pero callé avergonzado de mi ignorancia.

Siguieron el *cante* y el ruido y la algazara, amén de palabras obscenas y dicharachos groseros, hasta que, ya calientes las cabezas, y más que ninguna la de mi amigo, álzase éste y pretende abrazar á la *diva*.

¡Allí fué Troya!

Resiste la moza, insiste Pepe, tiemblo yo, los *jaques* murmuran y uno de ellos, de cuerpo enjuto y cara más llena de chirlos y cicatrices que fachada de casa antigua, se dirige al erótico galanteador y le grita:—Eso no, don Pepito.—¿Por qué no?—responde éste.—Porque yo no quiero. Valiente cuidado me da á mí que tú quieras ó no; y pretende continuar su amorosa tarea.

El *jaque* se interpone; alza Pepe la guitarra, convertida de músico instrumento en arma ofensiva, y la deja caer á plomo sobre la cabeza del matón, hundiendo la primera hasta el cimiento de la segunda. Los compadres del lesionado se al-

borotan; éste registra el bolsillo interior de su *marsellés*, el otro empuña una botella, aquél se mete debajo de la mesa; quién abre una navaja y descarga contra las paredes el furor de su acometida, cuál otro esgrime una banqueta. Yo cojo del brazo á mi amigo y tiro de él, batiéndome en retirada y haciendo el molinete con una silla.

Al fin gano la puerta, no sin recibir antes un taburetazo mayúsculo; llego al mostrador, pago, porque si bien es cierto que allí todos pegaron, yo solo pagué; me planto en la calle; meto á Pepe en un coche; restaño con mi pañuelo la sangre que inundaba su rostro, acariciado por las delicadas uñas de *la Rosa;* le subo hasta su cuarto; despido el coche, y al verme solo, libre por fin de tamaño desastre, no puedo menos de levantar los ojos al cielo y prorrumpir en esta filosófica exclamación:

¡Oh, sabia Naturaleza, que siempre creas algo nuevo para tormento de naturalistas y filósofos! ¿Dónde colocaré yo este ejemplar novísimo, este pulpo de la penúltima década del siglo XIX, que apoyando su cuerpo en la cultura, se aferra con sus estúpidos tentáculos á los veladores de las tabernas y á los lechos de las mancebías?

Yo no atino á verificarlo, y á V., Sr. Curioso;

lo remito para que lo clasifique en lugar correspondiente.

Suyo apasionado admirador,

JOAQUÍN DICENTA.

P. S. Acaban de decirme que se han cortado las relaciones con el Parnaso. Gracias á que al presente no hay viajeros disponibles; pero ¿qué será de mi carta?

LA INFANTICIDA.

PENETRANDO como cuña á mano por entre la masa de carne curiosa, logré alcanzar un puesto en las primeras filas. Detrás de mí quedaba el salón, semialumbrado por las tintas indecisas del crepúsculo. De aquella penumbra surgía, á manera de fantástico é irregular bosquejo, el contorno móvil de la muchedumbre que llenaba el recinto, avara de recoger una por una todas las peripecias del trágico proceso. Enfrente de mis ojos, separado del público por una barandilla de hierro, alzábase el estrado judicial. Á la derecha y á la izquierda del mismo veíanse dos mesas y dos hombres; el uno estaba allí para acusar; el otro para defender: era su oficio. En el fondo,

bajo un dosel de terciopelo y oro, otra mesa más ancha y más alta, cubierta de negro y tapizada de rojo, colores expresivos — el de la tinta y el de la sangre,— servía de parapeto á tres figuras lívidas que, envueltas en largos ropajes, seguían impasibles la lectura monótona del relator.

Aquellas tres sombras eran los jueces.

Un Cristo de metal, colocado en el centro de la mesa, les volvía la espalda, encarándose con el miserable banquillo donde una mujer, de cabellos rubios y ojos azules y tristes, lloraba en silencio, con la barba sobre el puño y el codo sobre las rodillas.

Todo predisponía en favor suyo. Imagen candorosa y pródiga en dulzuras, embellecida entonces por el dolor, inspiraba angustia y respeto.

Sin embargo, se la imputaba un crimen horrible, revestido de circunstancias feroces: un infanticidio.

Y el hecho no admitía duda: bastaba examinar el apuntamiento de la causa para convencerse de la verdad. La prueba pericial y la prueba testifical venían á confirmarla. La misma acusada se declaraba responsable del crimen.

He aquí el extracto de la causa:

*
* *

Rosa N....., soltera, de veintiún años, sostenía relaciones con un hombre que debía ser bueno, puesto que el alcalde del barrio certificaba de la honradez de su conducta. Este hombre hizo suya á Rosa, y después se alejó de ella, dándola por completo al olvido. Un disgusto, la propia conveniencia, cualquier otra circunstancia, motivaron el abandono — esos abandonos se justifican siempre.—La joven no quedaba sola: en su vientre se debatía un ser humano: la marca viviente de su falta, el padrón futuro de su ignominia.

Los padres de Rosa inflexibles, severos—gentes de honor,—no se dieron cuenta de nada; su hija les ocultaba diestramente su estado.

Así pasaron días y meses. Cierta noche, en la soledad de su cuarto, advirtió Rosa que el jirón de humanidad oculto en su vientre pugnaba por abandonarlo, reclamando, con insistencia dolorosa, su puesto en el mundo.

Para conseguirlo desgarró brutalmente la entraña que le sostenía. La madre ahogó entre sus dientes apretados un grito espantoso que se le encaramaba por la garganta arriba; pudo más en ella el miedo de su infamia que la fuerza de su dolor. El niño, al verse fuera del claustro materno, rompió á llorar.

El primer pensamiento de Rosa fué hacer enmudecer á su hijo. ¿Cómo? De cualquier modo. «¡Que no llore! ¡que no llore!» Esta fué la idea fija en el cerebro de la madre. Y para conseguirla comprimió con su mano nerviosa, terrible en aquel instante, la boca del recién nacido. Éste quiso defenderse llorando más fuerte aún. Ella, temiendo que sus padres oyeran aquel llanto, sujetó con la mano que le quedaba libre la garganta del pequeñuelo y apretó, apretó con furia, con rabia, con frenesí de tigre y tenacidad de histérica.

De pronto el niño cesó de llorar: estaba muerto. La asfixia le había ennegrecido el rostro; sus ojos abiertos protestaban, desde el fondo de unas pupilas desmesuradamente dilatadas, de aquella muerte que le sorprendía al nacer; sus labios se plegaban hacia los extremos de la boca manchados por una espuma sanguinolenta, y dos lágrimas—toda su vida,—surcaban sus mejillas para caer, como reproche acerbo y mudo, sobre las manos temblorosas de la madre criminal.

Pero Rosa no se dió cuenta de aquellas lágrimas; vió tan sólo que su falta se trocaba en delito, y así como procuró ocultar la primera, trató de borrar el segundo.

Con paso febril, pronto é irregular, atravesó un

pasillo, abrió una puerta, se detuvo frente al respiradero de una letrina y trató de arrojar por ella su fúnebre carga. El hueco era demasiado angosto para ceder paso al montón de carne estrangulada que se le ofrecía; inútiles resultaron los esfuerzos de la delincuente; el sumidero no quiso ser cómplice del atentado..... El cráneo del niño crujía sordamente..... la lucha era infructuosa. Así debió comprenderlo la infanticida, cuando levantando el cadáver con sus manos crispadas, trató de huir buscando otro medio, otro recurso de salvación. En tal instante, un rayo de luna vino á iluminar el siniestro grupo, y Rosa, contemplando con espantados ojos aquel rostro ennegrecido, aquellos labios cárdenos, aquel cráneo roto, aquella garganta acardenalada, arrojó lejos de sí el cuerpo de su víctima, y lanzando un grito estridente, rodó por el suelo, presa de horrible convulsión.

Allí la sorprendieron. Una criada dió la voz de alarma; la justicia intervino y Rosa fué conducida al hospital primero y á la cárcel después.

Del examen pericial resultó lo siguiente:

Que el niño encontrado junto á Rosa había nacido con suficientes condiciones de viabilidad; que primero se trató de asfixiarle comprimiendo su boca; que juzgándose demasiado largo este

procedimiento, se le había estrangulado ; que con objeto de ocultar el delito se trató de arrojar al recién nacido por un sumidero, en cuyo orificio, demasiado angosto, se había destrozado el cráneo de la víctima en virtud de los esfuerzos empleados por la delincuente para hacerla desaparecer; que por el examen de las ropas de la mujer y de la mujer misma, resultaba probado que ella era la madre del muerto; que el desmayo se justificaba por el estado de debilidad subsiguiente al parto; que el niño ofrecía en sus miembros señales precisas de presiones violentas hechas unas antes y otras después de que hubiese dejado de existir, y que así lo declaraban en forma para los oportunos efectos.

*
* *

Terminada la prueba, usó de la palabra el fiscal, un hombre pálido, nervioso, enjuto, de ademán sobrio y frase concisa. Examinando los hechos con escrupulosa rigidez, sostuvo, en forma clara y terminante, que para la comisión del crimen, «crimen horrendo, inconcebible, inexplicable, indisculpable, etc., etc.», habían concurrido todas las

circunstancias agravantes, y echando mano de los artículos de la ley como se echa mano de un arma para herir, los dejó caer á plomo sobre la cabeza de la delincuente, mostrándose inflexible al reclamar el castigo por aquellos artículos marcado.

Fué la suya una acusación en regla, «un bonito informe», como dijo cierto curial muy versado en los asuntos criminales.

La defensa, de fórmula «de oficio», fué breve, y más que á otra cosa encaminada á cumplir con los requisitos forenses, circunstancia que no implica reproche alguno para el defensor, que hizo todo lo posible, procurando desvirtuar los hechos, oponiendo artículos á artículos, cumpliendo su deber, en una palabra.

Entonces, cuando el defensor hubo terminado, el Presidente de la Sala, inclinándose sobre la mesa y dirigiéndose á Rosa, que seguía llorando, la preguntó con voz indiferente y glacial:

—«¿Tiene la acusada algo que exponer en su defensa?».

Rosa se puso en pie. Su rostro pálido y convulso reflejaba una angustia profunda, su pecho se alzaba y se deprimía con violencia; dió algunos pasos, y extendiendo las manos hacia adelante, exclamó entre sollozos y lágrimas:

—Tuve miedo..... miedo del mundo..... miedo de mis padres..... ¡Estaba loca de miedo..... Ahora no sé nada, nada mas que una cosa: ¡Que he matado á mi hijo y que quiero morir!

Un grito ronco brotó de su garganta; su cuerpo, oscilando pesadamente, vacilo un segundo, desplomándose luego sobre la alfombra del estrado. La multitud, ansiosa de recoger aquella última y dramática peripecia del proceso, se arremolinó, chocando como un oleaje humano contra la barandilla de hierro, y mientras los ujieres procuraban contener su avance y un médico examinaba á Rosa, oyóse la voz del Presidente que decía:

« Concluso para sentencia.»

*
* *

Ignoro cuál fué la sentencia recaída sobre aquella mujer. ¿Para qué saberlo?.... Pero es lo cierto que en la soledad de mi cuarto, cuando la vida del recuerdo se agolpa tumultuosamente á nuestro cerebro, evocando imágenes ora punzantes y crueles, ora halagüeñas y acariciadoras, evoqué más de una vez el perfil trágico de aquella madre criminal, sus últimas palabras y los trá-

mites varios del proceso, que seguí atentamente con los ojos y con el alma en aquel salón semi-alumbrado por un crepúsculo fúnebre y por una ley inflexible.

—¿Es posible—me he preguntado siempre al evocar aquella memoria — que la naturaleza yerre hasta el extremo de convertir el más santo de los amores en el más horrible de los odios? ¿Puede el ser más perfecto y mejor organizado de todos los seres incurrir, por su propio influjo y con no interrumpida frecuencia, en crueldades ajenas á seres de más ínfima representación? La mujer, que ha sido siempre la fórmula más acabada del sentimiento y la dulzura, la más completa síntesis de la maternidad, ¿puede, sin causas externas que á ello la obliguen, contrariar esa su significación y ese su más arraigado afecto? ¿Cabe pensar que la mujer sea la menos madre de todas las madres?

No, no es posible. Suponer eso valdría tanto como negar el perfeccionamiento ascendente de los seres; tanto como decir que el hombre, el organismo más remiso en su desarrollo, el que más atenciones y más cuidados necesita, es el menos socorrido por la ternura maternal. No; la madre humana, por sí propia, es la más amante de

todas las madres. Si delinque, si atenta á la vida de sus hijos, hay que buscar el origen de su proceder en causas ajenas á su naturaleza, las cuales, influyendo sobre ésta poderosamente, llegan á modificarla, á pervertirla y á endurecerla, transformando el cariño en odio, la ternura en miedo, el amor, que vivifica y salva, en vergüenza que estrangula y destruye.

Y esas causas existen. Son producto de nuestra organización social raquítica, antinómica, defectuosa, llena de contradicciones y anacronismos; organización rudimentaria que se juzga perfecta en sus leyes, que olvida las imposiciones de naturaleza y crea — por olvidarlas — conflictos de los cuales hace responsable al individuo mientras ella se diputa santa colectivamente.

Si yo hubiese tenido á mi cargo la defensa de Rosa, hubiera dicho á los jueces y á la muchedumbre, representantes de la sociedad en aquel proceso:

Ahí tenéis una mujer acusada del más horrible de todos los crímenes. Esa mujer ha nacido y se ha desarrollado en una atmósfera artificial y falsa que vosotros creasteis en vuestra ignorancia ó en vuestro orgullo. Esa mujer ha oído repetir una vez y otra á sus padres, á sus amigos, á la socie-

dad entera, que cuando la mujer se entrega al hombre sin cumplir tales ó cuales requisitos, ha perdido la honra; que lo que es santo, noble y justo en la mujer casada, es horrible, imperdonable y afrentoso en la mujer soltera, como si el matrimonio, ese matrimonio que vosotros fundasteis, fuese una consecuencia humana y no un accidente social. Esa mujer amó á un hombre, y llegado un momento, una circunstancia que las leyes sociales no pueden impedir, se entregó á él, obedeciendo á exigencias de su organismo, porque la mujer ha nacido para ser madre y no para ser virgen.

Aquel hombre la abandonó, sin dar importancia á su abandono, porque esos abandonos se estiman como hecho natural y corriente. Apenas exigís responsabilidades al hombre que abandona; pero en cambio seguís arrojando sobre la mujer abandonada vuestras preocupaciones, vuestros odios y vuestros estigmas.

Y, es claro, esa mujer tuvo miedo, vergüenza; vió la deshonra social caer á plomo sobre su fama, comprendió que — según vosotros — la humanidad que gestaba en su vientre era un padrón de ignominia futura; temió á sus padres, os temió á vosotros también, y cuando su hijo vino al

mundo, impulsada por ese temor, le dió muerte, creyendo que desapareciendo el testigo aparecía la honra que la sociedad exige á las mujeres solteras.

Ya sé que vais á responderme: « Esa mujer pudo arrostrarlo todo por su hijo. » Es verdad. Pero para sufrir el escarnio, la afrenta, el latigazo en el alma, más horrible cien veces que el latigazo en el cuerpo, precisa un heroismo de mártir, y los mártires son excepciones humanas que no deben tenerse en cuenta.

Aquella mujer cometió un delito, es cierto, no cabe negarlo, pero hay que estudiar á la vez los móviles que la impulsaron á cometerlo. Recuérdense sus últimas palabras: « ¡ Tuve miedo ! » ¿De quién? De la sociedad que escarnece y ultraja á la mujer que se rinde por amor, como si el amor no fuese un afecto puesto por encima de todas, absolutamente de todas las leyes sociales.

El delito que esa mujer ha cometido es horrible; urge evitar que otros de índole semejante le sucedan, y para eso es preciso que vosotros, entidades sociales, hombres serios, jueces sabios, muchedumbres curiosas, no abofetéeis con vuestro desprecio á la mujer caída; que la tendáis la mano; que amparéis su desgracia; que, si esto

no es bastante, modifiquéis vuestras leyes por impotentes y defectuosas, que cuando la mujer os enseñe un hijo no la preguntéis cómo le tuvo, y que ajenos á la ofensa, respetando á la madre, porque es madre y sólo porque es madre, os inclinéis reverentemente ante su paso.

Si no hacéis eso serán muchas las madres que maten á sus hijos; habrá que conducirlas á presencia de los jueces, habrá que castigarlas también.

Pero obrando en justicia, será preciso, al mismo tiempo, coger por el cuello á la sociedad entera y sentarla de golpe en el banquillo de los acusados.

LO QUE SOBRA.

CEREBRO bien construído, corazón sano, espíritu entusiasta y vehemente, acostumbrado á ver deslizarse su vida entre los esplendores de una naturaleza libre, de un cielo inmenso, de un ideal sin mancha; haciendo del honor, de la libertad, de la justicia y del progreso dogma cerrado é inabordable; enemigo de sinuosidades, de componendas, de distingos y transacciones; considerando la verdad y el bien como el

único fin de la existencia humana y la línea recta como el solo camino para obtener la una y realizar el otro, Pablo llegó á Madrid con la cabeza llena de ilusiones y el bolsillo vacío de dinero.

A su espalda quedaban el hogar tranquilo, la madre cariñosa, la niña que, al convertirse en mujer, le había entregado su corazón, los árboles gigantes bajo cuya bóveda verdosa é inquieta se había sublimado la conciencia del joven para transformarse en inflexible, bien así como se dilata primero y se petrifica después la conciencia del creyente bajo las bóvedas graníticas del santuario; allí quedaban asimismo los campos silenciosos y fértiles surcados por la reja y mostrando á través de los surcos prodigios de fecundidad; las flores, los arroyos, la montaña robusta, el viento franco, el horizonte dilatado, todo lo que es luz, armonía, grandeza: lo que dignifica el alma y fortalece la voluntad.

Enfrente de Pablo alzábase la populosa villa con sus calles múltiples, con su atmósfera densa é impura, con su cielo obscurecido por el vaho de cien industrias y de quinientas mil respiraciones; cielo mezquino sobre el cual se destacaban como otras tantas manchas, ya la pizarrosa techumbre de una torre, ya la sutil aguja de un campanario;

allí se descubrían también la multitud agitada por contrarias pasiones, los sueños del pensador, las codicias del ambicioso, las impudencias del vencedor, las amarguras del vencido: todo lo que es lucha, fiebre, sufrimiento y fatiga; lo que destruye la conciencia y quebranta el espíritu.

A Pablo no le arredraron estas imágenes, que aún se dibujaban confusamente para él. Tenía mucha juventud y mucha inexperiencia en el alma.

—«En mi cerebro hay ideas, en mi corazón hay energía—se dijo.—Debo aprovecharlas, no tanto en mi obsequio como en obsequio de los demás. ¿Existen injusticias sociales, poderosos que oprimen, débiles que sufren, derechos que se violan, libertades que se cercenan, aspiraciones que se ahogan?

»Pues bien, no importa; yo lucharé con la pluma, con la palabra, con la acción si es preciso, para que las injusticias se remedien, para que los poderosos caigan, para que los débiles alcancen amparo, para que los derechos se cumplan, para que las libertades se impongan, para que las aspiraciones nobles se realicen. Y como la causa que voy á defender es justa, todos se apresurarán á abrirme camino, haciéndome un hueco en el libro, en la prensa, en el discurso, en todas partes.....

Arrostraré las iras del fuerte, pero recabaré el auxilio y el aplauso del oprimido y llegaré á ser grande, no por mí, sino por la grandeza de mi misión.»

Juntamente con las fantasías de su imaginación, con las nobles ambiciones de su espíritu, veía el joven reflejarse en el fondo de sus pupilas ardorosas y francas una cabecita llena de inocencia y bondad que le aguardaba sonriendo, imagen dichosa á la cual consagraría todos sus triunfos y todos sus laureles.

—Eso pienso, eso quiero, eso he de alcanzar—me dijo al presentarse á mí.—¿Verdad que no me equivoco?

No le respondí nada. Desengañarle hubiera sido empresa loca; desalentarle, proyecto criminal. Tratábase de un hombre esperanzado en su obra, seguro del éxito, dispuesto á no ceder ante el peligro. Quería luchar. Yo estreché su mano y permanecí inmóvil aguardando las consecuencias de la lucha.

Lucha espantosa, contienda siniestra de lo grande con lo mezquino, de lo justo con lo injusto, del derecho con el hecho, de la verdad con la impostura, de la generosidad con el egoísmo; guerra implacable, donde no se combate cuerpo á

cuerpo, porque el enemigo se oculta, parapetándose tras una muralla de preocupaciones, de temores, de respetos cobardes, de humillaciones vergonzosas; emboscada silenciosa y cruel; caza á la espera; lazo terrible tejido con el desprecio, con la burla, con el desdén, con el silencio, con la miseria y con el hambre, donde los combatientes del ideal son cogidos como fieras salvajes y se retuercen tan angustiosa como inútilmente, suplicando los más, rugiendo los menos.

¡Cuántas decepciones surgieron en el transcurso de aquella lucha frente á las esperanzas de Pablo! Yo le he visto más de una vez con las cuartillas delante y las manos sobre la frente combinar en su pensamiento críticas acerbas contra reconocidas injusticias, argumentos valiosos en obsequio de tal ó cual derecho cercenado, en oposición de tal ó cual sinrazón ó atropello. Le he visto levantarse de su asiento y decir: «Esto es justo, esto es noble, esto es bueno. Yo encontraré quien haga públicas las manifestaciones de una conciencia honrada, quien me preste asilo para proteger al débil y arrojar los anatemas de la razón sobre las iniquidades del poderoso.»

Le he visto hacer eso, y he visto también cómo llevaba el artículo á uno y otro periódico, que lo

rechazaba, no porque fuese injusto, sino porque agredía la inmunidad de este ó de aquel personaje importante, con quien no era útil indisponerse; he visto cómo depositaba el libro en manos de un editor, que no lo admitía por tratarse en él de problemas sociales, de deficiencias humanas, de crímenes colectivos, apuntando á la vez remedios para las unas y castigos para los otros, hechos que, según el editor, no importan á nadie. He visto deshacerse una por una las esperanzas de Pablo sin encontrar una mano que las brindase ayuda, sin obtener más que el silencio ó la negativa como respuesta de sus gigantescas aspiraciones.

He visto eso y he visto más. He visto cómo aquel hombre se hundía poco á poco en la más horrible de las miserias, llorando de impotencia y de angustia en el rincón frío de una buhardilla sin luz, y he visto debatirse con rabia, entre privaciones y desprecios, aquella inteligencia poderosa, aquella honradez cortada á pico, que la sociedad se había encargado de minar por el cimiento.

Aún recuerdo una tarde en que Pablo refería sus desgracias á mí y á otro sujeto, inteligente, á no dudarlo, pero burlón, escéptico, de alma gangrenada y conciencia flexible. Un hombre

práctico, como por ahí se dice, el cual, sonriendo á Pablo con irónica compasión, le dijo:

—Usted tiene la culpa, amigo mío. Usted y nadie más que V. ¿Quién le manda á V. meterse en libros de caballerías? ¿Tiene V. talento, inspiración, condiciones excepcionales? Pues no las dedique á favorecer utopias lejanas, sufrimientos colectivos; no la emplee V. contra el fuerte, porque el débil, no sólo no ha de favorecer á V. sino que tampoco le pagará con su agradecimiento. Nada de eso. Ponga V. su inteligencia al servicio de quien se la pague; utilice sus actitudes en medrar á costa de todo, y así conseguirá V. ser aplaudido y respetado. De lo contrario no alcanzará V. nada, ni siquiera el que sus libros se lean. No han de publicarlos: inéditos quedarán, para solaz y entretenimiento de ratones, en el último rincón de su buhardilla.

—¿Quién, yo, yo he de hacer eso?—respondió Pablo.—¿Yo he de faltar á los deberes que mi conciencia me impone? ¿Yo he de vender mi cerebro como una mercancía acomodaticia á todos los gustos y á todas las infamias? ¿Yo he de renunciar á mis proyectos, á mis ideas de justicia, de virtud y honradez? ¿Yo he de hacer todo eso? ¡Yo!

—O morirse de hambre y de humillaciones en el fondo de la buhardilla. Ese es el dilema —repuso el contrincante de Pablo con voz seca y amarga.

Pablo no dijo nada, y abandonó el café, pálido, convulso, vacilante, como si hubiera recibido una puñalada en el corazón.

.....

.....

Cinco años estuve fuera de Madrid, olvidado por todos y olvidado de todo también. ¡Ser olvidado y olvidar! Si eso resultara posible siempre, sería un hecho la felicidad del hombre en la tierra.

Pero no es posible; y yo, empujado por la marea social que lleva y trae á los seres contra sus deseos, contra sus voluntades, contra sus decisiones, regresé á Madrid, y en Madrid encontré lo que se encuentra en todas partes después de una ausencia: algunos amigos de menos y algunos desengaños de más.

No hace mucho tiempo, al atravesar una calle, hubo de llamar mi atención un carruaje que, arrastrado por dos caballos de buena sangre y de mejor precio, se dirigía á mí. Al verme un sujeto elegantemente vestido que dentro del carruaje venía, hizo parar éste y corrió á mi encuentro.

Tardé buen rato en reconocerle. Era Pablo. No

aquel Pablo lleno de juventud, con mucha franqueza en la frente y mucha honradez en los ojos, sino un hombre pálido, envejecido, de gesto burlón y mirada astuta.

—¿Eres tú?—le dije.

—Sí—repuso él.—¿Te extraña verme así? Pues la explicación resulta fácil. Ya lo ves, he ganado en fortuna, en reputación, en caudal, en crédito, en todo. Soy un hombre importante, respetado, temido. ¿Sabes lo que he necesitado para conseguir todo esto?

Y al ver que no le contestaba, añadió con acento nervioso en el que vibraba una desesperación profunda:

—Sólo he necesitado perder una cosa: la vergüenza.

EL TIESTO DE ROSAS.

Á LUIS BONAFOUX.

CARLOS merecía que tú le hubieras conocido. Era de los nuestros; de los que arrojan una carcajada sobre cada desengaño que

reciben, como arroja el sepulturero una paletada de tierra sobre cada muerto que le dan; de los que ríen en público y sufren á solas, transformando la mueca dolorosa en alegre gesto, la fisonomía en máscara, el placer en recurso, el amor en deleite y el sentimiento en sensación; alma de temple demasiado fino para ser comprendida por el común de las gentes, por esas gentes cuyas almas, semejantes á las bibliotecas de los necios, son tan sólo mueble de lujo que no se utiliza nunca; hombre, en fin, que, burlado en sus ilusiones por realidades crueles y vencido en sus esperanzas por decepciones hondas, había resuelto amoldar su carácter al patrón humano, y con objeto de adormecer los dolores que esta operación psíquica le causaba, echábase en brazos de todas las embriagueces carnales y apetecía el escándalo como un ruido que aturde, la lucha como una convulsión que distrae, la mujer como un entretenimiento que mata y el vino como un narcótico que embrutece.

«¿Qué puedo yo hacer?— solía decirme durante esas conversaciones íntimas que traen á los labios todos los repliegues del espíritu; — qué puedo yo hacer sino lo que hago? ¿Dar parte en mis quimeras, en mis sueños, en mis ideales, á un

mundo que, por no comprenderlos, los entregaría al escarnio y á la burla? ¿Ofrecer mi corazón á una mujer que lo rompiera como rompe el niño el juguete cuyo mecanismo desconoce? ¿Arrojar mi alma á una atmósfera donde la asfixia es segura? No, y cien veces no. Queden mis sentimientos, mis verdaderos sentimientos, para mí solo; viértanse también en torcidos renglones sobre desiguales cuartillas, y si pasan al público dominio háganlo impresos, única forma de que el público los admita y aplauda. En las relaciones sociales buscaré el trato de aquellos hombres que, si no tienen virtudes, tienen, al menos, la franqueza de sus vicios, y la compañía de aquellas mujeres que si no interesan al corazón no pueden herirlo tampoco.»

«Créelo—añadía,—un vaso de vino puro y una mujer sin pureza son compañeros suficientes para sobrellevar esta carga de la existencia, carga tan ruin que ni aun vale el trabajo de suprimirla. Como lenitivo de mis amarguras tengo los consuelos de tu amistad, algunas veces, y siempre, allí en el fondo tranquilo de mi hogar, una cabeza entrecana que me perdona y me sonríe. Otros amores..... ¡Bah! no hablemos de ellos. Gozar primero y morir después, esa es la ley humana: cumplámosla.»

Al decirme esto reía, con risa tan nerviosa, tan sarcástica, tan cruel, que provocaba todas mis tristezas.

Impulsado por tales ideas, Carlos gozaba siempre, y cuando las personas timoratas, ó necesitadas de serlo, le llamaban «calavera, perdido, loco» exclamaba con tono entre serio y burlón: «¿Loco? Puede que no se equivoquen. ¡Ojalá no se equivocaran!»

Loco, descreído, insensible..... Eso quería él, serlo; pero no lo era. ¡Cuántas veces, en medio de una orgía, cuando las copas medio llenas, los hombres casi borrachos, las mujeres despeinadas, provocativas y locuaces, forman un grupo lascivo animado por el estrépito de voces roncas, de interjecciones rudas, de tapones que saltan, de vasos que chocan, de cristal que se rompe, volví los ojos hacia Carlos y pude verle pálido, triste, la barba sobre el puño y la mirada incierta, salvar con el pensamiento las distancias y dirigirse á otros lugares, de allí tan separados como deben estarlo lo repugnante y lo sublime, buscando en ellos algo que le faltaba, que le era preciso, y no era el afecto del amigo, ni la cabeza entrecana de la madre, sino una cabecita de mujer virgen, por él entrevista entre las mezquindades del pre-

sente, como promesa espléndida del porvenir.

Él no quería confesarlo cuando yo se lo preguntaba. «¿El amor, el amor puro?....— me respondía.—Lo he suprimido.»

¡Suprimir el amor! Tanto valdría suprimir el alma. Para los hombres como Carlos, es el amor lo que el rocío para las flores en climas abrasados: una lágrima tal vez, pero una necesidad irremediable.

Aquel Mario, disfrazado de Grantaire, tuvo su idilio, un idilio que empezó como todos, por la presencia de una mujer que pasa por delante de nosotros, que nos mira un instante y se aleja después, mientras nosotros la contemplamos con asombro y una voz interna nos grita: «Esa.» Cuando llega tal momento, el amor se impone con violencias de tirano, y es inútil luchar. Carlos emprendió la lucha y fué vencido; su destino quedó amarrado para siempre á los encantos de una mujer. Amor es maestro de esclavitud y sujeta la argolla de su cadena en parte firme: en el corazón.

¡Y ella era tan digna de ser amada! Había tanta frescura en aquella cabecita pálida, tanta pureza en aquella frente soñadora, sobre la cual, ganosas de acariciarla, se esparcían las ondas re-

vueltas de una cabellera castaña, donde la luz se descomponía en reflejos dorados; eran tan dulces sus ojos verdes, sombreados por largas pestañas que prestaban á sus miradas todas las ternuras y todas las melancolías del crepúsculo; tan suave el pliegue voluptuoso de sus labios finos, entre los cuales aparecía la sonrisa como una aurora y la voz como un despertar de pájaros; tan puras las líneas de su garganta; tan delicioso el contorno de su cuerpo; desprendía su imagen un no sé qué de candoroso y honesto, que Carlos sintióse atraído por ella, y la amó con fanatismo de creyente, con tenacidad de sectario; más que todo eso, con ansias de náufrago que halla un punto de apoyo donde salvar su vida.

Sintió al verla removerse los sentimientos ocultos en el fondo de su alma: miró con espanto los jirones de su antigua existencia dispersos en el cieno de torpes y fútiles placeres, y se lanzó de frente á la lucha, ansioso de gloria, dispuesto á arrojar el laurel de sus triunfos á las plantas de aquella mujer.

El amor de Carlos fué, más que una transfiguración, una resurrección.

Todos los días iba á verla, á beber en sus ojos energías para el combate, seguridades para la vic-

toria; y allí, bajo la sombra de altos árboles, frente á la casa de la mujer querida, puestos los ojos en el balcón de retorcidos hierros, que á trechos descubrían ya los alambres de caprichosa jaula, donde un canario bullicioso y saltarín entonaba cánticos, no sé si de enamorado ó de cautivo ya las varias macetas sobre las, cuales alzábanse orgullosos los tallos de un rosal que abría sus flores para ofrecerlas á quien tan primorosamente las cuidaba, en aquel sitio, pasaba Carlos las horas extasiándose en la contemplacion de su adorada, que, unas veces puesta detrás del balcón, otras medio oculta entre las hojas del rosal, tan pronto llamando con el gesto y con la mano al cantor prisionero que extendía las alas y alargaba el pico para morder los dedos que le acariciaban, como jugueteando distraídamente con los pliegues del cortinaje, dirigía hacia Carlos sus miradas, miradas que él recogía avaro, sin aspirar á más, sin pedir más. ¿Qué más podía pedir? Basta una mirada para entregar el alma y otra mirada para recibirla.

Hablar, hablar con ella, deslizar en sus oídos esas mil frases tan insignificantes para quien las oye con indiferencia, como sublimes para quien las escucha amoroso. ¡Hablar con ella, qué dicha tan grande, y, sin embargo, qué ventura tan imposible! ¿Podía él atreverse á tanto? Frente á ella, inocente, hermosa, favorecida de la suerte, veía Carlos alzarse las locuras de su pasado, las angustias de su presente, las incertidumbres de su porvenir como obstáculos insuperables, y aguardaba en silencio y luchaba sin tregua, recibiendo á pie firme esas heridas anchas y profundas, precisas á los combates por la gloria, heridas que no se ven porque abren en el alma y gotean por dentro. Así vivía, peleando con furia de titán, irguiéndose victorioso después de cada golpe, con la frente alta, la sonrisa en los labios y la esperanza en *ella*. Sí, luchar, luchar y contener el desbordamiento de su amor hasta el día del triunfo: tal era la idea fija en el cerebro de Carlos; y cuando el triunfo llegara á acercarse á ella y decirle: «He callado hasta hoy, porque no me juzgaba digno de tí; hoy es distinto, poseo un nombre que todos ensalzan, que todos elogian, que todos aplauden; pues bien: ese nombre es tuyo. Tómalo.»

¿Adivinaba ella los pensamientos de aquel hombre? Tal parecía, cuando tras una de esas miradas en que el alma sube á los ojos, deplegando sus labios con sonrisa cariñosa y agitando en sus pupilas reflejos de amor, parecía decirle: « No temas, yo te aguardo. » Y Carlos aguardaba siempre, gozando no sé qué extraña y misteriosa felicidad en aquella penumbra de esperanzas y de recelos.

Pero la felicidad es un viajero incansable, tan inquieto y fugaz como constante y sedentaria la desdicha; cruza por delante de nosotros un momento, uno solo, y luego se aleja volviedo el rostro para decirnos adiós.

No sé quién, ni importa; cualquiera, una de esas personas que todo lo saben—menos ser buenas—y que todo lo cuentan, á su modo, supo un día los amores de Carlos y creyó deber ineludible, caso de conciencia y obligación de amistad, transmitir la noticia á los padres de la mujer por Carlos amada.

¡Cómo se despachó la tal persona refiriendo cuantas acciones podían perjudicar á Carlos y callando las que pudieran favorecerle!

—¿Quién es él?—decía muy gozosa, con gesto de santa y frase de verdugo.—Un escritorzuelo

sin más bienes de fortuna que su pluma; ¡valiente capital! Un loco, un derrochador, un pendenciero, incapaz de hacer la ventura de nadie; que tiene queridas, que sale á escándalo por semana y que parará en un manicomio, si no le matan de un tiro en medio de la calle. ¡Vaya que el tal Carlitos no tiene por donde el diablo lo rechace! Les digo á VV. que lo conozco mucho—no le había hablado nunca,—que me sé de memoria sus calaveradas; ha dado por ahí cada disgusto, ¡que ya! Es incapaz, incorregible, incorregible; ¡cuando lo digo yo!

Por ese estilo siguió amontonando deshonras y deshonras, calumnias y calumnias sobre aquel hombre que nada le había hecho, ni siquiera un favor. Al despedirse, desplegó una sonrisa de cariño, añadiendo, como disculpa de su hazaña:

—Os he dicho esto porque os quiero bien. Ese hombre es malo.

Y limpió su conciencia con estas palabras, como limpia el asesino su puñal sobre el cuerpo de la víctima, dejándole terso, brillante y dispuesto de nuevo para herir.

Ella oyó angustiada la terrible acusación; sus padres hicieron lo que hacen en tales casos todos los padres que quieren á sus hijas: conjurar el pe-

ligro por cuantos medios estaban á su alcance, impedir aquellos amores, trabajar el alma de la niña para arrancarle el afecto que á Carlos profesaba. Carlos supo esto y devoró en silencio su amargura, como había saboreado en silencio su felicidad, y *ella*, combatida por fuerzas contrarias, luchaba, sí, pero luchaba desesperando del triunfo, viendo más difícil cada vez el logro de su esperanza; y todas las tardes, cuando, asomada al balcón, escondido el rostro entre las hojas del rosal, veía á Carlos pálido, taciturno, desesperado, sin llevarle una esperanza, ni una promesa de próximo triunfo, sentía que sus fuerzas menguaban, que su valor decaía, y, reflejando en sus ojos las angustias de su espíritu, parecía decir á su amante:

—¡Pronto, pronto, ó todo se ha perdido!

Carlos no podía hacer nada para conjurar el peligro. Los combates por la gloria son lentos, las victorias no se improvisan, el enemigo es tenaz y se defiende siempre. ¡Les cuesta tanto trabajo á los más reconocer la superioridad de los menos! Para Carlos llegar era seguro, pero ¿cuándo? ¿cuándo? Y tras de esta pregunta, que no obtenía respuesta decisiva, Carlos sentía huir sus esperanzas de amor, y *ella*, con los ojos tris-

tes, muy tristes, lanzando un suspiro que agitaba imperceptiblemente los pliegues de su vestidito color de rosa, se apartaba del balcón, mientras él proseguía su camino volviendo la cabeza hacia atrás, esperando con angustia el desenlace de aquel hermoso paréntesis de venturas y amor, paréntesis que se cerraba y que él no podía alargar.

Y el desenlace vino doloroso, terrible, pero fatal y necesario. *Ella* se dió por vencida. ¿Cómo no hacerlo, si á la murmuración social y á los prudentes consejos de sus padres, sólo podía oponer las promesas mudas de un desconocido?

Una tarde de otoño, á la hora del crepúsculo, llegó Carlos frente á la casa de su amada, pisando las amarillentas hojas que, desprendidas de los árboles, crujían bajo sus pies con un sonido extraño, mezcla de suspiro amargo y de carcajada burlona; las ramas desnudas parecían músculos palpitantes de un cuerpo disecado; en el balcon, testigo un día de íntimos placeres, partícipe entonces de profundos é intensos dolores, las macetas ostentaban el seco ramaje de sus hojuelas mustias y de sus tallos marchitos; el rosal, desnudo de adornos, se balanceaba á impulsos del viento, y el canario, oculto en el último rincón

de la jaula, escondía en el ala su pico y agitaba su cuerpo con estremecimientos nerviosos; sólo una florecilla casi deshojada vivía aún en aquel sepulcro abierto por el tiempo á las galas de la primavera.

Carlos se detuvo y clavó sus ojos en el balcón. Detrás de los cristales estaba *ella*, no como en épocas ya pasadas, alegre, cariñosa, dulce y pródiga en esperanzas, sino triste, muy triste, con la hermosa cabeza inclinada sobre el hombro, los ojos entornados como para ocultar sus lágrimas y los labios contraídos por un gesto sombrío.

Al verle entreabrió las cerradas vidrieras, adelantó el brazo, cortó la mustia florecilla y, arrojándola por el balcón, dirigió á Carlos una mirada larga, profunda, angustiosa como un adiós y cruel como una despedida.

«¡Imposible!» pareció decirle con aquella mirada; y retirándose de pronto lanzó un suspiro, al tiempo que Carlos murmuraba también: «¡Imposible!»

Después la imagen querida desapareció, y Carlos, dirigiendo una última mirada sobre el balcón cerrado, sobre las flores marchitas, sobre el pájaro dormido en el último rincón de su jaula, contempló las hojas de los árboles amarilleando

bajo sus pies, los troncos desnudos, las ramas peladas, el cielo plomizo, desengañadores silenciosos que le decían: «Todo termina, todo acaba;» y recogiendo la flor perdida en medio del arroyo, se alejó de aquellos lugares, murmurando con acento nervioso y hondo:

—Es verdad, todo acaba.

. . . . . .

Al día siguiente, en cierta sala de cierta casa agrupábanse cuatro ó cinco personas alrededor de una señora—la misma que tan buenas ausencias hizo de Carlos,—la cual señora, sujetando entre sus manos un periódico, leía lo siguiente:

«Ayer puso fin á sus días, disparándose un tiro en el corazón, el distinguido literato D. Carlos N....., que tantas esperanzas ofrecía, etc., etc.

»Al lado del cadáver encontraron una pistola y una flor.

»Ignóranse las causas que obligaron á nuestro desventurado compañero á tomar tan infausta determinación.»

Al terminarse la lectura del suelto que copio, todos guardaron silencio, mientras la portadora de la nueva decía con sentenciosa voz:

—Es natural; ese chico no podía acabar de otro modo.

Y mientras la noticia cundía por todos los ámbitos de este Madrid bullicioso y escéptico, velaba yo á Carlos, cuyos ojos abiertos parecían buscar aún los rasgos hermosos de una cabecita virgen que lloraba en silencio por él, mientras otra cabeza, pálida, entrecana, apoyándose en el pecho del muerto, besaba, con ansias de madre huérfana, las manos crispadas del cadáver.

. . . . . .

Esa es la historia de Carlos.

Ya sé, querido Luis, que tú vas á respoderme: «Esa historia no es verdad.»

Pero ¿no es verdad que podría serlo?

FRAY CANDIL

(EMILIO BOBADILLA).

FIEBRES.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFIC
calle de Juane
18

FRAY CANDIL

(EMILIO BOBADILLA).

FIEBRES.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MANUEL MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.

1889.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

A FELIPE DUCAZCAL.

A V., que tiene corazón é inteligencia y que es amigo de sus amigos, dedico estas páginas, acaso las más tristes que hayan salido de mi pluma. Acéptelas V. como una prueba del cariño que le profesa su invariable amigo

F. BOBADILLA.

CONFIDENCIAS Á MODO DE PRÓLOGO.

> La poesía, la lírica sobre todo, siendo sincera como debe ser para ser buena, es *autobiografía* del corazón y de la mente: es exhibir el alma al público en su desnudez; y esto parece que lastima algo el pudor y la modestia...
>
> JUAN VALERA. *(Cartas americanas.)*

Hablemos con franqueza: á mí no me parecen del todo malas (ni á mi ilustre y querido amigo Menéndez Pelayo tampoco) estas bagatelas poéticas que he bautizado con el título de *Fiebres*, título que quizá parezca presuntuoso ó *pretencioso*, que dicen los galiparlistas. Por eso las imprimo, y además porque hoy todo se publica, al decir de Valera. No obstante lo expuesto, he estado algún tiempo indeciso entre darlas á luz ó echarlas al cesto, á imitación de esas madres sin entrañas que echan sus hijos á la inclusa. Pero no soy yo tan desalmado. Así como así son mis hijos, aunque enfermizos y contrahechos: como que fueron engendrados los unos en horas de solitario abatimiento por el desengaño y la tristeza, ese matrimonio indisoluble, al ruido de aletear de sollozos y de gotear de lágrimas; y los otros, de vuelta de algunas de esas francachelas

báquicas en que se dejan girones de las entrañas entre las caricias calenturientas de las hembras y el hervor de las libaciones. Yo he padecido mucho, aunque me esté mal el decirlo, no tanto por lo que haya podido sucederme cuanto por mi enfermiza sensibilidad nerviosa, tan opuesta en todo y por todo á mi razón fría y sarcástica que se rie de ella como se rie el excepticismo de los fantaseos y exageraciones de la credulidad. Hay en mí dos temperamentos: uno eminentemente febril y soñador, y otro burlón y materialista que le sirve como de freno y ataharre. En estas páginas se contiene algo de los diálogos de esas dos naturalezas que aguardan siempre las silenciosas horas de la noche para echarse en cara, la una con amargas ironías y la otra con declamatorias exaltaciones, lo que han pensado, dicho ú obrado durante el día, ni más ni menos que esas disputas que entablan la roñosa concertadora de voluntades y la joven prostituida que prefirió, en un momento de neurosis sentimental, entregarse desinteresadamente al mozo gallardo y pujante dejando chasqueado al viejo rijoso que por un rato de deleite la ofrecía el oro y el moro.

***

Noto en muchos de estos *vuelos de gallina*, que dice *Clarín*, sobradas incorrecciones, inoportunos hiatos y asonancias sobre todo, que hubiera podido evitar, pero con menoscabo de la idea y de la espontaneidad del sentimiento; y en no pocos, en lo que se refiere al asunto, un erotismo que acaso no hable muy en mi favor, que digamos, entre esos escritores honestos y de buen vivir que son muy capaces, después de todo, de aconsejar á los queridos de sus mujeres que no lean á Zola ó á algún otro autor más ó menos empecatado.

Buena coyuntura la que se me presenta para declarar, sin andarme en chancharras-mancharras, mis opiniones (porque tengo varias, lo cual es como decir que no tengo ninguna) respecto.... de la moralidad en el arte. Pero creo haber esparcido en libros anteriores mis ideas acerca de este tan debatido como trasnochado tema que cada autor entiende á su manera, según observa Emilia Pardo Bazán. Baste á mi intento decir que he escrito estos versos tales como les he sentido, de dos plumadas, sin *imitar* á nadie, al menos, á sabiendas, sin *acordarme* de nadie—¡y cuidado si he leido poetas!—sin preocuparme con los distingos de escuela. Que en ellos hay acaso demasiada tristeza, no lo niego: pero ¡sí la he sentido! por mucho que algunos excépticos en frío sospechen que mis lamentaciones son puramente literarias. ¡Ojalá que toda mi melancolía, que todos mis pesares, se redujesen á mero lirismo de pluma! Búrlense en buen hora esos dichosos partidarios de la filosofía sin sombras del preceptor de *Cándido*. Los que hayan llorado, y sepan donde tienen el corazón, puede que miren con ojos de cariño las páginas que siguen, dicho sea sin alabarme, como diría D. Hermógenes en caso análogo.

Al volver á leer, después de algún tiempo, este tomito, me he acordado impremeditadamente de las siguientes palabras de Jovellanos, escritas al frente de sus poesías y que vienen aquí como anillo al dedo.—«Por lo común, á cualquiera de estas composiciones sigue un pronto arrepentimiento de haberlas hecho. Y apenas se desvanece el entusiasmo con que se escribieron, cuando empieza á mirarlas con desprecio el mismo que las produjo.»

Pero á todas estas reflexiones me contesto yo mismo: ¿de qué acto no tenemos que arrepentirnos si le juzgamos con rigurosa severidad...?

***

No faltará quien diga, cuál por prurito de ver semejanzas donde no las hay, cuál porque quiera tildarme de imitador servil, cuando no de rapsodista, que estos versos epigráficos recuerdan—por la contextura ó la *manera*, porque lo que es por otra cosa....—el *Intermézzo*, de Heine, ó las *Rimas*, de Becquer, ó las *Humoradas*, de Campoamor, ó sabe Dios si... las *Aleluyas* de Carulla, como las llama Pidal. Bueno es que conste—y perdóneseme si me repito—que no me he inspirado en ninguno de esos tres grandes poetas, cada cual á su modo, á pesar de haberles leido con deleite repetidas veces. Pero pasa con la lectura lo que con los alimentos, que siempre queda algo, el jugo, como si dijéramos, de lo que se lee en la memoria, jugo que, confundido después con nuestras propias ideas, corre por nuestro cerebro, como se confunde y circula por nuestra sangre la substancia de los manjares con que nos nutrimos, sin que podamos especificar si tal glóbulo de sangre ó tal molécula de hierro son la esencia del pan, del vino ó de la carne, y perdonen los químicos si desbarro.

He vuelto á leer todo el *Intermezzo* y el *Cancionero*, de Heine; todos los *Cantares*, *Doloras* y *Humoradas*, de Campoamor; todas las *Rimas* de Becquer, y confieso, la verdad, que no encuentro parecido. Puede que haya alguna reminiscencia, si cabe llamar reminiscencia á lo que es del dominio de todos. El sentimiento es uno y universal. La diferencia está en la manera de expresarle y en la mayor ó menor intensidad con que se experimenta. Y una prueba, entre muchas que omito, de que el sentimiento es igual en todos, con las variantes ya dichas, es que, cuando se lee alguna novela ó se presencia un drama en que se habla el lenguaje de la verdadera pasión, se exclama impensadamente:—¡Qué verdad! Esto lo he sentido yo.—

El amor es una historia vieja muy repetida, pero que des-

garra siempre el corazón del que le siente, ha dicho Heine en elegantísimos versos. Pero no en todos se manifiesta del propio modo; como que varía según el temperamento y el cristal á cuyo través se mira.

Yo, que nada tengo de psicólogo ni de metafísico (de metafísico, ni chispa), suelo ver las cosas, las más veces, con los ojos de la cara. En una mujer me llama la atención, más que su talento, la curvatura y amplitud de sus caderas, el brillo melancólico ó alegre de sus rasgados ojos negros ó verdes (que en punto á ojos no tengo color predilecto), el garbo de sus andares, la turgencia de su seno, etc. El amor me entra por los ojos, no lo puedo remediar. La psicología la reservo para las feas. ¡Hay cada fea que es un *documento!* Por otra parte, para ahondar en el alma de una mujer se requiere estar sereno y frío; porque lo que es enamorado, que viene á ser lo mismo que estar enfermo, diga V. que no hay quien éntre, ni á tres tirones, en esa selva oscura, que selva oscura, y no otra cosa, es el alma de la mujer, en el supuesto de que la mujer tenga esa célula. Siempre que he pretendido echármelas de psicólogo con las mujeres hermosas, me han dado calabazas ó dejádome plantado á la deshilada. Psicología, sí; pero con las feas. ¡Qué mundo de protistas psíquicos, vamos al decir, no se encierra en el corazón, saturado de envidias y de rencores taciturnos, de aquélla á quien la naturaleza negó belleza y donosura! Para que la fea despierte algún interés, tiene que poseer, á falta de belleza física, gracia, ingenio y travesura. Cabe que inspiren simpatía vivísima; pero amor... ¡están verdes! Hablo por cuenta propia, que no sin fundamento se ha dicho que para gustos se han hecho colores.

Vaya V. á estudiar psicología (esa ciencia que tiene mucho parecido con la navegación aérea) en la mirada de una mujer á quien vé V. por vez primera en un teatro, supongamos.—

Usted, si es crédulo, se figura (aquí entra por mucho la vanidad) que aquella mirada es para V., y que es una mirada de irresistible simpatía, ese prólogo del amor, dando de barato que el amor exista. Pero si luce V. una sortija de brillantes y va V. elegantemente vestido, dé V. por seguro, ó casi seguro, que aquella mirada es un á modo de inventario de las prendas de V. Tras un tiroteo de miradas, ya altaneras, ya sumisas, sostenido entre V. y ella, ella se queda como pensativa.—¿Si la habré flechado?—rumia V. para su coleto.—¡Flechar! Es que está coligiendo por lo que se vé de lo que no se vé.—¿Si este hombre será rico?—se dirá ella á su vez.—No viste mal y ¡gasta unas prendas...! Puede que me convenga este hombre. Atrapémosle.—Y á renglón seguido se abanica con marrullería de gata por Enero; suspira y pone los ojos en blanco (el blanco aquí es V.) A la cuarta ó quinta representación de esta farsa, cae V. rendido, digo, si es V. inexperto; y aunque no lo sea, cae V. como la mosca en la tela de una araña. Claro que todo esto lo digo en el supuesto de que la mujer despierte en usted sentimientos y sensaciones.

Se casa V. en la creencia de que su mujer le ama. ¡Cuán equivocado está V., amigo mío! Declárese V. *insolvente* y ya se las dirá de misas. Para casarse se necesitan cuatro cosas: estar muy enamorado, á fin de no aburrirse pronto, pues de casado á cansado no va más que una letra, como dijo el otro; tener mucho dinero para satisfacer holgadamente las necesidades de la casa, porque los matrimonios pobres suelen disolverse á silletazos; tener mucha salud, *mens sana in corpore sano*, para cumplir con largueza con el *crescite et multiplicamini*, y saber manejar las armas para defender la honra ultrajada, porque eso de hacerse la vista gorda está bien cuando se es vista de alguna aduana de Cuba ó cosa por el estilo, á no ser que el hacerse la vista gorda dé por resultado un buen

empleo, caso en el cual me callo. ¡Y pocos empleos que se llevan muchos maridos por hacerse los ciegos! Yo he conocido á uno que sabía que su mujer le era infiel en su propia casa. (Los maridos, si gustan, pueden retirarse.) Todas las mañanas, apenas salido el esposo, entraba el amante y se encerraba en la alcoba con la adúltera, la cual ignoraba que su consorte estuviese en autos. (¿No se retiran ustedes? Mejor.) ¿Qué hacía el marido? Pues esperaba á que el ladrón estuviese dentro y entónces tocaba á la puerta de la alcoba.

—¿Fulana?—decía á su mujer—; abre, que me he dejado el dinero olvidado. Son unos cien duros aproximadamente. Deben de estar sobre el velador.—La mujer, á fin de que el marido no la sorprendiese con las manos en la masa, le pedía el dinero al querido (que era muy rico, hay que tener en cuenta esta circunstancia); y entreabriendo, pálida y convulsa, la puerta, le contestaba:—Toma. ¿Es eso?

. . . . . .

—¡Te amo!—exclama otra mujer.—Y puede que en aquel propio momento esté pensando en otro, ó se lo diga á V, sabe Dios con qué fines. Como cuando se está hondamente apasionado se desconfía de todo, á pesar de todas las pruebas imaginables ¿qué pasa? Que no cree V. nada de lo que le dice la mujer amada, probablemente cuando está diciendo la verdad, si cabe que la mujer diga verdad alguna vez. Otra, al cabo de algún tiempo de amoríos, le descerraja á V. el siguiente escopetazo:—¿Sabes que me estoy aburriendo de tí? —Lo dirá de broma, murmura V. sonriendo. ¡Qué listo soy! ¡Venirme á mí, á quien adora, con esas chanzas!—Y se lo está diciendo á V. con el corazón en la mano, que es donde suelen llevarle muchas á guisa de manguito ó de abanico.

—¡Te quiero con toda mi alma!—dice otra (estos no son más que ejemplos para ilustrar el texto)—y V. no la cree porque

el que ama se juzga siempre inferior al objeto amado.—¿Por qué ha de quererme? ¿Soy acaso un Adonis ó un Creso?... En suma, que se arma V. unos líos en la cabeza que acaba V. por perder el juicio; créame á mí que, aunque no soy psicólogo, ni por soñación, he visto algo, observo y leo á menudo á Balzac cuya mirada escrutadora penetró como pocas en las tortuosidades del alma femenina.

Se libra V. de una pasión de esas en que se ha gastado usted media vida en fluído nervioso (no digo la otra media en metálico porque se supone), y sale V. como perro con maza, es una comparación, aunque prosáica, ó como el negro del sermón. Claro que recordará V. muchas cosas. Entonces, cuando está V. *fuera de peligro*, es cuando le pica la tarántula por filosofar, que tanto vale como decir que al asno muerto...

—Pero esa mujer ¿por qué me desdeña? ¿Conque se va y me deja? ¡Y decía que me amaba!—A los pocos días la ve V. con otro en el paseo, en cualquiera parte—el lugar no hace al caso—y V., si es tonto, que lo será, porque en materia de amor lo somos todos, incluso los psicólogos de profesión, que suelen ser desdeñados con frecuencia, á la inversa de los estúpidos que tienen el gran partido entre las mujeres (y esta observación, en parte, es de Schopenhauer), la ve usted con otro—decía—y, ni que decir tiene, el amor propio se le subleva á V.; los celos se le irritan como un avispero, y ruega V., y suplica y llora... y dále con la puerta en los hocicos. Para que le desprecien á uno no hay sino rogar y humillarse. ¡No digo nada si la mujer está convencida de que es hermosa!

Por el contrario, la ve V. con indiferencia, al parecer, hace V. como que la desprecia friamente, con naturalidad, y gana V. la batalla. Del co[illegible]ge la armonía. ¡Oh, que

me condenen á odas de Cheste perpétuas si no estoy diciendo el evangelio!—Basta de palique, y... párrafo aparte.

Ahora volviéndome de espaldas al público:—Detestables literatos peninsulares, á quienes he tenido la avilantez de decir algunas frescas, aquí teneis una ocasión para desquitaros. Zampatortas literarios de América, á quienes he puesto sin vuestro permiso en la picota del ridículo y seguiré poniendo —si no me sorprende antes la muerte,—echáos sobre estos versos. Os los arrojo como se arroja una posta de carne sobre una manada de lobos hambrientos. ¡A ellos! ¡A ellos! Pero tened en cuenta que no son huérfanos...

FRAY CANDIL.

Madrid 1889.

FIEBRES.

I.

¿Qué me importa que ruja la calumnia
y que me ladre el odio?
¿Quién, cuando ve ya cerca, en negra noche
y por quebrada senda y entre abrojos,
el techo hospitalario, se detiene
á escuchar de la rana el grito ronco?
¡Cuando á la cumbre llegue,
rotas las manos, desgarrado el pecho,
os lanzaré á la cara, desde arriba,
ruidosa carcajada de desprecio!

II.

¡Ay, madre de mi vida, no sabes cuánto sufro
al ver que nos separa del mar la inmensidad!
Si enfermo, no te veo, cual antes, á mi lado,
si lloro, tú mis lágrimas no vienes á enjugar!
Mis noches son muy largas, muy solas y muy tristes,
mis ilusiones últimas, las últimas quizá,
como irisada nube de aereas mariposas
las miro que aleteando se alejan y se van.....!
Mis sueños son inquietos, los sueños de un enfermo
á quien la fiebre abate con lángido sopor;
y sueño, madre mía, (¡qué sueños tan sombríos!)
que ya no volveremos á vernos más tú y yo!...
Volver á verte quiero para besarte mucho,
contarte muchas cosas que guardo para tí
de mi alma dolorida en el oscuro fondo
y estarme todo un día hablándote de mí!....
.....
.....
Murmullos de las olas, susurros de los vientos,
sobre el hinchado lomo del mar, corred, volad,
llegad á aquella tierra, besad la sepultura
donde mi padre duerme su último sueño en paz!

III

¡Cuántos ¡ay! en girones
han dejado la vida en tu regazo
entre besos de amor y convulsiones
de deleite apurado hasta las heces!
Y tú sigues triunfante tu carrera,
exhalando perfumes juveniles
de lujosa y perpetua primavera,
como el corcel sin freno
que sus ímpetus ciegos avasalle,
vertiginoso su carrera sigue
sin advertir las perfumadas rosas
que holló á su paso en el florido valle.

IV

Aun la vida alentaba
en aquel loco amor que te tenía
y en sus abiertos ojos aleteaba
la luz de la esperanza todavía,
cuando en la oscura fosa del olvido
con mano despiadada le arrojaste
y paletadas de desdén le echaste.....
Quizá mañana alguno
al levantar la funeraria losa
circundada de flores amarillas
—esas tristes amigas de los muertos—
encuentre el esqueleto de rodillas
con los dolientes brazos entreabiertos!

V

¿Por qué en mi edad temprana
de vejez prematura
siento en el alma el enervante frío,
y á donde quiera que los ojos vuelvo
el tedio me devora y el hastío?
¡Oh juventud hermosa! ¿de qué vales
sin amor, esperanzas ni alegrías?
¡Primavera sin músicas ni galas,
oceano sin salvajes armonías,
cielo sin luces, pájaro sin alas!

VI

Sobre un túmulo negro de perfidias
amortajada mi esperanza yace;
el desengaño, la traición y el odio
velan regocijados el cadáver.
Chisporrotean los cirios
y en lágrimas de cera se derriten:
¡son acaso los únicos que lloran,
los únicos que gimen!

VII

¡No quiero más abrazos, no quiero más caricias
ni disolutas noches de tempestuoso amor;
que ya no tengo gérmenes de vida en mis arterias
y tengo sorda el alma, sin sangre el corazón!
Yo quiero estar á solas, dormir sin inquietudes
sobre la fresca yerba, al tibio resplandor
de un sol que va muriendo como murieron todas
las esperanzas mías, mis sueños de ambición!
Sin dudas ni recuerdos, en honda paz quisiera
vivir lejos, muy lejos del ruido mundanal,
oyendo solo el canto del ave, el blando estruendo
del viento entre las hojas del verde platanal.
No más mujer, ni libros, ni insomnios, ni torturas,
ni aplausos, ni ambiciones que sombras son no más:
yo quiero hallar mi tumba bajo el hojoso techo
de un bosque que adormezca con su murmullo el mar....

VIII

No necesito, abuelo, su consejo,
que aunque tenga usted cana la cabeza,
no sabe qué es dolor ni qué es tristeza....
¡Yo tengo el pelo negro y soy un viejo!

IX

¡Qué corazón no tiembla ni flaquea,
qué mente no se pierde en los inciertos
y tenebrosos limbos de la idea,
ante el problema horrible que plantea
ese adios para siempre de los muertos!

X

Rueda el globo entre horrendos cataclismos
al ronco son de torvas tempestades,
y la vida social se desenvuelve
entre oleadas de lágrimas y sangre.
¿Qué son nuestros dolores y miserias
en la eterna mecánica del globo?
Todo lo transfigura y lo confunde
la misteriosa química del cosmos.
Sólo la tierra, á nuestros males sorda,
sigue girando en movimiento eterno:
la tierra, en cuyo seno nos formamos,
y al que mañana todos volverémos!

XI

Sin fuerzas ya para luchar, rendida
mi salvaje y sensual naturaleza,
llego hasta tí que esplendorosa y fuerte
me brindas con largueza
hondos placeres que serán mi muerte.
¡Aléjate de mí! Rompe los lazos
con que me ataste á tu hermosura excelsa;
que el corazón me salta hecho pedazos
cuando amorosa junto á mí te veo
y no puedo apagar entre tus brazos
la ardiente sed de mi brutal deseo!

XII

Siento rugir á veces mis pasiones
como lobos hambrientos; pero altiva,
como domina el domador las fieras,
mi voluntad las calla y las domina.
Pero temo que un día,
rompiendo alborotadas las cadenas,
rindan mi voluntad, como devoran,
al fin y al cabo, al domador las fieras.

XIII

En son de burla me dices
que son mis versos románticos,
como si el romanticismo
no fuese, mujer, humano.
Romántica es la tristeza,
romántico el desengaño,
románticos los pesares
y los sollozos y el llanto.
Un sol que muere á lo lejos
con resplandor triste y lánguido,
una playa en la alta noche
que arrulla el mar sollozando,
un cielo en tarde de invierno,
¿no son acaso románticos?

XIV

Hermosa como un sol de primavera,
como el deseo contenido, ardiente;
negros los ojos como el odio y negro,
ondulante y lustroso tu cabello
como un raudal de tinta que abrillanta
rayo de luz con vívido destello...
Voy dejando á pedazos
mi juventud, mi vida, entre tus brazos;
y es en vano que intente
las cadenas romper del cautiverio
en que solloza el pensamiento mío:
¡tan grande es el imperio
que ejerce tu hermosura en mi albedrío!
No del vigor perdido
ni del temprano malestar me quejo,
ni al ver mi rostro pálido y hundido
maldigo de la vida y del espejo.
Despilfarré contigo
la luz de mi encendida fantasía,
el candor de mi alma, la energía
de mi impetuoso corazón, las notas
alegres de mis risas juveniles,

de mis locos ensueños el encanto,
de mi sed de saber las ilusiones
y hasta la rica fuente de mi llanto...

. . . . . .

Mas ¿qué importan las penas, los dolores
que en el regazo del placer nacieron,
cual nace la ponzoña
escondida en el cáliz de las flores?
¿Qué importa el desconsuelo
de no volver á ver la luz del cielo,
ni en los incendios rojos
de la tarde bañar nuestra pupila,
si de tanto mirarlos
cegaron deslumbrados nuestros ojos!!

. . . . . .

Abrázame otra vez apasionada,
que cuando falte sangre en nuestras venas,
aún gozarémos, al postrer reflejo
del placer, en contarnos nuestra cuita:
tú, delante de mí, vieja y marchita;
yo, delante de tí, cansado y viejo...!

XV

Con los calientes vahos de la orgía
humeando en mi aturdida fantasía
y lívido el semblante,
cuando indeciso y soñoliento el día
en el borroso término clareaba,
entré en mi hogar, dònde mi buena madre
con inefable angustia me esperaba.
—¿Por qué has tardado tanto?—
con acento de lágrimas me dijo.
—¿No sabes que me aflijo
y que á raudales vierto amargo llanto
cuando regresas, hijo,
tan á deshora á casa,
porque siempre sospecho
que algo grave te pasa,
ó que algún mal, no sé por qué, te han hecho?—
Y, besándome el rostro atolondrada,
me atrajo convulsiva hacia su pecho.
. . . . . .
. . . . . .
¡Cómo lastima el alma,
cómo hiere el oído
del que la noche se pasó entre el ruido
de torpe bacanal—donde se embota
el corazón y la energia se agota—
la voz de la virtud inmaculada
que de los labios de una madre brota!

XVI

Ni tu hermosura, como el hielo, fría,
ni tu altivez de torre,
doblarán mi cerviz, que estoy curtido
con el aire del mar de las pasiones.
¿Qué puede suceder? Que tú no cedas
ni yo ceda en mi orgullo,
y se disuelva nuestro amor de un día
como en el aire se disuelve el humo!

XVII

Sus encendidos labios de escarlata
abre la rosa á los sensuales besos
del sol, y en torno de sus frescas hojas
zumban revoloteando los insectos.
Los pájaros cantores, al unísono,
himnos entonan á la flor gallarda;
pero á su pié una rana, entre la hierba,
vierte croando su asquerosa baba.

XVIII

¡Cuán presto corre la vida
llevando en sus turbias ondas,
confundidas y revueltas
nuestras esperanzas locas,
nuestras muertas ilusiones,
nuestras ansias, nuestras glorias,
nuestras quejas, nuestras lágrimas,
nuestra altivez, nuestra pompa,
cual lleva el hinchado río
en su corriente impetuosa,
con el cieno de su cauce
revuelta la seca fronda.

De nuestra vejez el sol
amarillento y opaco
apenas si en la corriente
se quiebra en lánguidos rayos.
Cuán triste es ver al reflejo
de ese sol, de luz escaso,
hundirse en la lejanía
nuestros muertos arrebatos
de pasión, nuestros delirios,
nuestros recuerdos sagrados,

mientras se escucha el estruendo
del torrente alborotado
de nuevas vidas que van,
al son de risueños cánticos,
sin advertirlo tal vez,
hácia el abismo rodando:
abajo, el planeta en guerra,
en paz arriba los astros.....!

XIX

—¡Y dices que la quieres y no lloras
al saber que se casa con un necio!—
—Pues por eso no lloro, porque ahora
impúnemente disfrutarla puedo.—

XX

En un baile de máscaras estabas
bailando al son de lujurioso ritmo,
cómo danza una llama y serpentea
sobre un charco de espíritu de vino.
Al verme te paraste; pero luego
seguiste dando vueltas como loca;
danzabas, sí, pero ¡ay! como la llama
que se quema y no goza!

XXI

En mis tétricas horas de hondo duelo,
madre de mis entrañas,
tú eres tan sólo mi único consuelo;
y aún tienen para mí, por tí tan sólo,
rumor el viento y claridad el cielo!

XXII

Estar de pasión rendido
y ver que no se nos quiere
y que al fin vendrá el olvido.....
¡Qué triste es ver que se muere
lo que tanto se ha querido!

XXIII

Al romper las cadenas
de aquel amor en que lloré cautivo,
como solloza un preso entre cerrojos,
me figuré, negado á la esperanza,
que el mundo se acababa ante mis ojos!
Y en amorosa fiebre
otra vez he sentido
arder mi corazón entumecido,
como al soplo del viento
de amortiguado incendio arde el rescoldo.
Y he vuelto á aborrecer con toda el alma,
y á llorar y á sufrir con ánsia loca,
y en la traidora mano que me hería
imprimió con servil idolatría
ardientes besos trémula mi boca!
Que el corazón humano
como la planta pierde
las hojas secas y la inútil rama
que el vivo sol canicular consume;
pero renace vigorosa y verde,
exuberante en flores y perfume.

XXIV

En la desierta playa
que arrulla el mar con su perpetua queja,
á la dormida luz del sol poniente,
¡cuántas veces lloré pensando en ella!

Y contemplando su ondulante lomo
de embravecidas sierpes que pelean,
sumergido en profundas reflexiones,
¡cuántas veces también me olvidé de ella!

XXV

Al contemplarte anoche en el teatro,
sobre la blanca espalda
esparcido el cabello en ondas de oro
y el contorneado seno descubierto
cual si al deleite se mostrase abierto,
lo que pasó dentro de mí, lo ignoro.
Por mis venas en ráudo desconcierto
sentí correr la sangre con fiereza,
encenderse mis ojos y poblarse
de sensuales fantasmas mi cabeza.
Y cual fiera cautiva
que sacudiendo la cadena ruge
al olor de la carne fresca y viva,
de tu gallardo cuerpo á la presencia
—marmol hermoso en carne traducido—
sentí de mis antojos sublevados
el cavernoso aullido.
Y á no ser por la gente
me hubiera echado sobre tí, demente,
y te hubiera besado
con beso interminable y convulsivo
desde tu nuca mórbida de nieve,
donde el pelo lascivo

se arremolina en lánguido desorden
como las rubias hebras que empenachan
la tierna espiga del maíz maduro,
hasta el tobillo de marfil y rosa
de donde en cono escultural arranca
tu pantorrilla contorneada y blanca.
Y tú, al sentir la eléctrica corriente
de mis avaros besos,
te hubieras entregado ciegamente
del erótico goce á los excesos.
Que no hay mujer que ante el estruendo alegre
de un concertante de ósculos de fuego
no se doblegue y sienta
hinchársele las venas, cual se inclina
con lánguido y sinuoso movimiento
y se hincha el velamen de un navío
á las caricias de traición del viento!

XXVI

De las brisas de mi patria los rumores
¡cuántas veces el recuerdo saturado
con las sales de los mares,
hasta mí sus ecos trajo!
De mi madre los sollozos y las quejas
¡cuántas veces el recuerdo saturado
con las sales de los mares
hasta mí sus ecos trajo!
Mas de tí, tirana mía, á quien adoro,
ni de besos y suspiros saturado
el recuerdo con las sales de los mares
hasta mí sus ecos trajo!

XXVII

Las penas que me matan, las dudas que me aquejan
ahóguense en la espuma y el oro del champan.
¡Oh, dadme rebosando, bullendo la ancha copa,
y tarde yo de un sueño muy largo en despertar!
Ya siento mi cabeza girar con los delirios
y las visiones tétricas que forja la embriaguez;
ya siento que mis nervios se aquietan, que me hundo
en un letargo insólito con vaga languidez.
Y todo confundido á mi cerebro afluye:
pasiones del presente, recuerdos del ayer;
las nieblas de la tarde, la luz de la mañana,
mis horas de tristeza, mis ratos de placer.
Mas ¡ay! que entre la sombra que anubla mis sentidos
levántase la imágen de mi imposible amor,
cual aparece Véspero en el oscuro cielo
al dar al mundo opaco su adiós de luz el sol.
Y lentamente aclara de mi sopor la niebla,
y vuélvese en el tedio mi alma á sumergir....
Despótico recuerdo, ¿por qué no me abandonas?
¡Oh, déjame que olvide, aléjate de mí!

XXVIII

Cuando recuerdo los felices días
que pasamos unidos,
idilios en el alma y armonías
é inextinguible fiebre en los sentidos,
y siento resonar en mis oidos
la voz de nuestras muertas alegrías....
hoy que sin fé ni calma,
cual liebre perseguida por el plomo
del cazador astuto,
corro sin norte, lacerada el alma
y el corazón de luto,
porque todo lo dieses al olvido,
mis injusticias, mis ofensas, todo,
á tus piés me arrojara de rodillas
pidiéndote perdón arrepentido!
¡Sí, perdón, aunque al rostro me asomaran
de la vergüenza los colores rojos
y saltara mi orgullo hecho pedazos....!
¡Perdón, perdón, de hinojos!
Y deja que te estreche entre mis brazos,
que se desborde mi pasión en ríos,
que me mire en el fondo de tus ojos
y que bese esos labios que son míos!!

XXIX

Al ver que se llevaban su cadáver
sentí bramar el trueno en mi cabeza,
volcarse mi razón como la ola
que empuja embravecida la marea.
Después sobre mi espíritu abatido
sus alas tenebrosas la tristeza
extendió como extiende
el cuervo moribundo su ala negra;
y los fantasmas fúnebres,
el arrebato del dolor, la queja,
el lloroso recuerdo, la congoja...
todo en la sombra espesa
que envuelve al alma que vacila y sufre,
sumióse con inquieta somnolencia,
como confunde y borra los contornos
en el lejano término la niebla...

XXX

Mi corazón, al sorprender tu infamia,
rugió una queja de dolor; mi rostro
palideció con palidez verdosa
de una llama de azufre; ante mis ojos
variaban los objetos de colores
y de formas; las lágrimas, el odio,
el grito de la carne, la blasfemia,
el perdón momentáneo... el terremoto
horrible que se siente en las entrañas,
en el cerebro, en todo,
al ver al loco amor de nuestra vida,
puro y sagrado ayer, hoy cenagoso,
en otros brazos que no son los nuestros,
fijos los ojos ¡ay! en otros ojos,
sentí al verte y no tuve
para matarte ni vigor ni arrojo!
Y me alegré después, pasado el tiempo,
ya muerta la pasión, muerto el encono...
Las penas del amor duran un día...
En cambio duran mucho las del Código...

XXXI

Soñaba que mi padre
había vuelto á la vida,
y le escuché que hablaba con mi madre
con voz á un tiempo alegre y dolorida.
Al preguntar por mí salté del lecho,
el alma llena de sorpresa y llanto,
y al abrazarle con abrazo estrecho
y darle muchos besos en la frente,
hallé tan sólo con tristeza y frío
que todo fué un fantasma de la mente,
de un sueño el imposible desvarío!
¡Oh realidad ficticia de los sueños!
¿Por qué te desvaneces tan de prisa
y haces al alma lacerada el blanco
de los punzantes dardos de tu risa?
¡Soñar con la esperanza, voz vacía
que el corazón en sus torturas nombra
y que jamás á realizar alcanza!
¡Soñamos con la luz y la esperanza
y siempre despertamos en la sombra!

XXXIII

Pretendes abatirme,
y yo, como la mole de granito
en cuya cima la tormenta ruge,
impasible te miro.
Tu orgullo enfurecido se retuerce,
como la llama de voraz incendio,
ante el sordo monólogo de tumba
de mi glacial silencio.
Si es cierto que me quieres,
desciende á mí como desciende el rayo,
y la montaña de mi orgullo entónces
verás rodar en veinte mil pedazos!

XXXII

El oprimido pecho
cuando estoy junto á tí se me dilata,
y de tus besos al calor me olvido
de este pesar inmenso que me mata.
Llora conmigo, llora, si no es cierto,
amor de mis amores, que me engañas,
é infúndeme calor con tus caricias
que siento mucho frío en las entrañas!

XXXIII

Pretendes abatirme,
y yo, como la mole de granito
en cuya cima la tormenta ruge,
impasible te miro.
Tu orgullo enfurecido se retuerce,
como la llama de voraz incendio,
ante el sordo monólogo de tumba
de mi glacial silencio.
Si es cierto que me quieres,
desciende á mí como desciende el rayo,
y la montaña de mi orgullo entónces
verás rodar en veinte mil pedazos!

XXXIV

Están los vicios míos tan mimados,
que cuando los reprimo
con mi virtud disputan y la ultrajan...
¡Y vencen siempre á mi virtud mis vicios!

XXXV

En el turbión revuelto de la vida,
¿qué soy yo? Una molécula perdida
que de ignorado polvo se levanta,
y que será mañana, convertida,
el germen de un insecto ó de una planta!

XXXVI

¿Qué me podrás contar que yo no sepa?
¿Qué cosa que me asombre?
Cada hombre es una masa de inmundicias
formada con las sobras de otro hombre.

XXXVII

Al través de las blancas colgaduras
de la mullida cama en que dormimos,
al despertar por las mañanas veo
dibujarse el fantasma del fastidio.
Que no hay amor, por lúbrico que sea,
por grande y duradero
que nos le finja el corazón iluso,
que no termine al fin en un bostezo!

XXXVIII

Noche-buena, Noche-buena,
y para mí noche mala...
¡Qué indigestión de recuerdos,
qué borrachera de lágrimas!

XXXIX

¡Que no te quiero más que para el goce
brutal de los sentidos...!
¿Qué eres tú, qué soy yo, sino el momento
fugaz de dos placeres confundidos?

XL

A veces de lo oscuro de mi alma
brota el recuerdo tuyo,
como la luz fosfórica que surge
del fondo de un sepulcro.
Que es fuego fátuo á veces
de los amores muertos el recuerdo:
brilla ténue y fugaz, pero se apaga
en la siniestra sombra del misterio.

XLI

Por mucho que me arrojes iracundo
con la onda de la envidia enormes piedras,
no lograrás mover, oh pobre idiota,
la mole de mi enorme indiferencia!

XLII

Acabo de leer un libro, hermosa
explosión de idealismo:
habla de la virtud, del heroismo.....
¡Lástima que esas cosas tan bonitas
estén tan sólo en el papel escritas!

XLIII

¡Qué suplicio el del hombre!
¡Vivir esclavo siempre de sí mismo;
ver todo siempre con los mismos ojos
y oirlo todo con el mismo oido!
Llorar del mismo modo;
sentir siempre calor ó siempre frío;
echarse bocabajo ó bocarriba;
tener siempre los mismos desvaríos;
soñar lo que soñó la noche antes,
comer, beber, dormir, siempre lo mismo!
. . . . . .
¡Quién pudiera cambiar por breves horas
de contextura, corazón y espíritu!

XLIV

¡Quién, por felíz que se tenga,
no lleva dentro del alma,
en la capilla ardiente de los recuerdos,
el cadáver querido de una esperanza!

XLV

Ayer, loco, impaciente,
tus amorosas cartas aguardaba,
y una vez, dos y cien las devoraba
con el semblante adusto ó sonriente
según, Inés, que en ellas palpitaba
la helada burla ó la pasión ardiente.
Y hoy yacen empolvadas
cual fósiles de amor y confundidas
con otras muchas cartas olvidadas,
reliquias de pasiones fementidas.
—«Te quiero con locura... ¡Oh cuán felices!...»
No sigas que es mentira tu cariño
y es mentira, mujer, cuanto me dices....
Duerman el largo sueño de lo inútil
signos falaces que trazó tu pluma
y que borró tu corazón liviano,
cual deshace el oleaje del océano
los níveos copos de su propia espuma.

XLVI

Dices que yo no sufro
porque de todo, al parecer, me río:
el dolor no se vé..... ¡Si tú supieras
como tengo yo el alma, ídolo mío!
No te extrañe la risa
que en mi faz se dibuja á toda hora,
¡que las risas á veces son las lágrimas
del alma hecha pedazos que no llora!

XLVII

Te perseguí como persigue el lobo
al cordero, al través del bosque, aullando;
y tú me desdeñabas, y aturdido
iba yo tras de tí como un sonámbulo.
Y al alcanzar de tí lo que anhelaba,
después de mucho ruego y mucho llanto,
me fuiste indiferente y repulsiva.....
¡Por qué no me seguiste desdeñando!

XLVIII

Cuando un dolor hondo y fuerte
nos hace hasta maldecir
del mundo y de nuestra suerte.....
¡qué horrible sería el vivir
si no existiera la muerte!

XLIX

En el cieno del vicio te revuelcas
y estoy de tu hermosura enamorado.....
¡Oh miserable carne que te arrojas,
en busca de la carne, hasta on el fango!
Sé que tienes el alma envilecida
y que al amor tu corazón no late,
y te busco frenético y lascivo
como el chacal famélico, la sangre!

L

Cual se refugia en su escondida choza
el campesino cuando el cielo torvo
tempestad amenaza, yo, en el antro
de mi silencio, mi desdén escondo,
cuando la negra nube
de la injusticia sobre mí se cierne,
y el trueno sordo de la vil calumnia
con rumor subterráneo el aire hiende.

LI

Me separé de tí, tras larga lucha,
con la cabeza hirviendo;
hallé en la calle una mujer, seguía,
y satisfice mi sensual deseo.
Después, al verme solo,
recordé con vergüenza aquel arranque:
¡pedirte de rodillas
lo que se vende á voces por la calle!

LII

A mi nerviosa musa
no pidas idealismos ni purezas,
ni fervorosos cantos de alegría:
pídela que te cuente sus tristezas
con la llorosa voz de la elegía.
Que quien nació llorando
y del llanto las fuentes tiene secas,
si reir pretendiese, reiría,
como una calavera, haciendo muecas.

LIII

Como el artista que abrasado en fiebre
imprime al marmol femeniles formas,
y luego llora ante sus piés de hinojos
al notar que no hierve en sus arterias
la sangre ni la luz brilla en sus ojos,
ni al férvido entusiasmo que le inspira
responde con ternezas ni sonrojos,
tal yo, de arrebatado amor henchido,
en vano busco en tí, calenturiento,
de la pasión del alma el ardimiento,
del beso interminable el blando ruido,
y el fuerte abrazo y la caricia impura...
que tú, como la estática escultura,
¡ni tienes corazón ni le has tenido!

LIV

Hoy en mis brazos, Inés querida,
mañana en brazos de otro rendida...
¡Ruede la bola!
y así te pasas, Inés, la vida,
de playa en playa, como la ola.

LV

Al pasar por tu calle y ver tu casa
desierta y en silencio,
allí donde sonaron tantas veces
confundidos tus besos con mis besos...
la tristeza sentí del desterrado
que retorna después de largo tiempo
al hogar y se encuentra
solitario el hogar, mudo y desierto!

LVI

Que por qué no te cuento mis secretos
á tí, mi amada, mi mejor amiga...
Porque, muerto este amor, ¿quién no sospecha
que mañana los sepa el que me siga?

LVII

Eras pobre y honrada y me querías
y me burle sin compasión de tí;
en el vicio ahora vives y te amo
y te burlas de mí!

LVIII

No te muevas, mi amor: absorto y mudo
deja que te contemple
en tu gallarda desnudez hermosa,
y que escudriñe con hambrientos ojos
los átomos de rosa
que de tu piel sobre la tersa nieve
con ritmo tentador tu aliento mueve.
Deja que por tu seno marfileño,
mórbido y tembloroso
se deslicen mis manos convulsivas
cual si pulsasen con amor un arpa,
y que en tus ojos húmedos y verdes,
donde la tarde su nostalgia bebe,
se refleje el incendio de mis ojos,
cual se refleja en el dormido lago
en cuyo fondo el musgo verdeguea,
de una puesta del sol los rayos rojos.
¡Qué hermosa ante mis ojos apareces,
y cómo al escuchar mis alabanzas
tiemblas como el azogue y palideces!
. . . . . .
¡Y pensar que ese cuerpo de alabastro,
lleno de juventud, radioso y fuerte,
ha de dormir mañana, como todo,
en el regazo hediondo de la muerte!

LIX

Cuando el pesar me abruma
quisiera que conmigo
se entristeciese todo, mar y tierra;
y al levantar la frente
anubarrada, tétrica y sombría
y ver el cielo azul, indiferente
á mi dolor, querría
que confundida y rota se sumiera
en pavorosa oscuridad la esfera!

LX

No te envanezcas porque aquella noche
me sorprendiste, á mi pesar, llorando:
no fué por tí, porque me entró en los ojos
el humo del cigarro.

LXI

Lo que otros solicitan noche y día
que lo desprecie yo, mujer, te extraña.
¡Si con todas las cosas que desprecio
se puede levantar una montaña!

LXII

En la enlutada sala, entre blandones,
sobre un túmulo estaba su cadáver....
Al recordarlo aún suspiro y lloro.
Aquél era el cadáver de mi padre.
En hombros el sarcófago sacaron,
y al escuchar entre el rumor confuso
del cortejo los gritos de mi madre,
¡sentí rodar por mi cabeza el mundo!

LXIII

Yo que huyendo del ruido ciudadano
en la callada soledad campestre
refugio busco en vano,
¡con qué dolor tan hondo
en este solitario apartamiento
del corazón en el oculto fondo
el sollozar de mis tristezas siento!
La noche que impalpable se avecina
y envuelve en el misterio la llanura,
y convierte los árboles en trasgos,
y traza en el espacio fugazmente
con su pincel de sombras
vagos contornos y confusos rasgos;
el viento que al pasar por el ramaje
ó se lamenta ó grita de coraje;
la luz que serpentea
en los turbios cristales de la charca;
el zumbar del insecto que aletea;
el concertante de confusos ruidos
que cual orquesta de hojas
con monótono ritmo entona el bosque....
todo conspira á entristecer el alma

que sola y sin amor, con sorda queja,
contempla dolorida
la esperanza que pálida se aleja
y en su triste partida
luminoso reguero
en la memoria de recuerdos deja,
como el surco de espuma y esmeralda
que audaz la nave en su revuelto curso
traza del mar en la rugosa espalda.
Quede la paz del campo
para el que lleve paz y amor consigo
y en ella busque silencioso abrigo;
que yo me vuelvo á donde el sordo estruendo
de la social batalla
aturda este pesar que me avasalla,
como el ronco tumulto del oceano
del náufrago infeliz el grito acalla!

LXIV

No maldigas de haberme conocido
cual maldice del déspota el esclavo,
ni llores al pensar en tu marido:
si conmigo no hubiera sido, al cabo,
con otro, que es igual, hubiera sido.

LXV

Cuando escucho una música lúgubre
se me llenan los ojos de lágrimas,
y me pongo á pensar, sin quererlo,
en mi madre, en la muerte, en mi patria!

LXVI

En el brillante alcázar de mis vicios
entraron mis virtudes una tarde,
lento el andar, sin expresión los ojos
y dolorido y pálido el semblante.
—¡Cuánto tiempo sin veros! ¿Dónde andábais?—
—¡Vagando, en busca de un hogar, en balde!—
—Y ¿qué me traeis de nuevo?—Lo de siempre:
pobreza y soledad.—Pues buenas tardes.

LXVII

Tu retrato besé tanto
y tanto sobre él lloré,
que con mis besos y con mi llanto
tu hermosa imágen casi borré.
Y ahora, cuando le veo,
—ya aquel amor muerto en mí—
hallo tu rostro, mujer, tan feo,
que friamente me echo á reir.

LXVIII

Cuando supe la noticia
de la muerte de mi perro,
lloré como se llora
cuando muere un amigo de los buenos.
El era un buen amigo; altivo y fiero
con los extraños y conmigo humilde;
á mis agrios desdenes contestaba
con alarido triste
que terminaba en un aullido alegre,
y meneando la cola
se arrastraba á mis piés humildemente;
á la inversa de tí que á mi cariño
respondes con perfidias ó desdenes.....
¡Oh corazón humano,
que al que te quiere mal es á quien quieres!

LXIX

Roto el altar, el ídolo caído,
¿á dónde, ingrata, dime, á dónde iré,
que el tedio y el pesar no me persigan,
sin religión, sin ídolo y sin fé?

LXX

¡Experiencia, experiencia...! ¿de qué sirves
si á cada nuevo amor, sin darme cuenta,
cometo las locuras
que cometí al amar por vez primera?

LXXI

No sé lo que sentí cuando te dije
que todo terminaba entre los dos.
¡Solo sé que lloré mucho esa noche
y que por poco pierdo la razón!
¡Cómo olvidarte si en mi boca aun siento
de tus quemantes besos el ardor;
si aun suena blandamente en mis oidos
el eco voluptuoso de tu voz!
Si aun junto á mí te busco
en la revuelta cama al despertar;
te busco y no te encuentro y sollozando
—¡dónde estás!—te pregunto—¡dónde estás!—
¡Si aun oigo que me llamas *amor mío*
con la mirada toda fija en mí;
si aun los celos me muerden en el alma
y pienso á todas horas mucho en tí!
¡Y eres tú la que ayer entre mis brazos
me jurabas amor!
O tus labios mintieron ó tú finjes
y padeces acaso como yo...
.....
Todo cambia ó se extingue: á la mañana

brilla en oriente esplendoroso el sol,
y á la tarde se oculta en el ocaso
con trémulo fulgor.
Nace el amor entre ilusiones de oro,
lleno de luz y fé,
y muere entre las sombras del olvido
sin congojas ni lágrimas tal vez....
Si mañana sintieras en tu alma
nacer otra pasión,
¡que no lo sepa yo, luz de mi vida,
que no lo sepa yo!

LXXII

¡Venga la noche tempestuosa y negra
y en la embriaguez sumido de la orgía,
con el semblante lívido y el alma
entumecida, me sorprenda el día!
¡Venga el licor ardiente que me abrase
y aturda locamente mi cabeza.....
Apáguense las luces y comience
la horrible bacanal de mi tristeza...!

LXXIII

Del sol poniente el mortecino rayo
sobre la blanca nieve se adormece...
¡Un duo de nostálgica tristeza
que solo escucha el alma que padece!

LXXIV

Si en los necios que finjen desdeñarme
influyese el desprecio que me inspiran,
como el perro ante el amo que le ultraja,
al pasar junto á mí se arrastrarían.

LXXV

Piensas que honrada eres
porque estás en la cumbre....
¡La lechuza tambien levanta el vuelo
y á la empinada cima tambien sube!

LXXVI

Por donde quiera que vamos
con la muerte nos hallamos,
con la muerte y el misterio,
y entre lágrimas la vida nos pasamos,
enlutando nuestras almas, ensanchando el cementerio!

LXXVII

Si entre mi madre y tú me colocáran,
dudaría un momento.
En cambio tú.... Pero ¿porqué te digo
yo estas cosas que pienso?

LXXVIII

Entré en el baile, la mirada en torno
giré de la revuelta muchedumbre
y no ví á nadie y al salir me dije:
—¡Ay, cuán sola está el alma cuando sufre!—

LXXIX

De rodillas ayer, llorando á mares,
tu amor, que me mataba, imploré en vano.....
Hoy me pides amor y te desprecio:
¡no hay tirano mayor que el que fué esclavo!

LXXX

Pensaba, con acento dolorido,
contarte mis pesares aquel día;
me recibiste con punzantes burlas,
y se trocó en sainete la elegía.
No sé si aquella noche
sufriste con mis sátiras acerbas;
sólo sé que después me recibías
más grave que una fiebre tifoidea.

LXXXI

Sé que la muerte es ley, que cuanto alienta
tarde ó temprano en polvo se convierte....
¿Por qué, pues, el dolor nos atormenta
cuando al sér que queremos
nos arrebata sin piedad la muerte?

LXXXII

¡Si supieras las veces que te he besado
delante de tu esposo sin que me viera!
¡Oh beso de los ojos apasionado,
que impalpable te posas en donde quiera,
sin respetar virtudes, edad ni estado!

LXXXIII

A la sombra de hojosos y verdes plátanos,
al murmullo del río que haciendo eses
entre guijas, malezas y enormes piedras
tan pronto se soterra como aparece,
respirando el aroma que exhala el bosque,
mostrándome tu seno blanco y turgente,
encendidos los ojos como dos brasas,
esparcido el cabello sobre tus sienes....
¡qué tarde de deleites la que pasamos,
qué abrazos los que nos dimos tan fuertemente,
qué besos los que estallaron en nuestras bocas
tan ruidosos, tan largos y tan ardientes..!
.....
¡Y hoy me ves y al recuerdo de aquella escena
ni se nublan tus ojos ni te enrojeces!

LXXXIV

De tu mirada desdeñosa y fría
sentí llegar la luz al alma mía,
como en tarde de invierno
llega la luz, amortiguada, incierta,
al través del cristal, al fondo oscuro
de una medrosa habitación desierta.

LXXXV

Después de haber leido muchos libros
he venido á sacar en consecuencia
que lo mejor de todo
es pasarse durmiendo la existencia.

LXXXVI

Quiero olvidarte, Inés, pero ¡ay! que al verte
y pensar que me amaste en otro tiempo,
se me sube el amor á la cabeza
y siento congestiones de recuerdos!

LXXXVII

En brazos me entregué de las mujeres
para olvidar mis penas,
y en borrascosas noches de placeres
gasté la hirviente sangre de mis venas.
¡No más á mi cerebro enloquecido
la sangre afluya en abrasantes olas!
¡Dejadme descansar, que estoy rendido!
¡No más besos de amor, dejadme á solas!

LXXXVIII

Tú al proscenio mirabas distraida,
y yo, con mi lascivo pensamiento,
te desnudé, te contemplé rendida,
te abracé, te besé calenturiento.....
Cayó el telón, volviste la mirada,
y te fuiste después sin saber nada.....

LXXXIX

Si quieres dominar el necio orgullo
que te devora el pecho,
visita el cementerio diariamente
y pásate una noche con los muertos!

XC

¡Qué abismo de misterios
debes llevar oculto en la conciencia!
¡Y cómo el remordimiento en tus pupilas
se retuerce y flamea!
Si duermes, te despierta convulsiva
el monólogo sordo de tus culpas,
y airada te rebelas y maldices
y con tus propios pensamientos luchas!
. . . . . .
¡Quién disecar pudiera sobre un mármol
las fibras de tu alma, una por una!

XCI

Bajo el ramaje oscuro de aquel arbol
donde de amor me diste tantas pruebas,
reflexionaba yo de noche, solo,
más sólo que el dolor en la pobreza:
Nada es fijo y estable, todo cambia...
Mas ¡ay! que en la memoria sólo queda
del dolor el recuerdo, en la alegría,
del placer el recuerdo, en la tristeza!

XCII

¡Si supieras lo que odio tu recuerdo!
Pues no me tiene, hasta que rompe el alba,
con los ojos abiertos como un loco,
dando vueltas y vueltas en la cama....

XCIII

No me duele tu desden
ni me preocupa siquiera,
que nunca falta quien quiera
si se paga pronto y bien.

XCIV

De tus recuerdos la bullente ola
chocó en mi corazón empedernido,
y fué á morir despues, doliente y sola,
en la desierta playa del olvido.....

XCV

¿Quién puede ser feliz cuando entre el ruido
y la luz y el placer del mundo advierte
que lleva en las entrañas escondido
el misterioso germen de la muerte?
Es el ruido fugaz, pronto se extingue
el placer, y, ya muertos los antojos,
el alma envejecida no distingue
si es luz ó niebla lo que ven los ojos.

XCVI

Sobre el tablado de mi orgullo un día
agarroté mis afecciones todas,
y aún miro desfilar en mis recuerdos
de aquellas pobres víctimas las sombras.

XCVII

Si despierta la miro, me figuro
que está pensando en otro de seguro;
y si dormida, en sospechar me empeño
que mi presencia la produce sueño.
¡Cuánto mejor que despierta
ó dormida estaría muerta!

XCVIII

¡Amor! ¿Quién cree en el amor?
Al principio mucho ardor
y después viene el hastío,
como detrás del calor
viene el frío.

XCIX

El canto melancólico del gallo
¡qué tristemente suena
en esas largas horas de la noche
pobladas de recuerdos y tristezas!
¡Qué tristemente suena
el canto melancólico del gallo
cuando la luz del alba nos sorprende
despiertos todavía y meditando!
El canto melancólico del gallo
¡cuán tristemente suena
cuando la hora de la ansiada cita
de nuestro amor primero nos recuerda!

C

Soñar... ¡Pueril candidez!
si después, al despertar,
nos hemos ¡ay! de encontrar
con el dolor otra vez.
Que es tal el lazo de amor
con que al dolor nos unimos,
que en la muerte nos dormimos
al arrullo del dolor...

CI

Recónditas pasiones
que sordamente rugen en el alma;
lágrimas que no asoman á los ojos
y cual aceite hirviendo en las entrañas
caen gota á gota; comprimidas quejas
que mueren aleteando en la garganta;
pensamientos que bullen en el cráneo
con el ronco rumor que forma el agua
encarcelada en el caliente molde;
hondas tristezas, inefables ánsias;
nubarrón de recuerdos que ennegrecen
el cielo azul de una esperanza vana;
eróticos deleites
que dejan sólo acíbar en el alma
y cansancio en el cuerpo
y enturbian la razón y la enmarañan;
dudas engendradoras de otras dudas;
memorias que se van anubarradas
en las capas de polvo del olvido;
ayes, risas, verdades y fantasmas...
.....
¡Quién pudiera vivir sin pensamiento
como la piedra, el pájaro ó la planta!

CII

Quisiera en el paroxismo
de mi desesperación
arrancarme el corazón
y pateármele yo mismo.
¡Y que el dolor me desangre!
¿A qué tener en el pecho
este pedazo deshecho
de carne enferma y sin sangre?

CIII

Cuando me remitieron el ataque
que en un diario me dabas sin razón,
estaba yo embebido contemplando
una puesta del sol.
Y perdóname, oh Zoilo,
que tus agrias injurias no leyera...
En aquellos momentos
¡estaba yo tan lejos de la tierra!

CIV

Las torpes tentaciones de tus noches
tu pensamiento vírgen desfloraron,
y en la revuelta cama despertaste,
la mirada febril, el rostro pálido;
te miraste al espejo, el blanco seno
con temerosa agitación temblando;
la curvatura de tus formas griegas
reprodujo el cristal enamorado,
y te arrojaste demudada y fría
sobre el caliente lecho solitario.
La alcoba hallaste á tu ansiedad estrecha,
y lésbicas miradas fulminando
sobre un retrato de mujer, dormida
quedaste trás un ¡ay! acongojado.....
. . . . . .
A la tarde siguiente
te ví entrar en la iglesia sollozando;
después te ví de hinojos
junto á un confesonario.....
¡Cuánto mejor que un cura hubiera sido
un poco de bromuro de potasio!

CV

Pensé darte la muerte, arrebatado
de celos y de cólera;
y al llegar hasta tí, lívido y fiero,
me dió lástima verte tan hermosa!

CVI

Tanto penar ¿para qué?
¿Y para qué tanta guerra?
¡Para servir de pasto á los gusanos
y de abono á la tierra!

CVII

Al encontrarla se me heló la sangre
y arrojarme á sus plantas intenté;
pero altivo el orgullo interponiéndose
me dió en el corazón un puntapié.

CVIII

¡Cuánto lloramos al separarnos,
cuánto sufrimos!
¡Y hoy nos hallamos y nos miramos
como dos séres desconocidos!

CIX

El corazón gimiendo de amargura;
el alma de rodillas suplicando,
el rostro indiferente y la blasfemia
como dormida víbora en los labios.
Pero ¡ay! que llega un día en que el gemido
se trueca en maldición ó en arrebato;
en pié se pone el alma
y la blasfemia se convierte en rayo!

CX

Por ver si resucitas el cadáver
de mi amor, me das celos todavía,
y el amor que murió de sufrimiento,
con nada, ni con celos, resucita.

CXI

Doblaba la campana lentamente
llamando á la oración,
y de mis ojos abundosas lágrimas
corrieron ¡ay! al escuchar el són!
Que quien la muerte sin consuelo llora
de un padre á quien amó,
no puede oir sin lágrimas ni angustias
el misterioso toque de oración!

CXII

La naturaleza aislada
frente á frente con el hombre:
abajo, mares y tierras;
arriba, nubes y soles.
Si dá gritos desde abajo,
nadie de arriba responde;
si dan gritos desde arriba,
nada de abajo se oye;
y mientras tanto la muerte
lleva la vida á remolque
entre los ruidos del día
y el silencio de la noche...

CXIII

Todo acabó sin ruido...
La tempestad que amenazaba el cielo
anubarrado y torvo,
se evaporó en silencio.
Mas ¡ay! que aun en el alma
vaga lloroso el último recuerdo,
como vaga en la esfera
de la tormenta el estertor postrero.
Frenéticos abrazos,
besos avaros, punzadores celos,
arrebatos de ira...
¡todo en la noche del olvido ha muerto!
No ya ante aquellas formas
que enamorado cinceló el deseo,
se agolpará la sangre
en oleadas de fuego á mi cerebro.
Ni ya de aquellos ojos
rendido por el dulce pestañeo,
se doblará mi orgullo cual se dobla
el duro hierro sometido al fuego...
De tanto loco amor sólo una cosa
no morirá jamás en mis recuerdos:
tus ofensas que duermen retorcidas
cual sierpes en el fondo de mi pecho...

CXIV

Para llegar arriba ¡cuánta lucha,
y cuánto desengaño y cuántas lágrimas!
Se llega, sí; pero se llega viejo,
sin fe, sin corazón y sin entrañas,
y dejando un reguero de cadáveres
que fueron ilusiones y esperanzas!

CXV

La horrible noche en que murió mi padre
me emborraché para olvidar mi duelo;
allí, solo, en mi cuarto, dando tumbos
me arrojé sin sentido sobre el lecho.
Y ví pasar ante mis turbios ojos
el fúnebre cortejo;
escuché las campanas que doblaban
con pavoroso acento,

y ví al sepulturero indiferente
cavar la fosa y soterrar al muerto!...

. . . . . .

Una mueca infernal, la horrible mueca
del dolor que no llora y se retuerce
en el hinchado corazón sin sangre,
como se enrosca herida la serpiente,
se dibujó en mi rostro amarillento
así que despertaba de mi fiebre...
Abrí los ojos secos y abrasados,
y aparté de mi frente,
sudorosa y helada, el torbellino
de pensamientos negros y rebeldes
que confundidos con mi negro pelo
parecían tomar forma y relieve.

Al hallarme en la sala ante el cadáver,
cualquiera hubiera dicho
que mi padre era un hombre que dormía,
yo un cadáver en pié, triste y sombrío,
que velaba su sueño
como la estátua inmóvil del martirio.

CXVI

¿Por qué te conocí, mujer, responde?
¿Por qué de tu hermosura arrolladora
arrastrar me dejé como se deja
por el viento arrastrar la seca hoja?
¡Quién al lobo pregunta
por qué se enciende en amoroso celo
y de la hembra que azorada huye
va en pos aullando arrebatado y ciego!

CXVII

En el dorado globo de mis sueños
me remonté una tarde,
y tuve que bajar, llegado arriba,
porque sentí que me faltaba el aire.

CXVIII

Porque eres buena y pura y cariñosa
no me inspiras amor, pero te alabo;
porque eres mala, altiva, pero hermosa
me tienes á tus piés como un esclavo.

CXIX

Cuando tu cuerpo por la calle ondula
sordo rumor de admiración levantas;
y yo, que te he gozado tantas veces,
¡ni siquiera me fijo cuando pasas!
Tú, desdeñando el popular aplauso,
con los ojos me buscas anhelante...
que á veces el desden, como el abismo,
con misteriosa fuerza nos atrae.

CXX

Si no te cuento á tí, madre querida,
las hondas penas que mi sér abaten,
¿á quién he de contarlas si no tengo
fé ni confianza en la amistad de nadie?
No sabes ¡ay! lo que me angustia el alma
verme tan solo y de tu lado lejos,
sin sentir la opresión de tus abrazos
en estas tristes noches del invierno.
Maldigo y lloro mucho, pero nadie
sabe que lloro y que maldigo mucho,
porque el dolor ajeno, madre mía,
no encuentra resonancias en el mundo!
Busqué pasión en la mujer, y sólo
hallé la fiebre de sensuales ansias;
las ví de noche alegres sonreirme,
abrazarme frenéticas y pálidas,
y al despertar las ví tristes, sombrías,
mústio el carmin de sus semblantes laxos,
volviéndome la espalda entre bostezos
y desdeñosos gestos de cansancio!
Busqué al amigo cariñoso y noble
y hallé en su afecto oculta la perfidia

como aquél que al oler fragante rosa
sutil veneno, sin sentirlo, aspira.

. . . . . .

. . . . . .

Con hipócrita máscara me burlo
de todo, madre, incluso de mi mismo,
y rien mis *amigos* al oirme,
¡y creen que soy feliz porque me río!

CXXI

¿Por qué tan tarde vienes, dulce sueño,
á mis inquietos ojos que te aguardan
como aguarda el amor la ansiada cita
en la medrosa noche solitaria?
Ven, oh sueño, y esparce
con el blando susurro de tus alas
las negras mariposas que aletean
en torno de mis sienes abrasadas.

CXXII

Noto, mujer amada,
que aquel inmenso amor que me tenías
se va muriendo en tí como se muere
lentamente la luz de una bujía.
Déjame que recoja
su postrer convulsión, su último aliento,
y en hombros su cadáver,
del desengaño en el sudario envuelto,
llevaremos los dos al camposanto,
quizá llorando yo, tú sonriendo...!

CXXIII

De mi dormido corazón pretendes
penetrar en el fondo.
Y es que no sabes que le tengo envuelto
en una capa de tristeza y odio.

CXXIV

Podrá cegar mis ojos tu hermosura
y hacer hervir la sangre en mi cerebro;
pero al pensar en que te apesta el alma
vuelvo asqueado la cara y te desprecio!

CXXV

Ya he dicho que cuando muera
me entierren junto al sepulcro
de tu madre;
así, tal vez, amor mío,
no podrás tan fácilmente
olvidarme.

CXXVI

Entre él que te da al contado
un dinero mal ganado
y yo que te doy... amor,
coge el dinero mejor,
que el amor anda tirado.

CXXVII

Esculturales formas en que duerme,
satisfecho y no harto,
como en lecho de marmol, el deseo;
melancólicos ojos en que vagan
miradas indecisas, como el rayo
postrero de la tarde
que entre sombras, con lánguido desmayo,
disuelto en hilos de oro apenas arde...
todo es en tí patético y hermoso:
que hasta en el mismo vicio en cuyo seno
te revuelcas con lúbrica pereza,
el corazón de tempestades lleno,
esplende la belleza
como viven las flores en el cieno.

CXXVIII

¿Qué es el amor, esa terca
fiebre que mata ó anima?
Un hombre que se aproxima
y una mujer que se acerca.

CXXIX

Conté mis pesadumbres á un amigo,
y él me contó las suyas en seguida;
buscabamos consuelo, pero en vano:
¡ni yo escuché sus penas... ni él las mías!

CXXX

De tu lujosa vida de placeres,
¿qué quedará mañana, Inés querida?
¡Un montón de recuerdos luminosos
humeando entre cenizas!

CXXXI

Vivir, llegar á viejo y ser un necio.
¿A que el resto de vida que te queda
no se lo dás á nadie á ningún precio?

CXXXII

No sé lo que busco,
no sé lo que quiero...
sólo sé que me paso la vida
soñando despierto,
fumando cigarros
y burlándome de todo lo que veo.

CXXXIII

La sorprendí en los brazos de otro amante,
y tan rudo estallar quiso mi enojo,
que, sin poderme reprimir yo mismo,
lancé una carcajada, como un loco.
Me sorprendió en los brazos de otra amante,
y se quiso vengar con tanta mofa,
que, cayendo á mis piés loca y convulsa,
rompió á llorar con la aflicción más honda.

CXXXIV

Entre el rumor de alborotada fiesta
tú olvidarme podrás;
pero al quedar con tu conciencia á solas
de mí te acordarás.
Tú fingirás indiferencia al verme
ó desprecio tal vez;
pero así que me aleje con tus ojos
besarás las señales de mis piés.
De otros amantes el lascivo labio
las huellas de mis besos borrará;
pero el calor en ellos infundido
ni el hielo de la muerte apagará.
Tú podrás maldecirme, abominarme
con todo el corazón;
pero olvidarme para siempre.... ¡oh nunca!
¡Si no te olvido yo!
Te quise con delirio; ¡pero cuánto
no te hice llorar!
¿Puede al tirano que de amor nos mata
olvidarse jamás?

CXXXV

Nada sospecha el infeliz; nos mira
sin celos y sin odio.
¡Ay, mujer, si él supiera
lo que estamos hablando con los ojos!
Todo lo sabe ya; vibrando rayos
de indignación nos mira con encono.
¡Ay, mujer, si él supiera
que entre nosotros terminó ya todo!

CXXXVI

Mujer que tu carne vendes
y que en torpe ardor te enciendes
fingiendo perder la calma,
tú, mujer, tú no comprendes
lo que es el amor del alma.
Amor que nace al calor
de una mirada halagüeña;
amor, inefable amor,
que hasta en medio del dolor
ostenta la faz risueña!
No esa pasión turbulenta
que de placeres hambrienta
en su apetito brutal
solamente se alimenta
de sangre, como el chacal.
Pasión que en el alma vibre,
pasión que en la sangre hierva,
pasión que convierta en sierva
á la mujer, antes libre,
y en honrada á la proterva.
Que yo no sé de otro modo
querer, ni con falso ardor
á otra pasión me acomodo:
¡que amor ó sentirlo todo
ó nunca sentir amor!

CXXXVII

Traté de suicidarme lentamente
al placer entregándome sin freno,
y de mi triste juventud las flores
quedaron esparcidas en el cieno.
Y hoy arrastro sin fe, sin ilusiones,
este pesado fardo de mi vida,
como á la res arrastran por el ruedo
después de muerta en la sangrienta lidia.

CXXXVIII

No á compasión ni á caridad me mueve
la sociedad, abyecta y egoista:
ni con sus penas lloro ni me río
con sus nerviosos raptos de alegría.
¿Acaso mis tristezas, mis pesares
logran mover su corazón de piedra?
¿Llora ella acaso cuando yo me quejo,
y con mis horas de placer se alegra?

CXXXIX

Humillarse y rogar á todas horas,
besar la mano infame que nos hiere,
pagar con el halago los desprecios...
¡así se llega á ser lo que se quiere!
Tener vergüenza y méritos; negarse
á doblar la rodilla y ser sincero,
y no pedir favores ni limosnas...
¡así no hay quien alcance á ser... portero!

CXL

El cielo se ennegrece, brama el trueno,
se retuerce el relámpago en los aires,
abren sus fáuces lóbregas las nubes
y á torrentes sonando el agua cae.
Mi corazón solloza, se anubarra
la noche sin aurora de mis penas..
¡y de mis secos ojos
no brota ni una lágrima siquiera!

CXLI

Cuando airado el infortunio
por la espalda herirme quiere,
con una copa en la mano
y volviéndome de frente,
tomando un sorbo, le digo:
—¡A tu salud, buen amigo!—

CXLII

—¡Él ó yo!—la dije—escoge.—
Y no contestó palabra.
Él con dinero; yo, en cambio,
con mucho amor en el alma...
¡Amor, amor! muy bonito;
pero ¿quién paga la casa?

CXLIII

Vemos en el teatro una comedia
en que figuran seis ó siete pillos;
(la tal comedia, segun dicen todos,
es un dechado hermoso de realismo);
y todos la aplaudimos, pero nadie
se dá por aludido.

CXLIV

Rendido, harto de carne, entre tus brazos
dormido me quedé. Despierto y siento
tu ardiente labio sobre el labio mío...
¡El beso del amor, de amor sediento,
sobre el helado labio del hastío!

CXLV

—Ayer la ví en los brazos
de tu enemigo,
y oí que le llamaba
«querido mío»...
—¡Psí! ¿Qué me importa?...
¡Pero, hombre, que te entretengas
en esas cosas!

CXLVI

¿Quién quita que mañana sobre mi fosa
(¡oh vida humana!)
venga un perro y me huela
y alce la pata...?

CXLVII

Amas á otro y me juras
por tu madre que me quieres.
¡Vaya un modo de querer
ó de mentir el que tienes!

CXLVIII

La noche estaba lóbrega;
silbaba ronco el viento,
y ví danzar fantásticos
en el espacio una legión de espectros.
—¿Quiénes sois?—pregunté convulso y lívido—
y oí tras una enorme carcajada:
—¡Somos tus pensamientos
que andamos esta noche de parranda!

CXLIX

Pensé que tu amistad era oro puro
—¡era tan niño y candoroso entónces!—
pero advertí en mis manos, aunque tarde,
verdosas manchas de apestoso cobre.

CL

De las pasiones el hirviente oleaje
alza en vilo y azota
la barca de mi vida,
y en el revuelto piélago perdida
dando tumbos aun flota
por tempestuosos vientos combatida,
roto el velámen y la quilla rota!

CLI

La red tendióme de sus hechizos
y el corazón en ella me aprisionó
como insecto en las redes de astuta araña,
y cual ésta al insecto me consumió.

CLII

Lejos, muy lejos, del tumulto humano,
con su alegre y hermosa compañera,
en el agreste asilo
que esconde la frondosa enredadera,
pasa la vida el rústico tranquilo.
Ni el llanto acerbo ni la oculta pena,
ni la ambición ni el odio
tornan su faz de rozagante en mústia,
ni azorado despierta en la alta noche
el pecho ardiendo en inefable angustia.

¡Oh, tú, que vives, campesino, alegre,
en envidiable calma
á tu labor monótona entregado,
tén lástima del mísero que busca
de la ciudad entre el fragor inmenso
en vano, en vano, la quietud del alma!
Tú no ves en la sombra
los fantasmas que forja el nervosismo,
ni en el silencio de la noche escuchas
una voz misteriosa que te nombra,
ni con la duda ni el recuerdo luchas!
Tú el alma no te sondas,
ni en el negro y medroso subterráneo
del corazón ahondas,
ni te calcinas, en pensar, el cráneo!
Saber, saber maldito ¿de qué sirves
si tu amargo brevaje nos convierte
en borrachos que vamos
blasfemias vomitando y dando tumbos
camino de la muerte?

CLIII

Los cantos de mi patria
contienen en sus notas plañideras
las sombrías tristezas del cautivo
que llora y gime al son de sus cadenas.
El alma del proscrito,
en lágrimas bañada, al escucharlos,
ve dibujarse, al rayo de la tarde,
la fatídica sombra del tirano.

CLIV

¡Adios, adios! A la cubana orilla
no sé si volveré... Cielo radioso,
no sé si de tus rayos el incendio
otra vez sentiré, ni de tus tardes
el númen melancólico mi alma
poblará de nostálgicas tristezas.
¡Adios, adios! Cuando en la mar bravía
con roncos tumbos el vapor se pierda,
¡oh, hermosa é infortunada patria mía!
recordaré con llanto tu tristeza,
con jubilosa risa, tu alegría!

CLV

El oro derretido
de la alegre y chispeante manzanilla
se escanciaba en las cañas;
la guitarra sonaba y la alegría
centellaba en los ojos picarescos
de la garbosa chula que, encendida
la rozagante faz, al son del *cante*
con lascivo ondular se retorcía.
Las palmas y los *oles* resonaban
entre oleadas de luces y armonías;
aquí estallaba un beso que serpeando
se ahogaba entre el tumulto de las risas,
allí trémulos brazos
senos medio desnudos oprimían...

. . . . . .

De los mecheros moribundas huyen
cual sierpes encendidas
las luces retorciéndose fugaces,
y en la sombra sumida
queda la sala; lujuriosos besos,
frases entrecortadas y caricias
en la caliente atmósfera de vahos
confusamente vibran.

El tembloroso seno
cual si fuese de blanca gelatina
muestra borracha y lúbrica
la meretriz novicia...
Aquel con la chistera hasta el cogote,
abierta la camisa,
entre muecas de idiota y carcajadas
con ojos melancólicos la mira.
El uno arroja el vino,
el otro boca arriba
sobre el diván, alborotado el pelo,
errabunda la vista,
con voz aguardentosa obscenos versos
sin concierto recita...
.....
.....
El sol en el espacio
con regia pompa brilla,
abrillantando con su polvo de oro
la carne embrutecida
que entre sordos rugidos de torpeza
amontonó la orgía...

CLVI

Al sentir el ruido seco
que formaba al caer en el osario
de mi padre el cadáver aun caliente,
el corazón se me saltó en pedazos.
Forma ruido al caer un cuerpo muerto,
y al golpe del dolor embravecido
¡se rompe un corazón y no hace ruido!

CLVII

¿Quién puede penetrar en los oscuros
antros del alma femenina en donde,
cual reptil en su cueva,
adormecida la pasión se esconde?
El encendido beso
que de su labio á nuestro labio vuela
¿surge del alma como surge alada
la esencia de la flor ó sale acaso
de la carne abrasada?

El musical arrullo,
el frenético abrazo,
el lánguido lirismo
con que apacigua nuestro herido orgullo,
¿son efectos del alma enamorada
ó efectos nada más del histerismo?
¿Por qué nos quiso ayer como se quiere
lo que se va á perder y hoy nos olvida
sin que anote con lágrimas de duelo
nuestra ausencia en el libro de su vida?
¿Por qué de nuestro loco amor en pago
con su perfidia el corazón nos hiere,
y se muestra llorosa ante el desvío
y fría y desdeñosa ante el halago?
¡Filosofar, filosofar! ¡Qué risa!
Si yo soy el que goza ¿que me importa
que el volcánico beso que me abrasa
es del amor espiritual que dura
ó del amor genésico que pasa?

CLVIII

—De mi razón y de mi ciencia en nombre
niego á Dios—dice uno y arguye otro:
—En nombre de mi fé sostengo y pruebo
que existe un Ser Supremo en quien adoro.—
Y si es verdad que existe, que lo ignoro,
ese Ser, como dicen, allá arriba,
¿quién me puede negar que haciendo un gesto
con lástima nos mire y se sonría?

CLIX

Un hombre infame en el rincón de un pueblo
asesina á otro hombre con rencor,
y las flores exhalan su perfume
y en un cielo sin nubes brilla el sol.
Anhela un hombre generoso y noble
á aquella pobre víctima auxiliar,
y se ennegrece el cielo y brama el trueno,
y cae la lluvia y ruge el vendaval.

CLX

¿Quién no solloza al escuchar á solas
las notas melancólicas del arpa
que en las noches de insomnio y de tristeza
pulsa la mano del recuerdo alada?

CLXI

Todo aquello que el hombre fantasea
andando el tiempo lo realiza al cabo;
que la gota de agua
horada al fin la entraña del peñasco.
Mas de las corvas garras de la muerte
ni el poderoso ni el humilde escapan;
que todos ¡ay! sin excepción estamos
sentenciados á muerte sin alzada!

CLXII

No te quejes ni llores
porque de tí me alejo.
Adios, seca esas lágrimas,
y dame el más ardiente de tus besos.
Ya han dado la señal, el barco mueve
sus músculos de hierro...
¡Adios por la vez última, amor mío,
y déjame en recuerdo ese pañuelo!
—¿Me olvidarás?—No sé. ¿Quién vaticina
lo que puede pasar en lo futuro?
Si fueras tú la única, ¡quién sabe!
¡Mas hay tantas mujeres en el mundo!

CLXIII

Subraya las palabras con los ojos,
y en su boca de grana
—escondrijo de besos y de arrullos—
con risas lleva escrito un epigráma.
Mas ¡ay! que ahondando en ella,
bajo el velo invisible de sus risas,
duerme en el fondo oscuro de su alma,
abrazada al dolor, una elegía!

CLXIV

En un enorme piélago de sangre
amortiguado el sol se sumergía,
entre la lluvia de irisados fuegos
con que al dejarnos se despide el día.
Franjas de tierra de labor rojizas
cuyas entrañas removió el arado,
en el lejano límite morían
á la creciente sombra
de una colonia inmensa de ramajes,
cuyas oscuras notas de verdura
en el aire hormigueaban
y lóbregas visiones fantaseaban.
La extraña y balbuciente sinfonía
de indefinibles ruidos y murmullos
que entonan los insectos y las hojas,
se levantaba del vecino bosque;
aullaba triste el perro;
mugía dulcemente
con soñolientas voces el becerro,
y el rijoso caballo relinchaba
al olor de la hembra
que, indiferente, la cabeza baja,
entre rastrojos secos de la siembra,

rumiaba lenta la verdosa paja.
A la distante choza,
sobre el hombro la azada, los labriegos,
mudos y cabizbajos,
con andar tartamudo retornaban
de sus recios, monótonos trabajos.
La noche descendía
envolviendo en sus sombras el paisaje;
y el fatigoso respirar dormido,
semejante al murmullo del oleaje,
se escuchaba tan sólo de la tierra
que, preñada de gérmenes, bosteza
en su revuelto lecho de esmeralda,
al sol volviendo la montuosa espalda...
. . . . . .

CLXV

¿Por qué, por qué, naturaleza injusta,
no me devuelves mi salud perdida?
Si con salud la vida me disgusta,
¿para qué quiero sin salud la vida?

CLXVI

Yo ví el cortejo fúnebre de odios
acompañar, entre insolentes risas,
al cementerio del olvido eterno
los más grandes amores de mi vida.
Y ví al sepulturero—el desengaño—
echar la tierra en la ignorada fosa...
y el corazón sentí que se reía
con una carcajada estrepitosa...

CLXVII

Ya ni el triste consuelo
de sollozar me queda;
quiero quejarme y rujo
como enjaulada fiera.
Abrumador hastío,
cual humareda espesa,
me envuelve en los vapores
de felina pereza.
No hay luces ya en mi cielo,
ni en mi garganta quejas,
ni llanto en mis pupilas,
ni en mi cerebro ideas.
El amor ¿qué me importa?
La gloria, esa quimera
que nace con el día
y con la noche vuela,
¿qué puede con sus lauros
ni con sus voces huecas,
si ya tengo, aunque joven,
el alma triste y vieja,
el corazón marchito,
dormida la conciencia,
pero abiertos los ojos,

con la expresión siniestra
del que mira á un abismo,
al mundo de la inercia
donde la luz acaba
y la sombra comienza...!
¡Adios, dulces recuerdos
de mis pasiones muertas!
¡Adios, sueños ardientes,
sombras calenturientas
de mis noches de insomnio,
de mis luchas sin tregua!
¡Adios, alegres risas
y juveniles fiestas;
mujeres que me amásteis
con pasión turbulenta,
y en cuyo seno mórbido
con sangre de mis venas
dejé el dorado pólen
de mis puras creencias,
las larvas luminosas
de ilusiones espléndidas,
de esperanzas y ensueños
de ámplias alas abiertas...
dormid en el sepulcro
que el desengaño abriera,
á la pálida sombra
del doliente ciprés de mi tristeza...!

CLXVIII

Atrás dejando de mi patria el suelo,
surqué revueltos mares,
buscando en otro clima y otro cielo,
para mi enfermo corazón, consuelo
y pasajera tregua á mis pesares.
Mas ¡ay! en vano todo!
que aun llevo el dardo del dolor clavado
y brota pus de la enconada herida;
porque no está la pena que nos roba
lentamente la vida
ni en el mar, ni en el cielo ni en la tierra:
¡se lleva en las entrañas escondida!

CLXIX

Yo te ví despedirte,
arrasados de lágrimas los ojos,
de tu rendido amante
en cuyos brazos, trémula y jadeante,
diste suelta á tus lúbricos antojos.
Fidelidad constante
le juraste al partir, y en otros brazos,
aun el barco de tí no muy distante,
te ví enredada en amorosos lazos.
Y no te culpo, nó. ¿Quién en tu sangre
infundió tanto hierro,
tanto erotismo en tu mirada ardiente,
tanta luz en tu frente,
y convirtió las amapolas rojas
de tus labios en nido de caricias
que al contacto más leve
despiertan entre lánguidas congojas,
como despiertan las dormidas aves
al más leve susurro de las hojas!

CLXX

Ves que en lujosos trenes
luce gallarda la ramera impúdica,
y que los hombres, al pasar, se humillan,
y rinden homenaje á su hermosura.

Tú también eres bella, pero pobre,
y rindes culto á la virtud, en cambio,
y pasan junto á tí como se pasa
por el revuelto abismo del oceano:
con silenciosa admiración y miedo
y contenidos gritos de entusiasmo.....

CLXXI

Lucho entre dos antípodas pasiones,
—¡y sois las dos, para tormento mío,
tan ardientes y hermosas!—
cual si estuviese atado fuertemente
á dos locomotoras que tirasen
en dirección opuesta y de repente!

CLXXII

Con orgiástico estruendo
por las calles las turbas se derraman,
entre el confuso ruido de las voces
y el trémulo rumor de las guitarras.
Cantan alegres unos
y otros aullando enloquecidos saltan
al monótono grito
de las hinchadas gaitas,
y vá detrás la muchedumbre afónica,

enrojecidas las mugrientas caras,
el compás de la música acentuando
con frenéticas palmas.
Es noche-buena; el vino
la sed del pueblo bullicioso apaga;
que los festejos populares siempre
en borrachera y en hartazgo acaban.

. . . . . .

¡Siempre lo mismo, humanidad mezquina,
del eterno dilema siempre esclava:
ó todo cielo y luz ó todo infierno....!
¡Hartos ayer, famélicos mañana!

CLXXIII

Al través del cristal del microscopio
ví moverse el corpúsculo impalpable,
mas no he podido ver de tu hermosura
al través agitarse
las células de pérfidos halagos
que escondes bajo el cándido ropaje
de tus esbeltas formas,
como esconden las aves
atómicos parásitos debajo
del brillante chispear de su plumaje.

CLXXIV

Será un vicio, á tu juicio,
el que me queje, llore y que maldiga.
Pero el sufrir en mí tambien es vicio.....
¡Concédeme siquiera que lo diga!

CLXXV

Dices que te han contado tantas cosas....
y yo te escucho y callo y me sonrío,
y no tengo valor para contarte
las cosas que de tí tambien me han dicho!

CLXXVI

Tú serás inocente, no lo dudo;
mas cuando á solas á tu lado quedo,
me dices unas cosas
que, á pesar de ser hombre, me enrojezco!

CLXXVII

Que eres casada dices y no puedes
escuchar mis eróticas protestas.
Y escuchas con deleite mis palabras
y la mano, al decirte adios, me aprietas.

CLXXVIII

A la primera distracción que notes
en tu madre, me besas,
porque, te digo la verdad, bien mío:
¡estos amores castos me revientan!

CLXXIX

Lo que siento es haberte pervertido
sin poderte gozar.
El que venga detrás será el dichoso,
el que venga detrás.

CLXXX

Muchas mujeres, á tu lado feas,
te ven con desdeñosa hipocresía;
que hasta el vicio, mujer, como la gloria,
sus elegidos tiene y sus envidias!

CLXXXI

Si horrible mal mañana
desfigurase tu moreno rostro,
pues claro está que dejaría de amarte,
que el centro del amor está en los ojos!

CLXXII

Inaccesible muro de recatos
opone tu virtud á mis deseos.....
Y al fin me he convencido
de que no sirvo para amar en seco.

CLXXXIII

Quieres que ejerza sobre tí mi imperio,
que te abata y humille....
Humorismo sangriento de tirano:
¡conceder al esclavo que domine!

CLXXXIV

Esponjada de orgullo, dás por cierto
que si te pierdo, moriré de pena.....
¡Y he perdido á mi padre y no me he muerto!

CLXXXV

Si supieras que á veces cuando amo
es porque busco en el amor el arte,
ya, en tu orgullo, me hubieras
mandado con la música á otra parte.

CLXXXVI

Al principio, llorando, me culpabas
de que fueras infiel á tu marido,
y hoy, en las pausas del placer saciado,
los dos de tu marido nos reimos!

CLXXXVII

Naturaleza cruel y rencorosa
que no das al olvido
las más leves injurias que te infieren,
ya te has vengado en mí cuanto has querido:
devuélveme mis locos arrebatos,
de mi pujante juventud el brío,
de mi salud el vigoroso aliento.....
¡Devuélveme, tirana, lo que es mío!

CLXXXVIII

Tendré todo el ingenio que tú quieras,
—¡ingenio yo, qué risa!—
mas no he podido hacer con *tanto ingenio*
una *zafra* siquiera todavía!

CLXXXIX

Serás amigo mio, no lo dudo;
pero qué coincidencia:
siempre que me lo dices es al verme
con algunos billetes la cartera.

CXC

¿Contar mis penas yo? ¡Qué tontería!
quizá las escuchasen con tristeza;
mas ¿quién impide que al quedarse solos
mis oyentes, se burlen de mis penas?

CXCI

—¡Si oyeses las calumnias
que á tus espaldas vierte y los horrores...!
—No me asombra, que es esa la moneda
en que siempre se pagan los favores.—

CXCII

Que por qué, ya que estoy tan aburrido
no me acojo á la muerte....?
Porque temo á los *fúnebres elogios*
que me digan, *ya muerto*, mis parientes.

CXCIII

¡Con qué tristeza canta el pajarillo
encarcelado en su broncínea jaula!
Tendrá acaso recónditos pesares,
inefables tristezas... pero ¡canta!

CXCIV

—¡Qué infamia! ¡Serte infiel á tí que bueno
fuiste siempre con ella!—
—Lo extraño hubiera sido
que siendo bueno yo, fuera ella buena.....

CXCV

El árbol seco en el invierno duerme,
pero al fin le despierta
con sus alegres pompas de verdura
y sus voces de amor, la primavera.
En el invierno se congela el rio,
pero liquida su corteza dura
la estación de las flores
con sus ráfagas tibias de lujuria.
.....
Mis besos, florescencia de mi alma,
de tu invernal indiferencia el hielo

no ponen en fusión... ¡Ah, cuántas cosas
que parecen vivir sin pensamiento
y sin entrañas, sienten
lo que no sientes tú, carne sin nervios!

CXCVI

Unos viven llorando y maldiciendo
y otros viven riendo.
Y el sol, en tanto, con su eterna brasa
impasible los orbes ilumina,
sin ocuparse nunca
en preguntar á nadie lo que pasa
en esta negra y lóbrega espelunca.

CXCVII

¡Qué injustos, qué tiranos
somos con la mujer los hombres todos!
Que la queremos con ardor, juramos,
el corazón de vanidad henchido,
y á eterna esclavitud la condenamos
ante el altar de un Dios desconocido!
Hartos de carne de mujer honrada,
en otros brazos el placer buscamos,
y, ciegos de coraje,
al rostro la arrojamos
nuestra iracundia envuelta en el ultraje
si en lecho adulterino la encontramos!
¿No es como el hombre la mujer acaso?
¿Por sus hinchadas venas no circula
el derretido estaño del deseo
que en nuestra sangre ondula
y asoma á nuestros ojos
con húmedo y ardiente centelleo?
¿No fué forjada acaso como el hombre
en noche de abandono por la furia
indómita y voráz de la lujuria,
ante el altar del Dios-Naturaleza
que ordena en sus designios,

con imperioso modo,
que el gérmen busque al gérmen
y en un beso de amor se funda todo?
¿De qué leyes en nombre
el hombre puede amar á cuantas quiera,
y á la mujer se obliga
á ser eternamente fiel á un hombre,
so pena de ser pérfida ó liviana?
¡En nombre de una ley que no es humana!

CXCVIII

De Mesalina ¿qué mujer no tiene
en sus entrañas algo,
por casta y pura, al parecer, que sea,
y cuál hombre no tiene algo de Yago?

CXCIX

La intensa luz de tus quemantes ojos
me atolondra y me ciega,
cual si una luz eléctrica, de pronto,
delante de los ojos me pusieran.

CC

Si me fueras infiel, no sé qué haría.
Probablemente, nada....
Pero ¿por qué me olvido á cada instante
de que eres como todos, bestia humana?

CCI

¡Qué lástima de boca
pródiga para todos, como el viento
que besa y acaricia cuanto toca!

CCII

No sé si el vicio es la virtud ó acaso
la virtud es el vicio,
que cuando á solas pienso en estas cosas,
todo, virtud ó vicio, me es lo mismo.
¿Se concibe la luz sin las tinieblas,
lo chico sin lo grande?
¿Qué son el vicio y la virtud? Lo ignoro:
cuestión, quizá, de nervios y de sangre.

CCIII

Que me amarás hasta la muerte.... Bueno,
no dudo que lo sientas; sin embargo
¿no te parece que mejor sería
que me dieras un plazo menos largo?
¡Recuerda que eres bella todavía!

CCIV

Cuando la luz se apague de mi vida
¿á dónde irá lo que en mis sienes late?
¡Cuántos nos hemos hecho esta pregunta
y aún no ha podido contestarnos nadie!

CCV

No más prolongues el suplicio mío
y suelta franca á mi pasión el freno;
que ya no puedo reprimir, tirana,
la sorda rebelión de mis deseos!
En mis inquietas y febriles noches
esplendorosa aparecer te veo,
trémulo el labio, lánguidos los ojos,
y tiritando de emoción el seno;
y cuando hirviendo en indomables ansias,
voy á estrecharte delirante y ciego,
te desvaneces cual dorada nube
que barre en tarde tempestuosa el viento!
Te arrastras por mi sangre
como sierpe de fuego,
y en el cristal de mis inquietos ojos
llevo tu rostro peregrino impreso,
cual lleva fijo el condenado á muerte,
del verdugo, en sus ojos, el espectro.
¿Por qué te aferras ¡ay! luz de mi vida,
en defender con invencible empeño
lo que ha de ser mañana

banquete de gusanos opulento?
¡Ven á mis brazos, ven, sol de mis noches!
Bulle mi sangre, estalla mi cerebro,
tiembla mi voz entumecida y rota
por el deleite que cercano siento;
y entre caricias que me saquen sangre,
aprisionado entre tus brazos quiero,
que mi grito de muerte se confunda
con mis gritos de hartura de deseos!

CCVI

¿Por qué el placer, por prolongado y fuerte
que sea, apenas dura
lo que dura una ráfaga de viento,
y es el dolor tan largo que convierte
cada instante en un siglo de tormento?
¡Ay, que el placer no existe
ó es sólo tregua del dolor acaso!
Rayo de luz amortiguado y triste
que al través de la sombra se abre paso!

CCVII

Que el dolor nos aqueje, no es extraño.
Lo que asombra es que dure el organismo
cuya compleja prodigiosa urdimbre
suspende el albedrío,
y que resista, funcionando, al choque
del odio y del amor, del mal y el vicio!